

Sección de Cuentos de Ama Ata Aidoo

Marta Sofía López
Universidad de León  

Maya G. Vinuesa
Universidad de Alcalá de Henares  

Juan Miguel Zarandona
Universidad de Valladolid  

Carlos Herrero Quirós
Universidad de Valladolid  

María Recuenco
Universidad de Málaga  

Maria Vilanova Vila-Abadal
Escritora  

Xavi Díaz Pérez
Universidad de Jaén  

Naroa Zubillaga Gómez
Euskal Herriko Unibertsitatea / Universidad del País Vasco  

Elizabete Manterola Agirrezzabalaga
Euskal Herriko Unibertsitatea / Universidad del País Vasco  

<https://dx.doi.org/10.5209/afri.100108>

Aquí no hay tregua y otras historias

ENG No Sweetness Here and Other Stories

Traducción de Marta Sofía López y Maya G. Vinuesa al castellano

Los cuentos de la colección *No Sweetness Here* traducidos al castellano incluidos en este número especial forman parte del libro *Aquí no hay tregua y otras historias*, publicado por Cambalache (2024).

Prólogo a la obra

Marta Sofía López Rodríguez

Ama Ata Aidoo (Abeadzi Kyakor, Ghana, 1942 - Accra, Ghana, 2023) ha sido una de las grandes de la literatura africana, parte de la generación de pioneras que rompieron el silencio de las mujeres negras. Junto a Micere Mugo (Kenia), Flora Nwapa y Buchi Emecheta (Nigeria), María Nsué (Guinea Ecuatorial), Mariama Bâ (Senegal) o Bessie Head (Suráfrica), entre otras, Aidoo ha contribuido de forma decisiva a la visibilización de la experiencia femenina en el continente, tan compleja y variada como las propias mujeres. La mistificada «Mujer Negra» de la poesía de Léopold Sedar Senghor se desmorona y se revela como una falacia cuando las africanas asaltan, desde finales de los años sesenta del siglo XX, un espacio narrativo que les había estado vedado a consecuencia, fundamentalmente, de los modelos educativos impuestos por los régimen coloniales.

Entre las mujeres de su generación, Aidoo destaca por su versatilidad literaria. Aunque únicamente están traducidas al español dos de sus obras (contando la que ahora presentamos), Aidoo ha escrito, y este no es un recuento exhaustivo de su obra, las novelas *Nuestra hermana aguafiestas* (1977) y *Changes* (1991); los volúmenes de poesía *Someone Talking to Sometime* (1986) y *An Angry Letter in January* (1992); colecciones de relatos como *The Girl Who Can and*

Other Stories (1997) y las obras de teatro: *The Dilemma of a Ghost* (1964) y *Anowa* (1970). A su escritura creativa hay que añadir teoría crítica. Ningún género escapó a su enorme talento. Pero es su feminismo insobornable y su visión radical de las relaciones históricas entre África y Occidente y de las perversas dinámicas políticas del mundo (post) colonial lo que la convierte en un referente inexcusable en el panorama de las letras contemporáneas. A diferencia de muchas de sus compañeras de viaje, Aidoo nunca rechazó el término «feminista», pero indudablemente ha arraigado su visión de las mujeres, no en los espacios críticos occidentales, sino en la propia experiencia de las africanas. Por otra parte, la agudeza y la acidez de sus comentarios sociopolíticos levantó ampollas tanto en África como en Europa o Norteamérica.

De modo que leer a Ama Ata Aidoo es una experiencia que recuerda a morder una nuez de cola o una pepita de cacao puro: hay un punto indiscutible de placer, pero el regusto en la boca es amargo, amargo... Esta colección de relatos, como todos sus escritos, desborda innovación técnica, estrategias comunicativas insólitas y una multiplicidad de voces que desafían cualquier visión simplista de la realidad. Los giros en la narración, la precisión de la mirada, lo minucioso de las descripciones y el sonido vivo de la oralidad hacen de la lectura de estos cuentos una fuente inagotable de placer estético y literario. Nana Jane Opoku-Agyemang identifica hasta nueve fórmulas narrativas diferentes a lo largo de la compilación, incluyendo el paralelismo («Ciertos vientos del sur»), el contraste directo («Dos hermanas»), el soliloquio («Un regalo caído del cielo») o el amanee o mensaje en «Tomando un trago».¹

Pero, más allá de la sofisticación técnica, las vidas de los personajes representados, fundamentalmente mujeres, son desgarradoras. No únicamente porque todas ellas sean de una u otra forma víctimas de los avatares de la historia (post)colonial, porque, como Odille Cazenave hizo notar en su momento, la condición de víctima no implica la ausencia de agencia.² De hecho, los relatos hablan de resiliencia, de una capacidad extraordinaria para sobrevivir al abandono, a la miseria, al maltrato, al ostracismo social... Pero, como lectoras, no pueden dejarnos impasibles —y en esto tiene mucho que ver la forma de narrar las historias e interperlar a la audiencia, como si estuviéramos presentes ante los acontecimientos relatados— las humillaciones, las fragilidades, pequeñas o grandes tragedias de los personajes: la frustración de Sissie al comprobar que el canon de belleza y el consumismo occidentales (magistralmente simbolizado por las pelucas) devoran sin piedad a África; el dolor de Connie, que ve cómo su hermanita se vende por un par de zapatos o un paseo en un coche de lujo; la desolación de Maami Ama, que en el mismo día de su divorcio formal ve morir a su único hijo, su orgullo y su sostén; la amargura de M'ma Asana al comprobar cómo la historia se repite y su hija es, como lo fue ella, abandonada por su marido; la desesperanza de Auntie Araba cuando su muy brillante hijo es incapaz de sostener su promesa de matrimonio, o la precariedad de la existencia de las mujeres negras en cualquier lugar del mundo, como se nos revela en «Otras versiones». Aidoo habla de vidas en las que no hay dulzura, no hay tregua: la pobreza, las malas cosechas, la enfermedad y la muerte marcan la vida de muchas de las protagonistas. Sus maridos son infieles o maltratadores, irresponsables y egoístas. Los «peces gordos» no tienen ningún reparo en utilizar como juguetes sexuales a mujeres jóvenes, que a su vez están dispuestas a venderse en el turbio mercado del sexo, porque «cualquier trabajo es un trabajo». Las niñas mueren en la infancia, las mujeres se insultan entre ellas y se acusan de brujas, las adolescentes ven a sus madres resignarse a la penuria y al abuso...

Salvando las diferencias contextuales, las vidas de las mujeres de Ama Ata Aidoo son también las vidas de nuestras abuelas, de nuestras madres, de las mujeres de nuestro pueblo, de cualquier mujer en cualquier esquina del mundo. Historias narradas con infinita compasión, sin juicios de valor, sin condenas. Esa es la esencia del feminismo (o del mujerismo) de Ama Ata Aidoo. Y, a pesar de lo que he dicho más arriba, su mirada hacia los hombres tampoco está exenta de compasión o empatía. Algunas de las historias, como «Para quienes nada cambió», «Tomando un trago» u «Otras versiones», tienen a hombres como narradores y focalizadores: hombres buenos, hombres sensatos y sencillos, capaces de comprender las heridas de sus hermanas, de sus madres y de la Madre África.

No obstante, el contexto es enormemente relevante a la hora de comprender las historias en todas sus implicaciones. Nunca ha acabado de gustarme el concepto de la «doble colonización» de las mujeres, porque me parece que tiene un regusto a victimización y a condescendencia occidental. Pero Aidoo inscribe claramente sus relatos en el momento de la (post)colonial. Aunque la mayor parte de las historias que componen Aquí no hay tregua tienen como marco el mundo rural, los vientos de la modernidad impuesta por occidente han descompuesto las estructuras familiares tradicionales, las jerarquías gerontocráticas, los valores éticos de la sociedad. El mundo africano, como dijo Chinua Achebe, se ha desmoronado. Ahora pertenece a los big men, a las élites negras que han venido a ocupar el papel de los blancos y que han hecho del dinero y el poder su única bandera. Para los condenados de la tierra, las independencias no han traído la dignidad ni la libertad, sino nuevas formas de servidumbre y miseria.

Aquí no hay tregua deja pocos resquicios para la esperanza, la ternura o el humor. Como la nuez de cola y el cacao, los relatos son amargos. Pero nos sacuden la conciencia, nos estimulan, nos incitan a la acción. Y esa es, a fin de cuentas, la misión de la buena literatura.

¹ Opoku-Agyemang, Nana Jane (1999): «Narrative Turns in Ama Ata Aidoo's *No Sweetnes Here*». En Azodo, Ada Uzoamaka y Wiletz, Gay (eds.), *Emerging Perspectives on Ama Ata Aidoo*. Africa World Press.

² Cazenave, Odile (1999): *Rebellious Women: The New Generation of Female African Novelists*. Lynne Rienner Publishers Inc.

Prólogo a la traducción

Maya G. Vinuesa

Ama Ata Aidoo mantiene una posición hacia el inglés similar a la defendida por Chinua Achebe: la apropiación de la lengua colonial como vehículo de transmisión de cultura y saberes tradicionales con la potencia de articulación de un discurso anticolonial. Desde el respeto –principio que compartimos con Gabriel Dols³– a la ficción escrita en inglés ghanés y otras lenguas entrelazadas en el habla viva de los personajes que habitan el universo de *No Sweetness Here*, nuestra intención ha sido recrear un castellano híbrido, evocador de este contexto cultural africano menos familiar para las lectoras del mundo hispánico. Para ello, hemos procurado mantener el delicado equilibrio entre la desfamiliarización propia de cualquier obra que se precie de ser literaria y la inteligibilidad imprescindible en todo texto traducido. Dicho de otro modo, hemos tratado de evitar la domesticación del texto en la medida de lo posible.

Al mismo tiempo hemos partido de la necesidad de superar la vieja dicotomía extranjerización-domesticación⁴, aplicada desde las teorías de la traducción dominantes en el mundo académico occidental con excesiva ligereza y desconocimiento de los contextos africanos y sus literaturas eurófonas. Reducir la traducción de las literaturas poscoloniales a un compendio de técnicas y estrategias regido por uno de los polos de la mencionada dicotomía, es olvidar las condiciones de escritura y de recepción de dichas literaturas. Aquí radica nuestro compromiso de valorar las condiciones de recepción de textos como este, procedente del campo anglófono. Sus primeras lectoras están familiarizadas en mayor o menor grado con la historia que une a británicos y ghaneses. Todas ellas son invitadas por parte de las autoras y autores anglófonos africanos a recordar la historia del Imperio Británico y sus antiguas colonias, un ejercicio por cierto imprescindible para comprender la diáspora, la migración y el exilio que trajo como consecuencia. Sin embargo, las condiciones de recepción cambian en el contexto de cualquier otra lengua a la que se traduce, y ese es el caso de la lectora hispana. Las traductor as consideramos que no sería justo exigir a las receptoras de esta versión de *Aquí no hay tregua* el conocimiento de la lengua inglesa y del pidgin inglés de Ghana –por lo cual hemos decidido incluir la única nota a pie de página de los relatos⁵–, así como de las relaciones coloniales y pos-coloniales entre Gran Bretaña y Ghana. Se trata de contextos de recepción diferentes: las lectoras de la obra original, familiarizadas con el «tercer espacio» simbólico e imaginativo en la lengua inglesa, y las lectoras de la obra traducida, situadas en lo que María Remedios Fernández Ruiz⁶ ha denominado el «cuarto espacio de la traducción de las literaturas africanas».

Para ello hemos partido de nuestro propio pasado colonial, que implica recordar la historia y la lengua del Imperio español, cuyas huellas encontramos en las variedades de América Latina, Asia (Filipinas) y África. La vitalidad del español de Guinea Ecuatorial en particular, por su cercanía a Ghana, nos ha permitido reflexionar sobre la posibilidad de tomar prestadas algunas palabras y expresiones que, sin imponer un contexto «guineano», sugerían elementos de africanidad en nuestra traducción. Aunque cualquier elección de una variedad geográfica meta puede resultar arbitraria (esta obra se podría haber traducido a otras variedades del español en África o el Caribe), la elección del español peninsular obedece a dos razones. En primer lugar, es la lengua materna de ambas traductor as, hablantes de dos variedades: la leonesa (Marta) y la madrileña (Maya). En segundo lugar, la elección del español peninsular responde también a exigencias editoriales, vinculadas al campo cultural y a las lectoras a quienes se enfoca esta publicación.

Más allá de la variedad geográfica o dialectal de la lengua a la que hemos traducido, era imprescindible recrear un nivel heteroglótico tan rico como el de las lenguas evocadas en el texto original, compuesto por fragmentos en el inglés pidgin de Ghana, palabras en fante (dialecto del akán), calcos en inglés de fraseología (colocaciones, dichos y refranes) de esta y otras lenguas de Ghana, y rasgos estilísticos como la repetición y la circularidad. Todo ello requería la reflexión sobre la inclusión de otros registros y, por qué no, como sugería Marta Sofía López Rodríguez, de la variedad estándar de Guinea Ecuatorial, así como el pidgin guineoecuatoriano, denominado también *pichi*, *pichinglis* y *pidgin* de Guinea Ecuatorial (que se caracteriza por su base léxica de palabras procedentes del español, del inglés y de varias lenguas africanas).

El cuento «Para quienes nada cambió», con la presencia del *pidgin* inglés de Ghana en el habla de su protagonista, obliga a analizar su función dramática dentro del conjunto escrito en un inglés estándar ghanés. En el mapa lingüístico del antiguo Imperio británico, el pidgin es la lengua mestiza o «de contacto» hablada

³ Dols, Gabriel (2022): *Towards a Responsible Translation of Pidgin English in Postcolonial Literature. The Case of Ken Saro-Wiwa's Sozaboy*. Doctoral Thesis. Universitat de les Illes Balears.

⁴ Venut, Lawrence (1995/2008): *The Translator's Invisibility: A History of Translation*. Routledge.

⁵ El uso de paratextos y en particular de notas a pie de página en la traducción poscolonial merecería una discusión que excede los límites de este prólogo. No nos interesa incrustar notas para exotizar los textos traducidos. Lo que queremos es poner la mirada en aquello que puede perderse entre los diferentes espacios de recepción de textos poscoloniales como *Aquí no hay tregua*. Desde este ángulo, con la nota que hemos introducido proponemos comunicar un aspecto del humor implícito en dos cuentos –«Aquí no hay tregua» y «Charla de camino al funeral»– que se pierde en castellano, por la particular pronunciación del inglés ghanés.

⁶ Fernández Ruiz, María Remedios, Corpas Pastor, Gloria y Seghiri, Miriam (2019): «Crossing the border between postcolonial reality and outer world: Translation and representation of the third space into a fourth space» [Cruzar la frontera entre la realidad poscolonial y el mundo exterior: Traducción y representación del tercer espacio en un cuarto espacio]. En *Cultura, Lenguaje y Representación / Culture, Language and Representation*. ISSN 1697-7750 E-ISSN 2340-4981. VOL XXI, pp. 57-72. Revista de Estudios Culturales de la Universitat Jaume I / Cultural Studies Journal of Universitat Jaume I.

por el sujeto colonizado con su amo, y posteriormente, entre personas de diversa procedencia geográfica y lingüística. Se trata de una lengua franca, en suma, y cumple diversas funciones. Su uso por parte de uno de los protagonistas, el encargado de la residencia gubernamental, en las conversaciones con su amo —el joven médico destinado a este pequeño pueblo en la Ghana rural— es inseparable de la ironía del cuento, que denuncia la continuidad de la jerarquía colonial entre señores y sirvientes en el nuevo contexto poscolonial. Los nuevos «amos» son los ghaneses con estudios universitarios que constituyen la nueva élite del país y asumen el poder ejercido anteriormente por misioneros, médicos y administradores coloniales. El joven médico ghanés, a diferencia de otros hombres de la primera generación universitaria africana, no se siente superior a sus pacientes, los aldeanos, ni logra persuadir al encargado de su casa de que deje de llamarlo amo o massa en el texto de Aidoo, la palabra en inglés *pidgin* equivalente a *master* en inglés estándar. Así comienza el cuento:

Knock... knock... knock...
 'A-ha?'
 'Massa, Massa, Massa...'
 'A-ha? A-ha? A-ha?'
 'You say make I com' wake you. Make I com' wake you for
 eight. Eight o'clock 'e reach.'
 'Okay, thank you.'
 Knock... knock... knock...
 A-ha?
 'Massa, Massa, Massa...'
 A-ha? A-ha? A-ha?
 You say make I com' wake you for eight. Eight o'clock
 reach long time.
 Okay, thank you Zirigu.

Una traducción normalizadora eludiría la dificultad que supone visibilizar la presencia del *pidgin* en el texto traducido, y reduciría este y otros fragmentos a un español estándar (peninsular o de cualquier otra variedad). De este modo encontraríamos un ejemplo de lo que Antoine Berman⁷ denominó «tendencias deformadoras» en el ejercicio de la traducción, con la anulación de las lenguas vernáculas del texto heteroglótico al despojarlo de su hibridismo original. El riesgo contrario, como el mismo Berman advertía, es la tendencia opuesta de la exotización, peligro real al querer visibilizar el *pidgin* ghanés en este caso. ¿Cómo seleccionamos las opciones manejables para la traducción de este cuento? En primer lugar, consideramos imprescindible atender a la función de re-creación del *pidgin* en el habla de este personaje: señalar la desigualdad entre los dos interlocutores. Esto habría conducido a la ficción equivalente de un registro social en español que, en caso de pertenecer al estándar, habría de compensar mediante el énfasis en dicha relación, de forma expresiva. Veamos esta posibilidad:

Toc, toc, toc...
 —¿Sí?
 —Amo, amo, amo...
 —¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?
 —Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ¡ocho son ya!

La palabra *amo*, propia también de contextos coloniales en las literaturas española e hispánicas, en los que un sirviente se dirige a su jefe, o su señor, evoca inmediatamente la relación de sumisión por parte de quien la enuncia. La ligera alteración sintáctica de la última frase también sugiere un uso no estándar de la lengua, en este sentido ligeramente equivalente al uso del *pidgin* ghanés del original. Pero no contentas con esto, decidimos forzar aún más nuestra lengua, y buscar matices que evocaran un contexto particularmente africano. Observemos la diferencia:

Toc, toc, toc...
 —¿Sí?
 —Masa, masa, masa...
 —¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?
 —Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ¡ocho son ya!

Sin duda el uso de *masa*, equivalente a *amo* en el *pichi* de Guinea Ecuatorial (de reconocible relación con el *pidgin* inglés de Ghana, *massa*, derivada de la palabra inglesa *master*), puede resultar extraña a los lectores y las lectoras de la traducción al español. Pero evoca un contexto específicamente colonial en el que hay una jerarquía impuesta por los europeos a los africanos. Su presencia en *Diez mil elefantes*, la novela gráfica de Pere Ortín y Nzé Esono Ebale (2022)⁸, ambientada en la Guinea Española, nos alentó a utilizarla en

⁷ Berman, Antoine (1985), «La traduction comme épreuve de l'étranger». En *Texte* 4, pp. 67-81.

⁸ Ortín, Pere y Esono Ebale, Nzé (2022): *Diez mil elefantes*. Reservoir Books.

nuestro propio texto: *Mi historia es también la de mi jefe Manuel Hernández-Sanjuán, que entre nosotros sería luego «masa Sanjuán»*, explica el narrador, Ngono Mbá.

Además del *pichi* o la lengua *pidgin* de Guinea Ecuatorial hemos prestado atención al español de África, y, en particular, a la variedad de Guinea Ecuatorial. Las lectoras y los lectores encontrarán algunos guineanismos en la traducción, con los que también hemos querido escribir este texto híbrido en castellano, con palabras como *malanga* o *lapá*. Todo ello lo hemos discutido con el profesor Rostand Joussi, conocedor de dichos guineanismos.

Lo expuesto nos lleva al reconocimiento del trabajo en equipo, sin el cual hubiera sido imposible la labor de las traductoras. Hemos procurado aunar saberes y talentos, entre los que destaca el profundo conocimiento de la literatura africana anglófona y de los feminismos africanos de Marta Sofía, inseparable de su dominio de la oralidad y de la lengua literaria. Por mi parte, he tratado de aportar mi propia experiencia en la traducción de narrativa anglófona, desde diversos enfoques de traducción literaria en diálogo con prácticas decoloniales.

Para quienes nada cambió

ENG For Whom Things Did Not Change

Traducción de Maya G. Vinuesa al castellano

Toc, toc, toc.
 –¿Sí?
 –Masa, Masa, Masa...
 –¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?
 –Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ¡ocho son ya!
 –Okay, gracias.
 Toc, toc, toc.
 –¿Sí?
 –Amo, amo, amo...
 –¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?
 –Mandó despertar, despertarlo a las ocho, ocho fue hace mucho.
 –Okay, Zirigu, gracias.

* * *

–Yo creo que este es un raro. Este joven Masa. Mira lo cansado que está. Pero insiste en que lo levanten a las ocho en punto. Me pregunto qué cree que va a hacer a esa hora en un sitio como este. Debe de ser una de esas personas que no saben descansar. Por muy erudito que sea.

–Zirigu, esposo mío, a veces hablas como un niño, no pareces tú. ¿Crees que todos son iguales por haber ido a la escuela y por ser grandes señores?

–Setu, sabes que no pienso eso. Pero estarás de acuerdo en que después de tantos años también yo puedo opinar sobre el tipo de humanos que vienen aquí. Este joven parece distinto.

–¿Y cuál es la diferencia?
 –Ajá. No bebe. Nunca me ha pedido que le sirva un trago ni que se lo compre en la ciudad.
 –¿Será un musulmán?

–No, no. Es de la costa. No he conocido a hombres importantes de esas zonas que lo sean. Pero en realidad no es eso lo que quiero decir. La mayoría de los musulmanes de tu zona que son gente importante no se diferencian de los demás. Sí, no beben —algunos hasta lo hacen— pero ya, eso es todo. Todos ellos son como los demás.

–Lo que me extraña es que no haya traído una mujer.

–¡Eh eh! Setu, sabes lo que quiero decir, ¿no?

–¿Qué es lo que yo sé?

–¿Que este es diferente?

–Quizás. Desde luego no se trajo una de esas pavas con la cabeza hinchada por fuera y por dentro, con la carne y las plumas de un animal sobrealimentado. Ah, ¡Alá!

–¿En qué estás pensando, Setu?

–En una de esas chicas, Zirigu.

–Esposa mía, eso es porque no tienes nada que hacer. ¿No vas a hacer *kaffa* para llevarlo al mercado hoy?

–No. No me queda harina. Y pensaba que anoche me dolían demasiado los oídos. Alá sabe que tengo deudas como todo el mundo. Pero ya que no van a venir a matarme si no las pago esta mañana, creo que hoy descansaré de llevar *agidi*; a lo mejor voy a ver al médico. Después de todo, ya hago bastante.

–Mmm, mmm. ¿Y por eso tienes tanto tiempo y tantas ganas de hablar de esas chicas?

–Sí. Y creo que son un dolor de cabeza. Ah, ¿no estás de acuerdo, esposo mío? No muevas la cabeza con ese brillo en los ojos como si estuviera loca por hablar así. ¿No tienen casa? ¿No tienen padres y madres?

–¿Qué dices, Setu?

–Digo, Zirigu, que algo debe de ir mal cuando niñas que llevan poco tiempo sangrando cada luna se acuestan con hombres que podrían ser sus padres, y a veces sus abuelos. Y nadie dice nada. Ya, ya, mira, mira, mira. Todo el mundo las ve por ahí, y nadie dice ni pío.

–Pero esos hombres son peces gordos. Tienen el dine-

ro. Tienen todas las comodidades, como los coches grandes y el pelo falso que viene de la tierra de los blancos. Y las chiquillas se acuestan con ellos porque les gustan estas cosas.

–Pero ¿qué dicen las madres de las chiquillas?

–¿Qué van a decir? Algunas ni siquiera saben lo que hacen sus hijas. Viven en las aldeas y, cuando las hijas traen cosas buenas a casa, creen que es porque son unas señoritas y lo han conseguido con el sueldo que ganan por su trabajo. Algunos clanes se enteran por ahí de cómo viven sus hijas en las ciudades. Pero les da miedo decir nada.

–Pero ¿por qué debería uno temer a su propia hija?

—Porque puede soltar por su boca todo lo que ha visto.

—¡Alá!

—Pero esposa mía, eso no es todo. A veces no tienen miedo de la hija, sino del tipo. Tiene mucho poder y está claro que les puede arruinar si no le dan lo que quiere... su hija. Y Setu, esposa mía, ya se sabe que esas cosas pasan.

—Oh, Alá, qué tiempos los que vivimos. Qué gobernantes. ¿Cómo se pueden comportar así los hombres que son nuestros amos?

—Mmm. ¿Era distinto en los viejos tiempos, Setu, esposa mía? Los poderosos, ¿no se llevaban a las niñas que les gustaban entre las mujeres?

—Zirigu, no lo sé. Estoy segura de que tienes razón. Pero es obra de Alá. Todas las mujeres son esclavas de nuestros amos. Estos nuevos no son creyentes. No es la voluntad de Alá. Y es una vergüenza.

—Pero esposa mía, ¿qué dices? Si un hombre es tu amo, es tu amo. Y se comporta como tu amo. ¿De qué otra manera iba a comportarse? ¿Y quiénes somos nosotros para decir que los nuevos amos no deben actuar como los antiguos? Cuando estaban aquí los blancos ¿no hacían lo mismo? ¿No dormían con niñas jovencísimas, ay, tan niñitas?

—No sé, Zirigu, no lo sé, esposo mío... Desde luego, vi cosas así cuando esa gente estuvo aquí. Pero escucha, esposo. Si un día llega un hombre y, sin que te des cuenta, se apodera de tu finca o de tu corral y empieza a hacer todo lo que un buen hombre no debería; si vende todos los nombres de tus graneros sin dejar ni uno para sembrar; si cuece tus huevos en cuanto los ponen las gallinas y no espera a que salga un solo pollo del cascarón; si monta fiestas por todo lo alto para su familia y sus amigos, con tus corderos y tus terneros; y se comporta de una manera que te rompe el corazón en pedazos que caen a tus intestinos cada vez que lo miras; y si aun así eres incapaz de hacer nada por recuperar tu finca o tu corral, entonces, ¿qué haces esposo mío? Así que, desde el primer día, ¿empiezas tú también a matar o vender lo que queda de tus viejas y miserables vacas, pollos y corderos? Y si una gallina acaba de poner un huevo, ¿lo cocinas directamente y acabas de cargarte lo que el ladrón empezó?

»No lo sé, Zirigu, pero es una bendición que todos mis hijos sean varones. Me alegro de no haber tenido hijas. Porque si tengo una niña, y me entero de que un ricachón de esos le hace cosas infames, cojo un machete y lo descuartizo yo misma.

—Oh, Jesu, guarda mi espíritu. ¡O Jesu! Setu, ¿qué tonterías dices? Tienes que rezar el viernes más que cualquiera por esas bobadas.

—Sí, esposo mío. Demos gracias a Alá por sus dones. Como digo, me alegro de no tener una hija.

—Menos mal que no todas las madres son como tú. Si no, correrían ríos de sangre de los poderosos.

—¿Y quién lamentará que corra la sangre de esos malvados?

—Pero ya que los amos de la tierra son siempre malos, o han sido malos durante mucho, mucho tiempo, ¿no sabes que a la gente no le gustaría que murieran los nuevos? Estos, como las chicas, también han nacido en casas. Casas donde la gente come bien porque conoce a los poderosos. ¿Crees que todo el mundo en esta tierra es como tú y como yo? No, esposa mía. Hay gente que lamentará ver asesinado a un poderoso. Porque conocer a un rico significa contar con alguien en la ciudad que es dueño de una casa enorme. Significa... pero ya basta, esposa mía. Los amos del pasado eran mala gente. Los que vemos hoy son peores. Y estate segura de que los de mañana serán como los de ayer y los de hoy juntos.

—Para, para, Zirigu. Me están dando escalofríos.

—¡Mujeres! ¿No eres la misma Setu que, hace un rato, iba a descuartizar a alguien con un machete?

—Pero ¿qué puede una hacer?

—¿Y yo qué sé? Les sirvo las bebidas que piden, les cocino si quieren, les hago la cama, barro las habitaciones, y lo que sea. Y si se traen a sus mujeres, también las atiendo. Sabes, esposa mía, tan bien como yo, que esa ha sido mi vida. Y con respecto a las familias de esas putillas —como tú llamas a las jovencitas—, eso, esposa mía, no sé.

—Sí, Zirigu, ahora que lo dices, me doy cuenta de que no todas ellas, quiero decir las madres, ni siquiera piensan que está mal.

—Ah...

—Mira a la Munatu esa.

—Ah...

—¿Tú crees que esos tíos suyos habrían reunido el dinero para construir esa mansión?

—Doce habitaciones dicen que tiene. Doce habitaciones. Y muchas tuberías para el agua corriente. Y los que han entrado en la casa y se han asomado a las habitaciones, dicen que hay que verlas con los propios ojos para creer que hay gente que tiene semejantes habitaciones solo para dormir.

—Ah...

—Así que, ¿la gente se aprovecha de sus hijas al entregárselas a los poderosos? ¿Y llega a animarlas...?

—Ah...

—Y si son como la madre de Munatu, ¿vienen al mercado a pregonar lo que anda diciendo y haciendo su señor amo?

—Ah...

—¿Cuando sabes que ese tipo va a dejar a tu hija en cuanto se canse de ella o vea a otra más guapa?

—¡Escupiría a esos hombres a la cara! ¡Escupiría a esas madres! ¡Escupiría a esas hijas!

—Esposa mía, ahora que te encuentras mejor, me voy a despertar al amo.

—Y yo me arreglo para ir al médico a que me vea los oídos.

Toc, toc, toc.

—Masa, Masa, Masa...

—¿Quéeee?

— Masa, Masa, Masa.

—¿Síii?

—Usté manda «Despiértame a las ocho». A las ocho vengo, y nada, no despierta. A las ocho y media vuelvo y tampoco despierta. Ahora, haga el favor, que son ya las nueve.

—Pero, Zirigu, no tenía el cerrojo puesto. Podías haber entrado para sacarme de la cama.

—Ay, señor, me hace usted reír. ¿Que yo, Zirigu, entre adonde duerme y lo saque de ahí?

—¿Por qué no?

—Eso no me corresponde, señor.

—De acuerdo, no vamos a discutir más por eso. Gracias por conseguir que me levante.

—Pero ¿qué cree usté que va a hacer aquí a estas horas?

—En realidad, nada. Tienes razón. Simplemente quiero seguir levantándome pronto. Sería malo que me acostumbrara a dormir hasta tarde. Debería intentar levantarme mucho antes de todas formas, pero me encuentro cansado así que voy despacio.

—Pero ¿por qué? Masa, puede usté dormir más. ¿Pa qué va a la oficina? Yo tengo que madrugar, pero usté no.

—Zirigu, no toda la gente con estudios trabaja en oficinas.

—¿No?

—No. Y un día de estos te contaré por qué no quiero acostumbrarme a dormir demasiado.

Señor Jesucristo, adivino lo que va a pasar.

—Le hice el café hace mucho, señor. Seguro que ya está frío. Voy a la cocina.

—No tengas prisa, hombre. Me lavo y voy y lo cojo yo mismo. Por favor, Zirigu, te he dicho que no necesito un mayordomo.

—¡Masa!

—Bueno, no veo por qué tendrías que servirme. Por tu edad podrías ser mi padre.

—¡Mi Masa blanco!

—Yo no soy un blanco.

—¡Masa!

—Escucha, la cocina es tu territorio y no voy a armar lío ahí. Además, soy un invitado así que hay cosas que no debería hacer. Pero, maldita sea, no voy a permitir que me trates como si fuera un pobre inválido.

—Masa, Masa, no debe decir eso. Me cae bien usté, haga lo que quiera. El sol dura poco en el cielo. Quiero conseguirle buena carne, así que tengo que salir corriendo al mercado antes de las doce. Dígame qué le gusta tomar de desayuno y yo se lo hago. ¿Tortilla? Huevos escalfados. Huevos fritos con tostada. Huevos con bacon. Zumo de naranja...

—¡Para, Zirigu!

—¿Por qué, Masa?

—No voy a desayunar. ¿Tienes naranjas frescas?

—¿No...? Sí, en la cocina de mi esposa. Voy por ellas.

—Te las pagaré.

—No se preocupe usté. Ya le comprare otras mejores en el mercado. Muchos amos solo beben zumo de naranja de botella.

—Yo estaré loco, pero también estoy lo suficientemente sano como para no beber el zumo de naranja exprimida, homogeneizada, deshidratada, re-cristalizada, descongelada, diluida y dios sabe qué más, importado de países donde no crecen naranjas, cuando puedo comer naranjas.

—¿Qué dice, Masa?

—No importa, Zirigu.

* * *

—Si les preguntas por qué después de diez años de independencia algunos de nosotros todavía tenemos que ser esclavos, te dicen que estás loco por plantear cuestiones así.

—Te equivocas con tus definiciones. ¿Cómo es posible que un sirviente o una criada sean esclavos?

—¿No bastó con criar a muchos de nosotros para no hacer otra cosa que atender las necesidades de los blancos y las blancas? Para hacer trabajos que mataban el alma. ¿Van a tener que hacerlo también ellos para nosotros?

—¿De qué hablas? En parte resuelve el problema del desempleo. O lo minimiza, al menos. ¿Te imaginas qué pasaría si todos los sirvientes y criadas dejaran de hacer lo que hacen?

—Y sobre el sueldo, ¿qué dices?

—Eso, ¿qué?

—De todas formas, la mayoría de ellos, especialmente las criadas, son familia suya...

—Para solucionar los problemas hay que abordarlos con seriedad.

—Eh, jefe, otra cerveza, por favor.

* * *

—Señor, debo salir pal mercado. Ya digo que quiero traer buena carne. ¿Qué le compro?

—Me comeré lo que me hagas.

—Masa, ¿quieres que le fría un filete de ternera? ¿O prefiere un hígado de cordero a la brasa? Sí, ahí tienen del bueno. ¿O un escalope con cebolla y patatas fritas?

—Zirigu, ¿para quién has dicho que ibas a cocinar?

—Pa usté, *Masa*.

—Pero yo no como esas cosas.

—Pero eso es comida de amos blancos.

—Zirigu, yo de blanco ná. Y es la segunda vez que te lo digo esta mañana. Si lo vuelves a decir, hago la maleta y me voy. Jesús, ¿no hay un lugar en esta jodida tierra donde me dejen en paz? Jesús... Señor, estoy sudando... Dios... mira cómo sudo... Jesús, mira cómo sudo.

—*Masa*, ¿por qué suda tanto?

—Aquí empieza a hacer calor pronto.

—Sí, usté espere que yo abro las ventanas.

¡Jesús!

—*Masa*, se lo suplico. No se enfade usté. No es mi intención molestarlo. Eso es lo que comían los blancos. Eso les cociné a todos los amos durante quince años. Los ministros, los del partido que se alojaron aquí, los hombres importantes de los ministriles, los licenciados de la Unifarsidad, los grandes jefes del ejército y de la policía... todos comían lo mismo, la comida de los blancos.

—Zirigu, ¿no puedes cocinar algo de la tierra? ¿No venden cosas en ese mercado con las que puedas hacer algo del país?

—Sí, pero yo no soy hombre bueno para cocinar su tipo de comida. No sé hacer la cocina de su región.

—¿Y qué tal si cocinas la de aquí?

—Yo no sé hacer eso.

—Jesús. ¿Y has sido el encargado de la cocina todos estos años?

—Sí, *Masa*. Pero le digo a usté que yo conozco mi trabajo. *Masa*, no me dé problemas. Ah, míreme el pelo, ya está tó blanco. No voy a encontrar otro trabajo. No estoy preparado para encontrar otro trabajo. ¿Y quién va a cuidar de mi chico? Lo que yo sé hacer, *Masa*, es la comida del blanco.

—Ése es el problema. Escucha. Dios no quiera que pienses por un momento que he venido a darte problemas. De hecho, no estoy hablando de eso. Pero estoy empezando a comprender. Poco a poco. Hiciste una formación, tienes tus cualificaciones y has ganado experiencia todos estos años como cocinero para blancos. No sabes cocinar la comida de la tierra porque es tu comida. Y eres un hombre. Y un hombre normalmente no cocina. Pero tú cocinas pal blanco porque es la comida del blanco, tu trabajo, no la comida. O...

—*Masa*, sabe Dios que sé hacer mi trabajo.

—¡Desde luego! Como paisano y marido de tu mujer eres un hombre y por ello no cocinas. Como hombre negro frente a un hombre blanco, su sirviente, eres un negro, no un hombre, y por eso puedes cocinar.

—*Masa, Masa*, ¿me está llamando usté mujer? Le juro por Dios, señor, que esto es duro pa mí. Yo de mujer nada. Válgame Dios.

—Ah, Zirigu. Solo hablo según pienso. Ah... Como Dios está en el cielo, yo no te estoy diciendo que seas una mujer. A ver si dejo esto aclarao.

—Pero *Masa*, usté no sabe. No me llame mujer.

—No, no lo haré.

* * *

Cuando un hombre negro está con su mujer, que cocina y hace las cosas de casa, es un hombre. Cuando está con gente blanca para quienes cocina y curra, es una mujer. Dios bendito, entonces, ¿qué es un hombre negro que cocina y curra para hombres negros?

* * *

—Escucha, Zirigu, la Madre, tu mujer, ¿sabe hacer la comida de aquí?

—Sí, pero no la de su región.

—No. Me refiero a la tuya.

—¡Sí!

—Muy bien, ¿puedes cobrarme el precio normal para la cena y decirle a la Madre que cuente conmigo para la cena de esta noche?

—¿Quéeeee? ¿Qué dice usté, señor? ¿Qué?

—Eso mismo, Zirigu, ¿podría la Madre dar de cenar a una boca más?

—Señor, está usté de broma.

—No estoy de broma.

—¿Eh? Dios. ¿Quiere usté decir que va a comer *tuo*?

—¿Por qué no? En casa como *banku*. ¿No es lo mismo? ¿Uno de arroz, el otro de maíz? ¿No se hacen todos con harinas? ¿Semolina? ¿Lo que sea?

—*Masa*, no quiero complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones crees que vas a tener? ¿Crees que soy un niño?

—Quiero decir... sus tripas.

—¿Qué va a pasar con mis tripas? ¿Te sienta mal a ti la comida de tu mujer? ¿Qué dices, hombre? De todas formas, sabría cómo arreglármelas si me sentara mal. Soy médico, ¿sabes?

—Lo sé, *Masa*, sé que lo es usted. Ya lo digo yo, este hombre parece pequeño pero es grande... Entonces, ¿va a comer *tuo*?

—Sí.

—¡A mandar!

* * *

—¡Setuuuuu! ¡Setuuuuu! ¡Setuuuuu! ¿Dónde se ha metido esa mujer? ¡Setuuuuu!

—¿Qué pasa, Zirigu? Estaba en el baño. ¿No te he dicho que me iba a arreglar para ir al médico?

—Escucha, mujer. En mi vida he oído una historia como esta.

—Tampoco yo. Pero ¿cómo voy a saber que no te la estás inventando?

—Mmm... A ver, Setuuu... ¿por dónde empiezo?

—Quizá sea mejor esperar hasta esta noche, ya que no tengo tiempo de...

—No... no... ¡ho! Eh, Setu, el amo nuevo dice que no quiere cenar esta noche.

—¿Y eso es una historia?

—No, pero eso no es todo.

—Pues, venga, cuéntamela.

—Dice que cenará de lo nuestro esta noche!

—¿Qué? Por Alá. Zirigu, no puede ser verdad.

—Ahí lo tienes, sentado a la mesa comiéndose una naranja. Ve y pregúntale.

—Ay, Alá. Zirigu, ¿tú crees que este chico está bien de la cabeza?

—Setu, no lo sé. De verdad, Setu, no lo sé. Pero no veo desvarío en sus ojos, así que, si está enfermo, todavía no es grave. Aunque a veces dice cosas raras. Pero no lo sé. Sí, dice que va a comer *tuo* y que se lo cargue a su cuenta. Dios santo, en los veinte años que he sido guardián y cocinero de esta residencia, no me he encontrado una cosa así, eh Setu, ¿no?

—No, esposo mío. Pero los tiempos cambian.

—Tienes razón, esposa mía. Así que cuando termines con el doctor, ve al mercado, compra verduras que sean muy buenas, tiernas, okra...

—Zirigu, haz el favor de callar la boca antes de que me enfade. ¿Desde cuándo vas a enseñarme a hacer la compra? Esa es tarea mía. Es cosa de mujeres.

—Sí, Setu.

* * *

—*Masa*...

—Zirigu, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me llames así?

—¡Pero es usted mi amo!

—No soy nada de eso. Nací y no tenía ni seis años cuando te fuiste a la guerra. ¿Cómo voy a ser tu amo? Y esta residencia es del gobierno, no mía, y yo ni siquiera soy tu jefe. Así que, ¿cómo voy a ser tu amo?

—Pero todos los otros *Masas*... nunca me dijeron que no les llamara así...

—Al carajo con ellos. Eso es asunto suyo. No mío. Yo me llamo Kobina, no *amo*.

—Kob-i-n-a... K-o... *Masa*, se lo suplico, yo no soy capaz de llamarlo así. Simplemente no puedo.

—Qué pena. Eso quiere decir que tendré que marcharme de aquí, antes de lo que esperaba.

—Salgo pa la ciudad a comprar huevos, jabón y más *yamayama* pa la casa. ¿Le compro algo?

—Naranjas, más fruta.

—¿Nada de bebida?

—No, por dios. Ah, bueno, ¿quizá *pito*?

—Pero qué me dice usted, *Masa*. ¿Quiere usted beber *pito*?

—Quiero probarlo. Creo que por aquí se puede encontrar fresco. Y me gustaría probarlo. Nunca lo he bebido. ¿Es bueno? ¿Emborracha?

—Sí. Muy bueno. No, este no deja bebido a nadie. No demasiao.

* * *

Habría que decir algo a favor de los espacios abiertos. Aun así, ¿qué? Nada. Si uno puede ver varias millas de frente, en la distancia, uno debería ser capaz de ver en el tiempo. Toda esta brisa. Estos cielos claros. El viento tendría que llevarse la tontería de nuestras almas, las estupideces de nuestras mentes, y debería quitarnos el velo de los ojos. Pero no es así. Nunca ha sido así. Hay tantas almas menguadas por todas partes.... En la espesura de los bosques y en las playas. Como todo el mundo, esos poetas se equivocaban. Mentían. Pero Zirigu tiene razón. Igual que su mujer, la Madre. Tienen razón, como todos nosotros. Solo espero que algún día aprendan que somos todos iguales.

Una vez, cuando fui de pequeño a pasar las vacaciones con Nanaa, fui corriendo detrás de ella por las fincas. Es como si la estuviera oyendo. «A ver, mi pequeño estudiante, no me sigas: el campo es para

personas duras, como yo. Mmm, ¿qué podría decir si te pasa algo?». Así una y otra vez. De todos modos, la seguí. Lo único que recuerdo es que todo olía como nunca olería después... o desde entonces. Bien. Bien. Bien. No era solo el olor de las hojas verdes. Hojas verdes y tierra húmeda, el fuego que sale de una escopeta y la sangre humana recién derramada tienen olores diferentes, desde luego. En la finca de Nanaa todo olía bien. Allí estaban todas las verduras. Bueno, ya llevábamos una hora allí cuando yo empecé a aullar de hambre. Nanaa dijo algo sobre que obviamente aquel día en la finca lo íbamos a dedicar a comer.

Y entonces se metió detrás de un arbusto y apareció con un ñame enorme. Quiero decir que era grande. Gigantesco. Por supuesto, cuando eres joven, todo te parece enorme, pero este ñame era grande. Sacó de su escondite la cazuela de aluminio para cocinar con keroseno —las vendían a cuatro o seis peniques en el mercado — y vertió un poco de agua. Al ver el ñame mi estómago había empezado a hacer lo que hacen los estómagos. Había dicho que cortaría un cachito de la punta que cocinaría para mí, porque ella no tenía hambre y, de todas formas, el ñame frío no está rico. Me sonó muy bien todo eso. Solo significaba que cuando se cocinara el suyo, yo comería más ñame. Ya sabía que cuando el ñame es bueno es blanco o amarillo-blancuecino o algo así. Pero cuando Nanaa lo cortó la pieza estaba marrón. Y dijo algo, como que ese trozo no era bueno. Cortó otro trozo y lo mismo. Cortó más y estaban todos iguales. Cuando iba por la mitad del ñame, Nanaa lo miró y dijo: «Ñame, qué malo eres. ¿Por qué no dejaste un trocito bueno de ti mientras te pudrías, para habérselo cocinado a mi niño?». Pero yo le dije que siguiera cortando, pues todavía esperaba que algo bueno quedara. Así que ella siguió con el trozo que quedaba, le dio la vuelta y cortó la cabeza. Estaba marrón y blando. Yo me tiré a la arena y al polvo de la finca y me puse a chillar. Me cocinó un trozo fresco del granero, pero me negué a comerlo. Solo más tarde, cuando se cocinó una porción para ella y yo ya tenía demasiada hambre, comí. Y nunca se me ha olvidado aquel ñame. ¿Qué era eso que lo había devorado por completo? Y aún así, allá voy otra vez, el ñame viejo tiene que pudrirse para que crezca el nuevo. ¿Dónde está la tierra? ¿Quién va a plantarlo? Ciertamente, no seremos nosotros, demasiado bebidos, con los ojos ahumados y la cabeza llena de mujeres... y nuestros corazones deseando solo artículos estúpidos de una fábrica ajena...

Reinaba un aire de fiesta en la residencia porque yo había dicho que iría a comer con Zirigu y su mujer. La mujer vino a advertirme, con las pocas palabras que conocía en mi lengua, de que debía haberle avisado con tiempo para homenajearme. Yo le dije que estaba bien porque habría más días. Zirigu puso la mesa y cuando le dije que no hacía falta ponerme tenedor y cuchillo porque quería comer con las manos, y que solo necesitaba una cuchara para la sopa, quedó boquiabierto. Mientras comía, ambos vinieron a observarme. La comida estaba rica. Por supuesto sabía como cualquier cosa a la que no estás acostumbrado. Detecté condimentos poco familiares por aquí, alguna especia desconocida por allá. Pero en conjunto no había nada, dentro de lo extraña que me resultaba, a lo que no pudiera acostumbrarme. He probado platos más raros. Zirigu me hizo saber una sola cosa que le producía ansiedad: que se me aflojaran las tripas por la noche. Después, trajo el *pito*. Le pedí que se sentara y bebiera conmigo. Hizo ademán de protestar. Uno no bebe con el amo, ya sabe usted. Le aseguré que no había ningún problema. El vino estaba rico. Tenía un sabor dulce. Bebimos y conversamos. Le hablé un poco más de mí. Parecía comprender y empatizar. Al terminar mi botella, dije que traería una de las suyas. Lo hizo. Poco a poco el grueso de la conversación giró hacia él.

* * *

Amo, disculpe que siga llamándole así. Pero, de todas formas, ¿qué otra cosa puedo hacer? A mi edad, es demasiado tarde para empezar a comportarme de un modo demasiado familiar con mis superiores. No, no, no diga más. Usted es un hombre bueno, joven. Me cae bien. Pero, en realidad, ¿cómo voy a llamarle así, Kobina? Sí, en cuanto a la edad, es usted un crío. No hace falta que me lo diga. ¿Acaso no puedo verlo por mí mismo? Claro que sí. Pero ahora la edad en sí misma no significa mucho, no mucho. Hace tiempo que la edad perdió peso. En los viejos tiempos, cuando alguien era un día mayor que tú, tenías que mostrarle deferencia o todo el clan te pondría en tu sitio, ¡un pobre gusano! Pero cuando tu edad no te impide lavar la ropa interior de una mujer blanca que sabes que es mucho más joven que tú, entonces, ¿qué es la edad? Gracias a Dios que dejé de hacer eso hace mucho tiempo. En cuanto a los negros que se convirtieron en los nuevos amos cuando se marcharon los blancos, en fin, tampoco ellos le daban mucha importancia a la edad. Enseguida le contaré algo. Pero hasta en los viejos tiempos la gente decía que el mero hecho de ser viejo no era nada. Uno podía ser un viejo sabio o un viejo tonto. Decían que la cosa era viajar. Pues bien, amo, yo, Zirigu, he viajado. Como le dije, soy un excombatiente. Fui a Birmania... o algún sitio así. Vi el frente. Pero ahora dígame si sabe lo que es ser un soldado porque fue al Congo con nuestros chicos. Entonces no le contaré nada del frente. Pero fue allí donde aprendí sobre los blancos. Ay, amo, cuando tienen hambre, luchan por

la comida, y juegan sucio entre ellos como todo el mundo... A veces dejabas comida para gente que no estaba allí. Y sus amigos se la comían. Cuando esa gente volvía y no quedaba nada, te daba una paliza. Sí, quizás se peleaban con sus propios hermanos, pero era a nosotros a quienes pegaban. Ah, ¡lo que ha visto el hombre!

»Por supuesto, algunos de nosotros luchamos. Así es como murió la gente. O perdieron piernas y brazos. Y hasta este día en que estoy hablando, amo, sigo sin saber contra quién combatíamos y por qué.

»Usted sabe de libros, amo, así que seguro que ha leído sobre los excombatientes y las promesas y cómo no se hizo nada. Unos meses después de volver y de encontrarnos desmovilizados, muchos de nosotros comenzamos a venirnos abajo. Yo tenía miedo de no tener forma de ganarme la vida. Con mi amigo —era el hermano de Setu— dejé la Costa de Oro. ¿En qué lugar de África Occidental no he estado? ¿En Togo? ¿Nigeria? ¿Sa'Lo? Pero era igual en todas partes, siempre había ya demasiados excombatientes sin trabajo. Intenté la venta ambulante, la reparación de bicicletas, la carpintería... Era todo lo mismo; el vacío atrás y al

frente. Regresamos. Pero se me olvidaba contarle una cosa. Antes de ir a la guerra vendía ñames en el mercado grande de Takoradi. Era un buen negocio. Y justo antes de marcharme, le entregué a mi propio hermano el poco dinero que había ahorrado. Mi hermano de padre y madre. «Buda, guárdamelo. Si vuelvo vivo de la guerra, seguiré vendiendo ñame. Y quizás podamos hacerlo juntos, porque es un buen negocio». Señor mío, no hablaré mucho. Buda es mi propio hermano. Nació un año y medio después que yo del mismo vientre. Cuando volví a casa después de la guerra, se había tragado el dinero. Utilizó una parte para su boda, y entre los dos se gastaron el resto. Ustedes desde su posición piensan que todos nosotros aquí somos ladrones y asesinos o lo que sea. Pero, escuche, al no coger un cuchillo para despedazar a mi hermano, sé que nunca podrá matar a nadie más a sangre fría mientras me llame Zirigu. De hecho, esa fue una de las razones por las que dejé esta tierra con el hermano de Setu. Y regresamos seis años después, sin nada. En aquella época, los dos pensábamos que ya estábamos haciéndonos viejos. Nos enteramos de que había un lugar en la ciudad donde otros excombatientes se estaban formando como cocineros, asistentes y jardineros. Lo hablé con el hermano de Setu. Me dijo: «¡Chah! Alá, yo no lo haré. Sabes, Zirigu, tengo un corazón de sangre caliente en el pecho. ¿Cómo voy a servir a otro hombre? ¿Cocinero? ¿Mayordomo? ¿Jardinero? ¡Chah! Solo significa que un tonto que tiene poder solo porque es blanco o porque sabe leer va a hacer de mí un perro. Le daría una paliza y lo mataría y antes de despertar me encontraría en una prisión». Acabó en la cárcel porque dicen que hizo otras cosas. Pero no lo sé. Creo que era un buen hombre. Me dijo: «Tú tienes temple. Para ti sería mejor hacer eso que deambular por ahí. Ve y fórmate». Lo hice. Trabajé en casas de blancos durante un par de años. Al hermano de Setu no le iba bien. Un día dijo: «Zirigu, tú eres un hombre sobrio. Deberías pensar en casarte. Ya eres demasiado viejo». Yo le dije: «Sí. A lo mejor vuelvo a casa en las próximas Navidades y me casó». Él dijo: «¿Conoces a mi hermana Setu?». «Sí», dije. «Su marido murió. Tiene un hijo, un varón. Tú no eres un creyente y el fantasma de mi padre me maldecirá por lo que te voy a pedir que hagas. Pero tú eres un buen hombre y ella es una buena mujer. Cásate con Setu y cuídala por mí». Amo, conocí a Setu y me casé con ella. Su hermano tenía razón. Es una buena mujer. Como la mayoría de nuestras mujeres, cree que debe tener su dinerillo para no tener que pedirle todo a su marido. En la costa se dedicaba sobre todo a vender plátano asado y cacahuete. Aquí hace *kaffa*.

»¿Y cómo llegué aquí?, me preguntará, amo. Se lo contaré. Al último amo blanco al que serví en la Costa le caía muy bien. Antes de marcharse definitivamente, me dijo que no me fuera muy lejos del bungalow. De hecho, debía quedarme en los barracones de los criados durante los dos meses que siguieran a su partida. Que al tercer mes vendría un nuevo amo de su país. Me dejaría una recomendación para que el nuevo amo me diera empleo. Yo le dije: «Sí, señor». Pero justo unos días antes de irse, me hizo saber que había una residencia del gobierno pegada a su oficina en esta área. Que el de mantenimiento se marchaba por alguna razón personal. El amo sabía que tenía un salario mejor. Me había recomendado. Así es como llegué aquí.

»Sí, amo, eso fue hace más de diez años. Al principio solo venían blancos. Después comenzaron a venir algunos negros. Los otros ya no vienen... me refiero a los blancos. ¿Por qué voy a lamentarlo? ¿Le suenan mis palabras a lamentar? Entre usted y yo, puedo decir que no sé si hay alguna diferencia o no. A veces me alegro de pensar en lo que ha prosperado nuestra propia gente. Unos dos años después de que se marcharan los blancos, dejé de llevar el uniforme. Nadie pareció darse cuenta. Ahora me puedo permitir ver qué clase de persona es cada visitante y entonces decidí hasta si le sirvo la mesa. Pero eso es todo. Sigo siendo Zirigu. Doy gracias a Dios porque a mis hijos les va bien en la escuela. No creo que tenga dinero para mandarlos a la universidad. Pero no voy a ponerme triste por eso. Setu es una buena esposa. Por lo demás, no sé. Llevo muchos años viviendo aquí. Es el único hogar que conocen mis hijos. Espero que cuando sea demasiado mayor para este trabajo, los niños ya tengan edad de cuidarse por sí mismos.

»Amo, estoy seguro de que se ha hecho tarde. Después de todo ese tu y ahora con el pito, necesitará dormir unas cuantas horas esta noche. Solo espero que no tenga que levantarse porque ande suelto de vientre.

»Que duerma bien, amo.

—No, ninguno de nosotros se va a la cama todavía. No, no sin contarme el resto de la historia como prometiste.

—¿Qué cosa dice usted?

—Me dijiste que enseguida me ibas a contar otra cosa.

—Ah, no sé. Pero escuche, amo, este lugar no es como cuando llegué por primera vez. Solo había un bloque pegado a esta casa principal con dos habitaciones, A y B. Con este cuarto de estar donde estamos ahora mismo nosotros. Fue más tarde, al año o los dos años de la Independencia cuando construyeron C y D, y la otra cocina. Nunca se ha utilizado... me refiero a la otra cocina. Si se hubiera construido en la época de los blancos, alguno se habría traído a su cocinero, con experiencia para utilizarla. Pero a nuestra gente no le importan esas cosas. Y yo siempre he estado aquí. Cuando decidieron construir el otro bloque, avisaron de que durante seis meses no debía venir nadie como residente. También decidieron que los barracones de los criados tenían mala pinta y que había que reformarlos. De modo que Setu y yo creímos que deberíamos volver a casa durante una temporada, dejando a los niños aquí al cuidado de unas hermanas de Setu. No queríamos interrumpir sus estudios. Sí, dijeron que iban a reformar los barracones. Este sitio siempre había estado bien para mí. No solo porque hay una habitación más para los niños, sino porque tiene un terreno en el que he cultivado las parcelas y he cosechado buena mandioca, mijo, okra e incluso ñames. Amo, durante gran parte del tiempo los cuatro hemos vivido de lo que sacamos de esta tierra. Y entonces guardamos lo que Setu y yo conseguimos de otros trabajos para cosas más importantes, como comprar los libros de los niños, sus uniformes y pagar la matrícula. Durante los años en los que no había que pagar por la educación de los niños, dedicábamos ese dinero a otras cosas. Porque, amo, la gente como nosotros nunca puede

permitirse ahorrar. A veces Setu y yo nos preguntamos cómo Dios creó a esa otra gente que tiene tanto dinero y puede meter una parte en un banco. Aun así, sabemos también que tenemos más que muchos de nuestros amigos y familiares. Pero no debería agobiarse con los problemas de todo mi clan. Lo que le decía es que este sitio estaba bien para nosotros. Con todo, cuando decían que iban a reformarlo esperaba que pusieran un buen cuarto de baño, con váter, y buena luz. Luz eléctrica. Sí, amo, el cuarto de baño en los berracones de los criados es el mismo cubo de desechos y ¿no ha visto las lámparas de queroseno? Así que pensé, «Zirigu, ahora sí que puedes llegar a ser alguien. Cuando los blancos vivían aquí eran nuestros amos, y era comprensible que tuvieran luz eléctrica y que nos dieran, a los criados, cubos para las letrinas y lámparas de queroseno. Pero ahora que somos independientes van a hacer una casa nueva. Mi propia gente me dará un váter y luz eléctrica». No le conté a Setu lo que pensaba porque temía que me dijera que yo quería tener las mismas cosas que mis superiores. Y esto no es bueno, pues Alá quiere que estemos satisfechos con lo que nos ha tocado. Ella es musulmana, pero yo no soy musulmán. Ustedes piensan que todos los del norte somos musulmanes. Es porque no saben nada del norte. Después me enteré por la propia Setu de que también ella había soñado con un váter y luz eléctrica. Pero le había dado miedo comentarlo conmigo porque pensaba que me reiría de ella. Le pregunté al hombre que me contó lo de la reforma si podríamos tener un váter y luz eléctrica. Dijo que se encargaría de los suministros y de encontrar a los trabajadores. Pero tendría que hablar del tema con sus jefes, los que realmente tenían el poder. Estaba seguro de que les parecería un asunto menor y de que incluso lo regañarían por no llevarlo a cabo sin preguntarles. En cambio... Cuando llegamos, ¿con qué nos encontramos? Habían pintado las paredes. Habían reparado los escalones que llevaban a las habitaciones y nos habían hecho un pequeño porche. Pero no había luz eléctrica, y en el baño tampoco había váter. Descubrí que se habían llevado el cubo viejo y lo habían cambiado por uno nuevo. Ah, amo, no sabía cuánto deseaba estas cosas hasta que supe que no las iba a tener. Habían cambiado el cubo viejo por uno nuevo. Mi propia gente, los importantes, no pensaban que yo debiera usar las cosas que ellos usan. Algo salió de mí y no ha vuelto desde entonces. No entiendo por qué estaba tan dolido y enfadado, pero así era. Setu me dijo que nos lo merecíamos, por desear ser como nuestros superiores. Alá nos había castigado. Pero no estoy de acuerdo con ella. No quiero ser como ellos... ni como usted. Durante diez años había mantenido bien este lugar. Sé que lo había hecho, si no, ¿por qué seguían manteniéndome aquí? Ser guardián y mayordomo no es un mal trabajo. Es un buen trabajo, el tipo de trabajillo que cualquier poderoso querría dar a un pariente pobre y lejano. Ni Setu ni yo conocemos a ningún poderoso. Así que nos han permitido quedarnos todos estos años porque manteníamos bien este lugar. También sé servirles bien. Hago lo que quieren. Me están saliendo canas. ¿Es mucho pedir una o dos bombillas eléctricas? Al menos habría ahorrado el gasto de chelines y monedas de seis peniques en el queroseno. Le he dado mil vueltas. Nunca lo he entendido. Durante mucho tiempo me di a la bebida. Quería marcharme. Quería matar a alguien. Cada vez que iba a la oficina de la ciudad a cobrar y a entregarles informes, me daban ganas de escupirles a los ojos. A toda esa gente con estudios... Pero Setu me habló. Me dijo que me comportaba como un niño. Que eso no era nada. Nunca deberíamos olvidar quiénes somos, eso es todo. Ya ha desaparecido la ira, y aquí me quedo. Dígame, amo, ¿de qué sirve la Independencia?

Todo cuenta

ENG Everything Counts

Traducción de Marta Sofía López al castellano

A menudo observaba sus caras serias y se reía en silencio para sí misma. Se tomaban al pie de la letra lo que decían. Lo único es que, queriéndolos a todos como hermana, amante y madre, también los conocía. Los conocía como a la palma de su mano. Sabía que era mucho más fácil para ellos hablar de la belleza de ser uno mismo. No hay que luchar para parecerse a las chicas blancas. No hay que estirarse el pelo. Y, sobre todo, no hay que llevar peluca.

La peluca. Ay, la peluca. Hay quien dice que está hecha de fibra sintética. Otros juran que, si no es pelo de gitanos, entonces es chino. Los extremistas aseguran que están hechas con pelo de blancos muertos. Esta versión le produjo pesadillas, porque había leído en algún sitio, hace mucho tiempo, que los alemanes hacían pantallas para lámparas con la piel de los judíos. Y se estremecía delante de todo el mundo. En otras ocasiones, cuando su vida era dulce, como cuando estaba con Fifi, las imágenes que se le venían a la mente no eran tan terribles. Pensaba en la letra de esa canción de *highlife* y se reía. La que habla sobre gente de aquí pagando precios exorbitantes por ropa americana de segunda mano... y entonces, como estudiante de Económicas, intentaba recordar algunas otras verdades que sabía sobre África. Expertos de segunda clase ofreciendo peligrosos consejos de primera clase. O expresando inútilmente opiniones de quinta mano. Maquinaria de segunda mano que venía de alguna chatarrería.

Máquinas quitanieves para granjas tropicales.

Tractores desfasados.

Aviones de desecho.

Y ahora, las pelucas. Hechas con el pelo que otra gente no quería.

En este punto, aunque era dura, se le llenaban los ojos de lágrimas. ¿Quizá de verdad su gente había perdido el barco del pensamiento original? Y si Fifi le preguntaba qué pasaba, ella se lo explicaba, repitiendo la misma historia una y otra vez. Él sacudía la cabeza y se reía de ella, y al final ella acababa riéndose con él.

Al principio, solía discutir con ellos en serio. «Pero ¿qué tiene que ver llevar peluca con la revolución?». «Mucho, hermana», decían. «¿Cómo?» preguntaba ella, esforzándose por no entenderlo.

«Porque significa que no tenemos confianza en nosotros mismos». Por supuesto, entendía lo que querían decir.

«Pero esto tiene gracia. Escuchad, hermanos, si realmente hiciéramos frente a los problemas con los que tenemos que lidiar, no tendríamos tiempo para preocuparnos por pelucas y otras tonterías semejantes».

Les hacía enfadar. No con la leve molestia de los hermanos, sino con el despecho de amantes heridos. Parecían terribles, les mutaban los ojos, se les enrojecían y le advertían que si no tenía cuidado la destruirían. Ay, la asustaban mucho, y además muy a menudo. Especialmente cuando pensaba en qué les llenaba de esa clase de odio.

Esto era otra cosa. Siempre había sabido que en su sociedad los hombres y las mujeres habían tenido cosas más importantes que hacer que pelearse por las ideas. Esto no lo había aprendido en la escuela. Porque, ya sabes, no se va a la escuela para aprender sobre África... Pero esto, ¿cómo lo llaman los expertos? ¿La guerra de sexos? Sí, por lo que se refiere a esta guerra de sexos, si acaso hubiera existido antaño entre su gente, no podía haber sido en la misma escala. En estos tiempos, cualquier pequeño *no* que una le dice al sí de un chico implica que estás pidiendo guerra. Ay, son demasiados problemas.

Y lo de imitar a las mujeres blancas, mmm, en fin, ¿qué otra cosa podemos hacer viendo el comportamiento de algunos hermanos? Las cosas que una ha visto con sus propios ojos. Las historias que ha escuchado. Sobre los políticos y los diplomáticos africanos en el extranjero. En todo caso, ya existen bastantes problemas sin preocuparse de los ricos.

Al cabo de un tiempo, dejó de discutir con ellos, sus hermanos. Dejó claro que, para ella, la peluca era una salida fácil. No podía permitirse el lujo de perder tanto tiempo con su pelo. La peluca, a fin de cuentas, no era más que un sombrero. Un turbante. ¿Harían el favor de dejarla en paz? Y, lo que es más, si querían una revolución, ¿por qué no trabajaban de forma más constructiva para alcanzarla?

Les cerró la boca. Porque ellos eran conscientes de sus propias debilidades, y sabían que no estaban preparados ni listos para afrontar la realidad y dejar de lado los aspectos de su sueño personal que se interponían entre ellos y los importantes pasos que tendrían que dar. Sobre todo, ella era realmente guapa e inteligente. La querían y la respetaban por ello.

No se esforzó mucho, y no hizo unos exámenes brillantes. Pero aprobó y consiguió su segunda licenciatura. Tres meses más tarde, Fifi y ella decidieron que sería mejor casarse en medio de gente extraña. Las bodas, en su país, estaban llenas de tonterías mal encaminadas. Voló a casa un mes después de la boda, con dos maletas. El resto de su equipaje les seguía en un barco. Fifi no iba a empezar a trabajar hasta dentro de tres meses, así que se había desviado para conocer uno o dos países africanos.

De verdad, le había resultado difícil dar crédito a lo que veían sus ojos. ¿Cómo hubiera podido? Desde la azafata hasta las últimas mecanógrafas en cualquier oficina, absolutamente todas las chicas llevaban peluca. No de pelo discretamente corto para que pareciera su propio pelo, como era el caso de la suya. Sino descaradamente, agresivamente, vulgarmente. La mayor parte de ellas, de hecho, tenían cantidades ingentes de rizos abiertos flotando sobre sus hombros. O eran artefactos inmensos sobre sus cabezas.

Y eso no era toda la historia. De repente, parecía que todas las chicas y las mujeres que conocía, y a las que recordaba con una piel negra suave y lisa, se habían vuelto más claras. Pero no de manera uniforme. Santo Dios, la gente tenía el mismo aspecto que si una plaga terrible hubiera descendido sobre la tierra. Una plaga que convertía los rostros y los cuellos en extraños *patchworks*.

No era capaz de entenderlo, así que se dijo a sí misma que estaba soñando. Quizá existía una explicación sencilla. Quizá había nacido un nuevo dios mientras ella estaba fuera del país, al que se le dedicaba un nuevo ritual. Y cuando terminasen las ceremonias, se quitarían las máscaras de la cara y esas cosas horribles de sus cabezas.

Pasó una semana y las máscaras seguían en su sitio. Más de una vez pensó en preguntarle a alguna de las chicas con las que había ido al colegio de qué iba todo eso. Pero se contuvo. No quería parecer más extranjera de lo que ya se sentía, en vista de que era la única chica negra en toda la ciudad...

Las vacaciones de verano habían terminado y los estudiantes de la universidad nacional volvían al campus. Oh... estaba llena de entusiasmo mientras preparaba las clases de las primeras semanas. Les iba a poner los puntos sobre las íes. A decirles que, como estudiantes de Económicas, su papel en el proyecto de construcción nacional era crucial. Su papel sería mucho más importante que el de los políticos bocazas que vivían a lo grande, ellos podían hacer un trabajo vital para liberar al continente de las garras de sus enemigos. Aunque solo fuera durante un corto periodo de tiempo y bla bla bla.

Entretanto, ella lucía su pelo natural. Solo un poco retocado para que fuese más fácil de peinar. De hecho, lo había estado haciendo así desde el día de su boda. Resultado de una dura negociación. El acuerdo final había sido que cualquier día del año ella llevaría el pelo natural. Pero podría conservar aquella cosa para las emergencias. En cualquier caso, su primera mañana como profesora llegó. Se encontró con sus estudiantes a las once. Eran entre quince y veinte. Un tercio de ellos eran chicas. No las había visto cuando entraban, así que no podía decir si tenían cuerpos bonitos o no. Pero, Dios mío, ¿eran bonitas sus caras? Se lo preguntaba mientras las miraba boquiabierta y pensaba en cómo se hubiera sentido si fuera un hombre joven. Sonrió para sí misma por lo ridículo de esta idea. Fue un error contener la sonrisa. Tendría que haber seguido con ella y convertirla en una carcajada. Porque a la sonrisa le siguieron unos celos tan grandes que no supo qué hacer con ellos. ¿Quiénes eran estas chicas? ¿De dónde habían salido para confrontarla con su juventud? El hecho de que no fuera mayor que muchas de ellas no importaba. Ni siquiera que hubiera reconocido a algunas que habían empezado la carrera cuando ella estaba en quinto. Las recordaba claramente. Pipiolas flacas correteando para saludar a la prefecta de la residencia. Criaturas asustadas y perdidas que venían de pueblos y de barriadas en construcción, y que habían llegado a esta ciudadela de una cultura extraña para convertirse en señoritas...

Y sin embargo ella estaba allí como profesora. Hablando de una cosa y otra. Quizá sobre la automatización como el arma más novedosa de los países desarrollados contra los condenados de la tierra. O algo parecido. Quizá, puesto que era su primera hora con ellos, sólo les estaba dando una idea general de los contenidos del curso. En todo caso, su cabeza estaba en otro sitio. Mira a esa Grace Mensah. ¡Pobrecilla! Había llorado amargamente cuando le estaban enseñando a usar el cuchillo y el tenedor. ¡Y mírala ahora!

En ese momento vio las pelucas. Todas las chicas las llevaban. Las más grandes que había visto hasta ese momento. Se sintió arder y ella, que casi nunca sudaba, se dio cuenta de que no solo sus manos estaban húmedas, sino que le caían chorros de agua desde la raíz del pelo hasta la columna. El sujetador le apretaba demasiado. Más tarde, agradeció que las mujeres negras no hubiesen aprendido todavía a desmayarse en momentos de extrema agitación.

Pero lo que la asustó de verdad es que no podía detener la voz de uno de los chicos, que le llegaba desde el mar, desde el país extranjero donde había coincidido con ellos.

«Pero mira, Sissie, entendemos lo que quieras decir. Salvo que ese no es el punto central. Tradicionalmente, las mujeres de nuestra parte del país llevaban el pelo largo. Sin embargo, tienes que admitir que en todo este asunto de las pelucas hay un elemento absolutamente extranjero. Insano».

Finalmente, aquella primera clase horrorosa terminó. Las chicas vinieron a saludarla. Debían de haberse preguntado qué le pasaba a esta nueva profesora. Y seguro que también los chicos. Pero no iba a permitir que le preocupara. Siempre hay algo que falla con los profesores. Además, iba a tener multitud de oportunidades para corregir la mala impresión que hubiera podido causar.

Las siguientes semanas discurrieron sin que pasara nada nuevo. De hecho, las cosas iban cada vez peor. Cuando fue a casa a visitar a su familia, le hicieron preguntas tan dolorosas que no podía encontrar respuestas para ofrecerles.

«¿Qué coche vas a comprar, Sissie? Mira que no sea uno de esos cascarones de coco con dos puertas, ¿eh? Y esperamos que compres una nevera. Porque hoy en día no se encuentran. Y si las encuentras cuestan un dineral...». ¿Cómo explicarles que los coches y las neveras son las sogas con las que nos estamos ahorcando? Miró sus caras y se preguntó si eran los mismos a los que había deseado ver con una nostalgia tan aguda cuando estaba fuera. Mmm, empezaba a pensar que estaba en otro país. ¿Quizá se había bajado del avión en el aeropuerto equivocado? ¿Demasiado pronto? ¿Demasiado tarde? Fifi todavía no había llegado al país. Puede que eso tuviera algo que ver con el extraño interés que le despertó el concurso de belleza. No era propio de ella. Pero ahí estaba. Ahora compraba con gran interés los periódicos de la mañana para ver las fotos de las ganadoras regionales. Por supuesto, la ganadora a nivel nacional entraría en el concurso de Miss Mundo.

Supo desde el principio que acudiría al estadio. Y no le resultó difícil conseguir un buen sitio.

Debiera haber sabido que resultaría así. Ninguna de las chicas le había parecido guapa. Pero nadie había pedido su opinión, ¿verdad? Solo recordó, más tarde, que todas las concursantes llevaban peluca excepto

una. La ganadora. La que tenía la piel más clara de todas. No, no llevaba peluca. Su pelo de mestiza, de forma sencilla, de forma natural, caía en una melena exuberante sobre sus hombros.

Volvió corriendo a casa y se metió en el baño, y lloró y lloró y vomitó durante lo que le parecieron días. Y todo ese tiempo pensaba en cuánta razón tenían los chicos. Le hubiera gustado correr hasta donde estaban para decírselo. Pedirles perdón por haberse atrevido a contradecirlos. Tenían toda la razón. Sus hermanos, sus amantes y maridos. Pero casi todos estaban todavía en el extranjero. En Europa, en América o en cualquier otro lugar. Solían decirle que la idea de volver a casa les parecía aterradora. Se sentirían frustrados...

Otros todavía estaban estudiando para obtener una o dos licenciaturas más. Un máster aquí. Un doctorado allí... Esa era la otra cosita acerca de la revolución.

Aquí no hay tregua

ENG No Sweetness Here

Traducción de Marta Sofía López al castellano

Era guapo, pero qué importaba eso. La belleza no juega un papel tan relevante en la vida de un hombre como en la de una mujer, o eso piensa la gente. Si la belleza de un hombre es demasiado evidente como para llamar la atención, la gente discretamente la ignora. Solo una chica sin modestia ninguna como yo se atrevería a hacer un comentario sobre la belleza de un chico. «Qué guapo es Kwesi», le decía siempre a su madre. «Si alguna vez me trasladan, lo secuestro». Me divertía tomando el pelo a la adorable mujer y también a ella le divertía que bromeara sobre él. Fingía escandalizarse, como si le alarmara y a la vez le agradara, todo ello en un momento fugaz.

—*Ei, Chicha*⁹. No deberías decir esas cosas. En realidad, el chico no es tan guapo. —Pero sabía que estaba mintiendo—. Por otra parte, Chicha, ¿a quién le importa que un chico sea bien parecido o no? —De nuevo sabía que al menos a ella le importaba; al fin y al cabo, ¿no arrojaba la maravillosa personalidad del chico una luz cálida sobre la belleza viva, aunque ya menguante de la madre? Entonces, con cautela y a la vez en un tono notablemente objetivo, expresaba el miedo que la carcomía—. Por favor, Chicha, ya sé que solo te ríes de mí, pero prométeme que no te llevarás a Kwesi. — Casi al instante su boquita temblaba y se tapaba los ojos con su paño como avergonzada de su gran amor y sus miedos.

Pero yo la comprendía.

—O, Maami, no llores, sabes que no lo decía en serio.

—Lo siento, Chicha, confío en ti. Lo único es que no puedo evitar el miedo, ¿sabes? ¿Qué haría yo, Chicha?, ¿qué haría yo, si le pasara cualquier cosa a mi hijo?

Volvía a abrir sus bonitos ojos, brillantes con las lágrimas que no había derramado.

—No le va a pasar nada —la tranquilizaba—. Es un buen chico. No se mete en peleas y por eso no lo va a pegar nadie. No es torpe, al menos no muy torpe, lo cual quiere decir que no se lleva más golpes de la vara de caña que sus compañeros...

—Chicha, yo me someto de manera voluntaria a tus varazos si hace mal las sumas —intervenía rápidamente.

—No te hagas la graciosa. Unas varillas de calentamiento en una mañana fría no le vendrían nada mal.

Pero si te ofreces, yo no tendría problema en darte a ti unos golpecitos en tus tiernas carnes.

Entonces se disipaba la tensión y las dos nos echábamos a reír. Aun así, siempre me iba con la imagen de su boca temblorosa y las lágrimas contenidas.

Maami Ama quería a su hijo; y esta es una afirmación tonta, tan tonta como decir que Maami Ama es una mujer. ¿Qué mujer no amaría a su hijo? En la época de esta historia, acababa el niño de cumplir diez años. Estaba en cuarto de primaria y era bastante alto para su edad. Tenía la piel lisa como la manteca de karité, y oscura como el carbón. Tenía el pelo suave, como el de su madre. Sus ojos eran de esos que siempre le recuerdan a una algún sueño prolongado en una tarde calurosa. Es indecente regodearse en el aspecto físico de un niño, pero lo cierto es que la belleza de Kwesi era indecente.

Faltaba tiempo para el atardecer. Mi reloj marcaba las 4:15 p.m., esa franja ambigua del día que, a esta gente, con todo su ancestral conocimiento astronómico, siempre le ha costado definir. Para los más jóvenes y los más viejos es ciertamente el anochecer; se han pasado todo el día en casa y empiezan a persuadirse de que termina el día. Aburridos de su propia compañía, se desparraman por el mercado o se sientan a la fresca. Los niños empiezan a lloriquear preguntando por sus madres, cansados de jugar a «las casitas». Imaginándose muertos de hambre, picotean las sobras de la comida, aunque en realidad solo rezan para que sus madres vuelvan pronto de la finca. Los más viejos ciertamente no van a buscar los restos, pero vuelven a saborear los temas de conversación que estaban frescos a las diez de la mañana.

—Y digo, Kwame, como te decía esta mañana, que mi primera esposa era una mujer guapísima —dijo el viejo Kofi.

—Ah, sí, sí, era una chica extraordinariamente guapa. Me acuerdo de ella. —El viejo Kwame asentía con la cabeza, pero estaba cansado de la historia y tenía sueño—. Ya pasa la hora de que los jóvenes vuelvan de la finca.

Pero yo era maestra y seguía las costumbres de los blancos. La escuela había terminado. La casita de Maami Ama estaba en una punta del pueblo y la escuela en la otra. No obstante, no había mucho camino porque Bamso no es un pueblo grande. Yo le había dado mis libros a la pequeña Grace Ason para que me los llevara a casa; así que solo llevaba mi relojito en la muñeca y paseaba sin prisa. Al pasar por donde los viejos, me saludaron a gritos. Era siempre en el inglés pronunciado a la manera fante.

—*Kudiimin-o*, Chicha.

—*Kidiimin*, Nana —respondía yo.

Cuando yo saludaba primero, la respuesta era Tanchiw.

—Chicha, ¿cómo estás?

—Nana, estoy bien.

⁹ Chicha: transcripción que lleva a cabo la autora de la palabra *teacher*, maestra. Evocaría el acento fante (dialecto de la lengua akan) en su pronunciación por parte de la gente del pueblo al que la maestra ha sido destinada (nota de la t.).

—Yoo, qué bueno.

—¿Y cómo están los niños?

—Nana, todos están bien.

Si un viejo tenía ganas de conversación, especialmente si había alguien más de público, me echaba un cumplido sobre la labor que estaba haciendo. Después seguía con las ventajas de la educación formal, especialmente la femenina, para terminar con una cita del Dr. Aggrey.

De modo que también yo iba con retraso aquella tarde; mejor aún, porque cuando entré a la casita, Maami Ama acababa de llegar de la finca. La puerta daba al pueblo, y así fue como la vi. Ay, esa imagen sigue viva en mi memoria. Estaba sentada en un taburete bajo, frente a su carga. Como los montones de cosas que traían las mujeres de las granjas a sus casas, era una amalgama colorida de frutas y verduras. En la base de la bandeja de madera estaban los tubérculos de mandioca y de ñame, empapados en abundante barro marrón, el color de la tierra. Encima se veían los plátanos del color verde de los bosques de donde procedían. Sobre ellos estaban las alegres verduras, la pimienta roja, las berenjenas, la papaya dorada y los tomates carmesíes. Por encima de este derroche de color, los ojos de la mujer estaban fijos, absortos, mientras sus manitas sacaban la pimienta con delicadeza. Hice un ruidito en la puerta, como raspándola. Levantó la vista y sonrió. Su sonrisa dejó ver sus dientes blanquísimos.

—Oh, Chicha, acabo de llegar.

—Eso veo. Ayekoo.

—Yaa, hija mía. ¿Y cómo estás tú, mi niña?

—Muy bien, madre. ¿Y tú?

—Tanchiw. Siéntate, hay un taburete en la esquina. Siéntate. Mmm... La vida es una batalla. ¿Qué podemos hacer? Lo intentamos, hija mía.

—¿Por qué te has quedado más tiempo en la finca hoy?

—Después de quitar la maleza en esa parcela de la que te hablé la semana pasada, se me ocurrió ir a por un par de ñames.

—¡Ah! —grité.

—Ya sabes que mañana es Ahobaa. Aunque una no se sienta animada, hay que tener un poco de ñame para el viejo Ahor.

—Sí. Entiendo. El viejo salvador se lo merece. Después de todo no sucede muy a menudo que un hombre se ofrezca como sacrificio a los dioses para salvar a su pueblo de una pestilencia.

—No, Chicha, tuvimos mucha suerte.

—Pero Maami Ama, ¿por qué tienes esa cara de pena? Los ñames son bien grandes.

Ella me regaló una sonrisita mirando los ñames amontonados en el rincón.

—¿Tú crees? Bueno, son los mejores del montón. Hija mía, cuando la vida te falla, te falla del todo. Los ñames son la viva imagen de la propia vida. Y los míos tienen una pinta bastante miserable.

—Oh, Maami, ¿por qué hablas siempre así? Fíjate en Kwesi, ¿cuántas madres pueden presumir de un hijo así? Aunque sea tu único hijo, piensa en las que no tienen ninguno. Quizás haya alguna mujer sentada en una esquina que te envidie.

Soltó una risita.

—¡Ya tiene que ser infeliz la mujer que envidie a Ama! Pero tienes razón, yo debería estar agradecida por Kwesi.

Después nos quedamos calladas un rato. Me encantaba verla moverse en silencio mientras trabajaba. Al terminar de desempaquetar, limpió la porquería de la bandeja y comenzó a hacer fuego para preparar la cena. Empezó a canturrear una canción de iglesia. Era metodista.

*Luchamos,
luchamos,
luchamos por Canaan,
el reino celestial.*

Mientras la observaba se me llenaron los ojos de lágrimas; se parecía muchísimo a mi propia madre. Enseguida empezó a salir humo del fuego. Se dio la vuelta.

—Chicha.

—Maami Ama.

—¿Sabes que por fin mañana me divorcio en serio?

—¡Oh! —No pude evitar el tono de consternación en mi voz. Había oído, poco después de mi llegada al pueblo, que los padres de aquel niño guapísimo estarían mejor divorciados. Yo esperaba que llegaran a un acuerdo respetuoso por el bien del niño. Más adelante, cuando conocí a su madre, lo deseé también por ella, por su propio bien. Pero según pasaba el tiempo me había dado cuenta de que aquello no tenía nada de deseable. Kodjo Fi era un egoísta y un acosador, con quien ninguna mujer decente debía de haberse casado. Se llevaba estupendamente con sus otras dos esposas, pero los tres eran del mismo pelaje. Aun así, lamenté que Maami fuera a formalizar la ruptura definitiva.

—Sí, lo voy a hacer —continuó ella—. Debería. ¿Para qué sigo así? ¿Para qué luchar más? Siete años es mucho tiempo para aguantar el maltrato de un hombre con el desprecio y el orgullo añadido de sus esposas. ¿Qué he hecho yo para merecer los insultos de sus hermanas? ¡Y el de su madre!

—¡La madre también! —exclamé.

—¿Por qué no? ¿No crees que lo haría? Ten en cuenta que no le compro los paños más caros del mercado ni le doy el mejor pescado de mi sopa, como hacen las otras nueras.

Me eché a reír.

—¡Menuda bruja la vieja!

—Chicha, no te rías. Estoy segura de que quería comerse a Kwesi pero lo bauticé y no pudo.

—Oh, no digas eso, Maami. Estoy segura de que les caes bien a todas, solo que no lo sabes.

—Hija mía, no es así. Me odian.

—Pero ¿qué pasó? —le pregunté lo que llevaba tanto tiempo deseando preguntarle.

—¡Pregúntales tú, Chicha! Yo no lo sé. De pronto empezaron a odiarme cuando Kwesi apenas tenía dos años. Kodjo Fi redujo mi dinero para la casa y a veces se negaba a darme nada. Empezó a dejar de comer mis platos. Al principio le preguntaba por qué. Siempre me contestaba «no es nada». Si no hubiera tenido tan mala suerte, su madre y sus hermanas se hubieran puesto de mi parte, pero no fue así. Durante aquella época de siembra, aunque fuera su primera esposa,

me dejó la parcela más pequeña y con más maleza.

—Ei, y tú, ¿qué le dijiste?

—¿Qué iba a decir? En aquella época mi madre vivía, aunque mi padre ya había muerto. Cuando me quejé de cómo me estaba tratando mi marido, me dijo que, a veces en el matrimonio, la mujer debe hacerse la tonta. Pero yo llevo demasiado tiempo haciéndome la tonta.

—¡Oh! —Me salió una mueca de disgusto.

—Madre murió y yo era la única hija. Mis tíos ya tienen bastante con las cosas de sus hijas. Se lo he contado varias veces a mis tíos, pero nunca me toman en serio. Creen que solo soy una mujer insatisfecha.

—¿Tú? —exclamé sorprendida.

—Puede que tú no me veas así. Pero en este pueblo hay bastante gente que lo cree.

Hizo una pausa mientras miraba hacia el suelo.

—Tú no lo sabes, pero he sido el tema de cotilleo durante muchos años. Ahora lo único que quiero es vivir sola cuidando a mi hijo. No creo que jamás tenga más hijos. Chicha, en nuestro pueblo dicen que un mal matrimonio mata el alma. La mía está lista para enterrar.

—Maami, no hagas ese luto.

—Hija mía, la madre y el padre que me trajeron a este mundo me dejaron sola y ya no les guardo luto. Cuando la muerte los llamó, se alegraron de soltar sus herramientas y de marchar con los antepasados. Sí, me querían bien, pero hasta ellos me abandonaron. ¿Por qué debería llorar por un hombre para quien dejé de existir hace mucho tiempo?

Se fue hacia la cesta grande, sacó un poco de mandioca y plátano, se sentó y empezó a pelarlos. Al darse cuenta de que se había olvidado el cuenco de madera en el que iba a poner la comida, se levantó a buscarlo.

—En este caso —retomé la conversación—, ¿qué va a pasar con Kwesi?

—¿Qué va a pasar con él? —preguntó sorprendida—. No hay problema. Puede que me manden entregárselo al padre.

—¿Y lo harías?

—No, desde luego que no.

—¿Y podrías quedarte con él si el padre insistiera?

—Bueno, lo pelearía. Mi hijo es el hijo de su padre, pero pertenece a mi familia.

Me quedé allí sentada escuchando aquellas referencias a costumbres antiguas de las que yo no sabía nada. Me sorprendió. Ella lavó los alimentos, los cortó en trozos y los colocó en la olla. Añadió agua y la puso al fuego. Sopló y salió una llamarada.

—Maami Ama, tu marido ¿no tiene derecho a quitarte a Kwesi? —le pregunté.

—Lo tiene, supongo, pero no del todo. De todas formas, si los ancianos que llevarán a cabo el acuerdo me mandan dejarlo marchar y quedarse con su padre, no me negaré.

—Eres una valiente.

—La vida me ha enseñado a ser valiente —dijo ella, mirándome y sonriendo—. Por cierto, ¿qué hora es?

—Faltan seis minutos para las seis —le respondí.

—¿Y todavía no ha vuelto Kwesi a casa? —exclamó.

—Mamá, aquí estoy —anunció una voz aguda.

—Esposo mío, hermano mío, padre mío, mi todo en uno, ¿dónde estás?

Y allí estaba él. En un momento, para aquella aldeana agotada el sol podría haber estado saliendo por el este en lugar de estar poniéndose detrás de los cocoteros. Le brillaban los ojos. Kwesi me saludó primero a mí y después a su madre. Era un poco tímido conmigo y se escabulló en la habitación interior. Se oyó un golpe seco; había tirado los libros al suelo.

—Kwesi —le reprendió su madre—. Siempre te he dicho que trates bien los libros, nada de soltarlos de esa manera. No los he comprado a cambio de arena, y deberías cuidarlos. El chico volvió donde estábamos. Lo miré. Estaba muy sucio. Tenía arena en el pelo, las orejas y los ojos. Llevaba el uniforme lleno de manchas de barro, ceras de colores y zumo de bayas. Se había soltado los tirantes. Su madre frunció las cejas y le habló con cariño.

—Kwesi, mira cómo vas de sucio. Menuda vergüenza para mí. Cualquiera diría que tu madre no te cuida bien.

Me hizo mucha gracia, porque sabía que lo decía para mis oídos. Kwesi se quedó allí plantado, como si no le importara nada.

—¿No puedes jugar sin llenarte el pelo de arena? —insistió su madre.

—Tengo hambre —anunció.

Yo me reí.

—Vergüenza debía de darte, y tu seño está aquí. Chicha, ¿lo ves? No me trae agua. No me trae leña. No quita la maleza de mi finca los sábados, como hacen otros compañeros tuyos por sus madres. Lo único que hace es comer y comer.

Lo miré mientras huía a la habitación interior avergonzado. Las dos nos reímos de él. Al rato me levanté para irme.

—Chicha, me hubiera gustado que cenaras antes de marcharte —Maami intentó pararme—, por eso me estoy dando prisa con la comida.

—Oh, no importa. Ya sabes que como aquí cuando vengo, pero hoy debo irme. Tengo que corregir los cuadernos de los niños.

—Entonces no debo alejarte de tu trabajo.

—Mañana vendré a verte —le prometí.

—Yoo, gracias.

—Que duermas bien, Maami.

—Que duermas bien, hija mía.

Salí al fresco. El sol se alejaba rápido en el horizonte. Anduve despacio. Justo antes de estar fuera del alcance del oído, Maami gritó:

—Y recuerda, como Kwesi haga mal sus sumas, iré yo a la escuela a recibir sus latigazos, ¡solo tienes que avisarme!

—Yoo —le respondí con otro grito. Y me marché.

El día siguiente era *Ahobaada*. Era un día de fiesta para todo el mundo. Por la mañana, se arreglarían las viejas rencillas entre las familias. La de Maami Ama se pacificó. Sus tíos se habían reconciliado —o creían que lo habían hecho— con el hecho de que, cuando la madre de Maami Ama estaba a punto de morir, había dado instrucciones a sus hermanas, para gran disgusto de ellas, de que le entregaran todas sus joyas a su única hija. Esta había sido una de las razones por las que las tíos y primas habían abandonado a Ama a su suerte. Al fin y al cabo, tiene los bienes de su madre, ¿qué más necesita?, solían decir. Sin embargo, hoy, las tíos, las primas y las sobrinas han llegado a un acuerdo. ¡Ahobaa es la estación de la buena voluntad! No obstante, Ama tiene hoy su divorcio formal...

Ninguna ley educativa decretaba que los niños tuvieran vacaciones en las festividades locales. Y por mucho que yo me compadeciera de los chavales, no podía dárselas, a pesar de lo importante que era para ellos la ocasión. Claro, les parecía un agravio que les obligaran a ir a la escuela mientras sus amigos se daban un festín de carne y fiesta. Pero se tomaron su pequeña venganza conmigo. No pararon en todo el día. Y lo que era peor, todos los alumnos estaban en

la misma aula. En cuanto dejaba a los pollitos de Primero para dedicarme a los mayores, se ponían a charlar; cuando volvía con ellos, los de Segundo y los de Tercero empezaban a gritar. Ah, qué bonito panorama. Por la tarde, después de haber ido a casa a probar algunos platos de la fiesta, casi me volvieron loca. Así que fue un alivio cuando por fin dieron las tres. Sin sentirme culpable, los puse a todos a jugar. Salieron corriendo al campo. Apilé los libros en la mesa para que Grace me los llevara a casa. Mi intención era ir a ver la ceremonia del divorcio, que había comenzado a la una en punto, para volver a la escuela y despedir a los chicos. Aquellos actos duraban horas hasta que se llegaba a un acuerdo, y esperaba poder escuchar algo.

Al andar entre las filas de pupitres, me di un golpe contra uno de ellos. Se cayeron los cuadernos que había encima. Al recogerlos me di cuenta de que pertenecían a Kwesi. Era el pupitre que compartía con una niña pequeña. Empecé a pensar en él y en la desdichada relación que tenía con lo que pasaba en aquel momento en el pueblo. Me acordaba perfectamente de la conversación entre su madre y yo la tarde anterior. Me entristeció la perspectiva de una posible separación de la madre que tanto lo quería y a quien él quería. Una madre solitaria con un niño solitario, eso era lo que él había conocido desde su niñez. Bajo el sol ardiente, ella lo había llevado a la espalda mientras arrancaba la maleza de su maizal. ¿Cómo se atrevía a dejarlo a la sombra de un árbol cuando no había nadie que lo cuidara? Otras mujeres contaban con la ayuda de sus hermanas más jóvenes, o las de sus esposos, para con sus bebés; pero ella no había tenido a nadie. La única cara que había visto el pequeño era la de su madre. Y ahora...

—Pero —me dije a mí misma— le va a ir bien.

—¿Seguro? —me pregunté.

—¿Por qué no? Es un niño feliz.

—¿Soluiona eso el problema?

—No del todo, pero...

—Nada de peros; uno debería pensar en la casa adonde lo van a llevar. Puede que allí no sea el preferido de nadie.

Pero mi otra voz me decía que un niño no necesita ser el preferido para ser feliz.

Tuve que acabar con mi discusión interior. Debía darme prisa. Al pasar por el campo vi algunos chicos jugando al fútbol. En la portería a lo lejos vi una melena de pelo brillante bajo el sol de la tarde. Sabía a qué cuerpo pertenecía. Un portero es un personaje sospechoso en el fútbol infantil. O bien es un buen portero y por eso está ahí, lo cual es difícil de saber en un niño, o bien es un mal jugador. Si es un mal jugador, lo mismo da que esté ahí o en cualquier otra posición. Ciertamente a Kwesi le encantaba el fútbol, y siempre era portero. Nunca había sabido si era bueno o malo. Justo cuando pasaba cerca de él, cogió la pelota y su equipo aplaudió. Oí una risita chillona, la suya. Sin duda era un niño feliz.

Por fin llegué al pueblo. Me dirigí rápidamente a la casa de Nana Kum, era allí donde se dirimía el matrimonio. Había una multitud delante de la casa. ¿Por qué se juntaba tanta gente allí? Entonces me acordé de que era festivo; todo el mundo estaba en casa. Y por supuesto, después de comer y beber vino de palma por la mañana y a mediodía, los procesos de divorcio ofrecen ciertamente una diversión agradable, especialmente cuando afectan a otra gente y no a nosotros.

El patio era largo y los fragmentos de algunos comentarios flotaban en mis oídos según me iba abriendo camino a empujones. «Sin duda los ancianos han llegado a un acuerdo justo», decía alguien. «Pero da la impresión de que Kodjo Fi no tiene pruebas de sus argumentos», decía otra. «Bueno, ambos han sido sensatos. Si uno siente que no puede convivir con una mujer, es mejor que se divorcie de ella. Y yo detesto a las mujeres que se rebajan ante sus maridos», dijo un tercero. Finalmente llegué hasta Ama. La rodeaba su familia, sus dos tíos, Esi y Ama, sus dos primas y los dos tíos. A la derecha estaban los ancianos que juzgaban el caso; enfrente estaban Kodjo Fi y su familia.

—Aquí estoy, Maami Ama —anuncié mi presencia.

Me miró.

—Deberías haber llegado antes. Ya se ha decidido el acuerdo.

—¿Y cómo queda la cosa?

—Ya soy una mujer divorciada.

—¿Qué razones ha dado para divorciarse de ti?

—Ha dicho que yo no había hecho nada, que él solo quería...

—¡Eh! Solo vosotros dos sabéis qué fue lo que salió mal —chilló la tía más joven en tono de reproche—. Si después de que él dijera eso te hubieras negado al divorcio, tendría que haber pagado las tasas, pero ahora él se ha salido con la suya.

—Pero, tía —protestó Maami—, ¿cómo iba a negarme al divorcio?

—Depende de ti. Sé que es asunto tuyo. Lo único es que no me gustaría que el espíritu de tu madre pensara que no te hemos cuidado bien.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo la tía mayor.

—Maami Ama, ¿qué deuda tenías? —le pregunté.

—No es pequeña.

—Espero que también tú hicieras un cálculo de lo que te debe él.

—Sí, lo hice. Él por su parte echó cuentas de la dote, los diez lapás que me regaló y el dinero contante y sonante.

Kodjo Fi y su familia habían oído todo esto y enseguida nos lo dieron a entender.

—Kodjo —estalló su hermana pequeña— se te olvidó calcular el precio de los machetes.

—No, Yaa, no se me olvidó —le dijo Kodjo Fi—. No tenía hermanos varones a quienes pagar la tasa.

—Entonces está bien así —añadió la segunda de sus hermanas.

Pero las demás mujeres de su grupo interpretaron esto como una señal para añadir más comentarios.

—Es una mala mujer y haces bien en librarte de ella —

chilló una tía.

—Yo creo que es una bruja —dijo su hermana pequeña.

—Sí que lo es. De todos modos, las brujas son las únicas que no tienen hermanos ni hermanas. Se los comen en el vientre de su madre antes de nacer.

Las tías y las primas de Ama no habían dicho ni palabra todavía. También se inclinaban a creer que Ama era una bruja. Pero Maami permaneció callada. En cuanto decayeron un poco los comentarios, retomó la conversación conmigo.

—Como te decía, Chicha, también calculó el precio del baúl que me había regalado y lo que le habían costado los remedios para hacerme tener más hijos. Solo me quedaba reclamarle lo que me correspondía por cocinar para él.

—¿Tienes dinero para pagar la deuda?

—No, pero no la voy a pagar. La pagarán mis tíos con el fondo de la familia y dejarán la deuda a mi nombre.

—¡Oh!

—¡Pero eres tonta! —le gritó a Maami Ama su tía mayor.

—Digo que eres tonta —insistió.

—Pero tía... —Maami Ama empezó a protestar.

—¡Sí! Y espero que no se te ocurra contestarme. Nací antes que tu madre y, ahora que está muerta, ¡yo soy tu madre! Que sepas que, cuando vivía, yo la regañaba cuando se equivocaba. Y ahora te digo a ti que eres boba. Llevas siete años luchando por cuidar a un niño. Que comiera o no era asunto tuyo, nunca le preocupó a nadie. Que tuviera paños o no era cosa tuya, a ninguna otra persona le importó. Kwesi no tuvo un padre de pequeño. Cuando estuvo a punto de morir de sarampión, no tuvo una abuela que lo cuidara. En cuanto a las tías, empezó a contar con ellas cuando empezó la escuela. Y ahora les permites que te lo quiten. Ahora que está fuerte y sano como para contar entre los vivos, el padre se entera de que tiene un hijo.

—¡Ya, ya! —La madre de Kodjo Fi le hizo burla—. ¿Qué te creías? ¿Que Kodjo te iba a entregar a ti a su hijo de regalo? El chico pertenece a su familia, pero en algo tiene que ser útil al padre también.

—Y a ti, ¿quién te ha preguntado? —increpó la tía de Ama a la vieja.

—No le ha preguntado nadie, pero hablaba mal de su hijo.

—Estas eran palabras de la hermana pequeña de Kodjo Fi.

—¿Y quién eres tú para contestar a mi madre? —Las dos primas de Ama la confrontaron.

—Marchaos. Pero ¿quiénes creéis que sois?

—Marchaos vosotras, que sois unas avariciosas.

—Sois vosotras las avariciosas, brujas.

—No hacéis otra cosa que llamar brujas a otras personas. Solo las brujas se reconocen entre ellas.

Al poco rato todos gritaban contra todos. Los que habían acudido empezaron a volver a sus casas, y solo los más curiosos se quedaron por allí a escuchar. Maami Ama murmuraba algo en voz baja que yo no oía. La convencí de que viniera conmigo. Ni una sola palabra habían cruzado ella y su exmarido durante todo aquel tiempo. Al darnos la vuelta para marcharnos, la madre de Kodjo Fi le gritó:

—Estás dolida, ¡pero eso es lo que te mereces! ¡Nos quedaremos con el niño! ¡Lo haremos! ¿Qué querías hacer tú con él?

Maami Ama se dio la vuelta y la miró.

—¿Para qué se toma tantas molestias? Cuando Nana Kum dijo que el chico debía ir a vivir con su padre, ¿puso alguna objeción? Está en la escuela. Vaya a buscarlo. Dígales a sus porteadores que vengan mañana a mi casa a recoger sus cosas.

Pronunció con calma estas palabras.

De pronto me acordé de que tenía que volver a la escuela a despedir a los niños. Le dije a Maami Ama que se fuera a casa, que yo intentaría ir a verla antes de que anocheciera.

Esta vez no fui por la calle principal. Me marché por la puerta de atrás andando por callejuelas y caminos. Ya eran más de las cuatro. Según avanzaba a toda prisa, oí un rugido que tomé por el eco de la pelea, de modo que seguí adelante. Al llegar al colegio no me gustó lo que vi. No había un solo niño en todo el recinto. Pero allí estaban los cuadernos de todos. El cobertizo estaba tan desordenado como siempre. La pequeña Grace también había dejado allí mis libros. Por supuesto que estaba más que confundida. «Qué niños tan traviesos. ¿Cómo se atreven a desobedecerme después de decirles que esperaran aquí hasta que viniera a mandarlos para casa?». De nada servía buscar. No estaban allí. «Necesitan disciplina», amenazé al cobertizo vacío. Cogí mis libros y mi reloj. Entonces me di cuenta de que el pupitre de Kwesi estaba despejado, sin sus cuadernos. No tenía nada de raro; probablemente se había marchado a su casa. Al bajar la colina por segunda vez aquella tarde, vi que todos los niños estaban al otro lado de la calle principal. ¿Qué hacían tan cerca de la casa de Maami Ama? Corré hacia ellos.

Lo que vi me cogió desprevenida. Como de manera intencionada, los niños habían formado un círculo. Me vieron algunos y enseguida todos empezaron a contarme lo que había pasado. Pero no oía una sola palabra. En medio del círculo, Kwesi estaba tumbado bocarriba. Estaba sin camisa. Su brazo derecho, con la hinchazón tan grande, tenía el tamaño de la cabeza. Me quedé pasmada, boquiabierta. Desde el patio trasero Maami Ama gritaba: «¡Me ahogo, venid a salvarme, pueblo de Bamso!».

¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? A Kwesi le ha picado una serpiente. ¿Dónde? ¿Dónde? En la escuela. Estaba jugando al fútbol. ¿Dónde? ¿Qué ha pasado? Le ha picado una serpiente, una serpiente, una serpiente.

Circularon preguntas y respuestas de boca en boca en el estupor del aire de la tarde. Entre tanto, los que sabían de picaduras de serpiente nombraban curas diferentes. El padre de Kwesi miraba con ansiedad a su hijo. Tan fuerte y poderoso, el hombre parecía atontado con el impacto y el susto. Se aplicó una dosis detrás de otra a la garganta reticente, pero nada hacía efecto. Las mujeres daban vueltas alrededor de la casa, totalmente ajenas al hecho de que habían dejado a medio preparar la comida de la fiesta. Cada una intentaba imaginar cómo se habría sentido si Kwesi hubiera sido su hijo, y desde la imaginación sufrían más que la propia madre. «¡Que los dioses de nuestros padres y sus espíritus nos protejan de la calamidad!».

Después de lo que pareció un tiempo insoportablemente largo, llegó el mensajero que había sido enviado antes a Surdo, el pueblo más cercano a Bamso, para convocar al mejor curandero, seguido del mismísimo y eminentíssimo doctor. Era famoso por sus curaciones de picaduras de serpiente. Cuando apareció todo el mundo hizo un gesto de alivio. Cada cual recordaba a alguien, tal vez un padre, un hermano o un esposo, a quien había librado de las fauces de la muerte. En cuanto le diera su poción al chico, vomitaría violentamente y después, por supuesto, saldría del peligro. Treinta minutos, una hora, dos horas; tres, cuatro horas. No había tenido una sola arcada. Antes del anochecer estaba muerto. Ningún adulto durmió aquella noche en el pueblo de Bamso. Kwesi era el primer niño que moría desde la inauguración de la escuela unos seis años antes. «Y era el único hijo de su madre. Ahora no tiene a nadie. No lo comprendemos. ¡Qué amarga es la vida!». Ese era el veredicto.

La mañana era muy hermosa. Parecía como si cada elemento de la naturaleza dentro del pueblo y a su alrededor también hubiera hecho vigilia. Así que también ellos estaban cansados. También yo estaba cansada. Me había ido a la cama hacia las cinco de la madrugada y al ser sábado podía quedarme durmiendo todo lo que quisiera. A las diez en punto me despertaron de pronto unos gritos. Aunque abrí la ventana no vi a los que hablaban. En aquel momento Kweku Sam, uno de los jóvenes del pueblo, pasó por mi ventana.

—¡Buenos días, Chicha! —me saludó a voz en grito.

—Buenos días, Kweku —respondí—. ¿Y esos gritos?

—Se están peleando!

—¿Y por qué se pelean?

—Cada uno acusa al otro de ser responsable de la muerte del niño.

—¿Cómo?

—Chicha, no lo sé. Las mujeres siempre andan peleándose entre ellas. Parece como si nunca pudieran quedarse tranquilas en silencio, como si tuvieran que estar siempre atacándose las unas a las otras. Lo que ha pasado es un asunto demasiado serio para andar peleándose. A lo mejor el pueblo ha causado desagrado entre los dioses de algún modo misterioso y por eso se han llevado a este chico.

Suspiró. No tenía nada que decir al respecto. Yo misma carecía de explicación, y si los del pueblo creían que había otra explicación más allá de la mente humana sobre la muerte de Kwesi, ¿quién era yo para discutir sobre ello?

—¿Está Maami Ama allí?

—No, no la he visto por allí.

Se quedó callado y también yo me quedé callada.

—Chicha, creo que debería marcharme. Acabo de enterarme de que mi hermana ha tenido una niña.

—Bueno —me sonréi—, felicítala de mi parte y dile que iré a verla mañana.

—Yoo.

Se fue a saludar a su nueva sobrina. Yo me quedé un largo rato en la ventana mirando al vacío, mientras escuchaba palabras y frases sueltas de la pelea. Se mezclaban con lloros. Me aparté de la ventana. Al mirarme en el espejito de la pared, no me sorprendió verme la cara bañada en lágrimas. Lloraba sin querer. No me apetecía meterme en la cama. No me apetecía hacer nada. Jugué con la idea de ir a ver a Maami Ata y finalmente decidí no hacerlo. No podría soportar verla cara a cara; todavía no. Así que me senté pensando en él. Repasé las ensoñaciones tan presuntuosas que me había permitido hacer pensando en él. «Me lo hubiera llevado conmigo a pesar de las protestas de su madre». Qué absurda. «El niño es un chico y, antes o después, la madre deberá aprender a vivir sin él. Aquí el curso más alto es Sexto de Primaria y cuando me marche, me lo llevaré. Le daré la educación en la sección de excelencia. Quizás, quién sabe, algún día obtenga una beca para ir a la universidad». En mis ensoñaciones, nunca había decidido qué carrera habría hecho, pero se haría famoso, eso lo daba por seguro. Con su belleza arrolladora, sería el ídolo de las mujeres y la envidia de los hombres. Viajaría a Gran Bretaña, a América, y a todos esos países de los que tanto hemos oído hablar. Vería las siete maravillas del mundo. «Por fin Maami será feliz», me decía yo. «La gente se aglomerará para ver a la madre de un hombre tan ilustre. Aunque no haya tenido muchos hijos, estará rodeada de nietos. Por supuesto, lejos del pueblo». No había lugar para el padre en aquellas fantasías. Pero allí estaba yo, y allí estaba Maami Ama, y estaba su padre, y a él, el motivo de discordia, lo habíamos perdido los tres. Vi cómo caían veloces y silenciosos los elevados castillos que le había construido.

Lo enterraron a las cuatro en punto. Antes me había llevado a los niños al velatorio. Cuando los parientes vieron el cuerpecito uniformado olvidaron sus diferencias y estallaron en sonoras lamentaciones. «Chicha, oh, Chicha, ¿qué voy a hacer ahora que Kwesi está muerto?». Su abuela se dirigió a mí. «Kwesi, mi belleza, Kwesi, mi señor, Kwesi-de-mi-sangre», cantaba una tía, «Padre Muerte, qué mala pasada».

—Chicha —continuó la abuela— mis días de lavandera han terminado, ¿quién me traerá agua? Se acabaron mis días de comer, pues, ¿quién me traerá alimentos? Me quedé allí plantada, sin decir nada. Había dejado que los niños cantaran «Salvador, bendito Salvador». Y lo habíamos acompañado al cementerio.

Después del funeral fui a la Casa del Luto, como se debe hacer después de un entierro. Se suponía que no debía haber más llantos en lo que quedaba del día. Me senté y escuché a los visitantes que habían venido de los pueblos vecinos.

—Qué triste es esto, desde luego, y qué extraño. La escuela se ha convertido en un negocio; los que antes la fundaron para sus hijos ahora comen más que los propios niños. Que nos roben a un niño de esta manera es verdaderamente terrible —dijo una mujer.

—Ah, calla —dijo la hermana más joven del padre—. Hemos perdido un tesoro.

—Hija mía —volvió a decir la abuela—, Kwesi se ha ido, ha vuelto a nuestros antepasados para siempre. ¿Y qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer? Cuando la harina se esparce por la arena, ¿quién la puede cribar? Pero esto es lo más triste que he oído, que era el único hijo de su madre.

—¡No me digas! —gritó otra visitante—. Siempre creí que tenía más hijos. ¿Qué hace una cuando se le rompe el único cubo de agua que tiene? —susurró.

Su pregunta quedó en el aire. Nadie se atrevió a decir nada más.

Yo salí. Aunque jamás supe cómo había llegado, me vi acercándome a la cabaña de Maami Ama. Como siempre, la puerta estaba abierta. Entré en la cocina. No estaba allí. Solo algunas cabras y ovejas del pueblo andaban ocupadas mordisqueando la mandioca y los ñames. Miré en la habitación interior. Allí estaba. Todavía enfundada en la ropa que había llevado al proceso de divorcio, no estaba sentada, ni de pie, ni tumbarada. Estaba de rodillas y, como quien se ahoga y se aferra a una pajita, apretaba los cuadernos y el uniforme de Kwesi contra su pecho. «Maami Ama, Maami Ama», la llamé. No se movió. La dejé tranquila. Después de sacar de allí a las cabras y las ovejas, salí, cerrando la puerta detrás de mí. «Es hora de volver a casa», me dije, hablando conmigo misma una vez más. El sol se ponía bajo la palmera de coco. Miré mi reloj. Eran las seis; pero esta vez no corrí.

The Girl Who Can & Other Stories

Viril-izar nombres bajo el sol

ENG Male-ing Names in the Sun

Traducción de Juan Miguel Zarandona al castellano

Toli¹⁰ número uno

En mayo de 1949, una niña pequeña permanecía de pie bajo el sol abrasador que golpeaba la explanada donde se hacían los desfiles de Dominase, la capital del distrito de Abeamze, del centro de la región meridional del país que entonces se conocía como Costa de Oro¹¹. Ella y sus compañeros de colegio habían aguantado allí por, al menos, dos horas, mientras esperaban al no-sabían-quién-narices-sería responsable del Departamento de Educación del Distrito, quien vendría para inspeccionarlos. Esta inspección era la principal ocupación de aquel día. La niña había liderado el contingente de su colegio (en formación de fila de a dos) que desfiló durante cuatro kilómetros entre su pueblo y la explanada.

LA EMOCIÓN de primera hora de la mañana, al tener que vestirse de manera apropiada para la ocasión, se había ido apagando, aunque si se les hubiera preguntado a la niña y a sus compañeros, no hubieran confesado que estaban cansados, hambrientos y sedientos. ¿Y por qué tendrían que haberlo hecho si pertenecían al grupo de los pocos elegidos de todo el distrito? Al principio, habían aguantado firmes y atentos, pero ahora no paraban de charlar los unos con los otros, sentarse en el suelo, volver a levantarse o, sobre todo, no estar quietos. Uno o dos valientes comenzaron a poner a prueba la paciencia de los profesores y a liberarse de la tiranía de sus posiciones para correr entre las filas.

Se trataba del «Día del Imperio», como se conocía al cumpleaños de cierta señora inglesa llamada Victoria Alexandrina.¹² La niña supo después que esta Victoria había sido «la reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda» y, cosa rara, «la emperatriz de la India». Victoria, alias señora de Alberto Francisco Augusto Emmanuel de Sajonia-Coburgo y Gotha, había nacido más de cien años antes de que naciera esta niña africana, y fallecido en el año segundo del siglo XX. Sin embargo, lo que la niña recordaría de manera más diáfana de aquel día, fue que había querido rascarse la palma de su mano derecha con todas sus ganas, pero también que había sido consciente de que no debía hacerlo. Como la típica chiquilla hiperactiva que era, había sufrido una fuerte y dolorosa quemadura cuando había tropezado, caído y apoyado la palma de la mano en el centro de una hoguera de leña de su madre para cocinar. Esta cicatriz, se le había advertido, le escocería siempre que tuviera calor o se sintiera incómoda.

Es un hecho que en la zona centro de la región meridional de Ghana, se encuentra una rama de la nación akánica¹³ conocida como los fantis.¹⁴ También es un hecho que, hasta muy recientemente, *fanti* era una entrada en casi todos los diccionarios respetables y eruditos de la lengua inglesa, incluidos los que se reeditaron en la década de 1960. Al usuario de estos se les informaba de que, como adjetivo, «*fanti*», como en la expresión *volverse fanti*, significaba «volverse nativo» (sic), «salvaje», «indómito». ... La primera lengua de la niña era el fanti.

Nadie comentaba que los fantis fueran buenos súbditos del Imperio: y este nadie incluía también a los mismos fantis. Mientras los británicos se quejaban de que «esos malditos fantis» eran ingobernables, los fantis alardeaban con todo descaro de su testarudez, de su rudeza y de su desprecio por los montajes imperiales, y del hombre blanco. Su lengua estaba repleta de proverbios y otros dichos que así lo atestiguaban.

Aban wotwiw n'adze, wonsoa n'

No se lleva un gobierno (sobre tu cabeza). Se lo arrastra detrás de uno

Kohwinyi na ose ne dasefo wo Aborokyr

¹⁰ Cuento, historia o narración en *pidgin* local de Ghana. Procede de la expresión inglesa *a tall tale*, es decir, un relato que parece inexplicable, difícil de creer, una exageración de la realidad o demasiado imaginativo.

¹¹ La Costa de Oro británica fue una colonia del Reino Unido hasta el año 1957, cuando obtuvo su independencia y pasó a denominarse República de Ghana, en honor del antiguo Imperio de Ghana de tiempos medievales. Los primeros europeos que visitaron la zona fueron los portugueses en 1471. La colonia, como tal, fue fundada en 1867, aunque no adquirió sus fronteras definitivas hasta 1901, en dura competencia con otros asentamientos europeos, por parte de neerlandeses o nórdicos, y pueblos nativos que mostraron resistencia.

¹² La reina Victoria del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, nacida en 1819, subió al trono en 1937 y mantuvo la Corona hasta su fallecimiento en 1901. Desde 1877 ostentó el título de emperatriz de La India.

¹³ El pueblo akán o akanés es un complejo étnico-lingüístico cuyos miembros habitan al sur de Ghana, el este de Costa de Marfil y partes de Togo y Liberia. Las varias lenguas akánicas, habladas por unos doce millones de personas, forman parte de la llamada rama kwa de la familia Níger-Congo. Estos pueblos constituyeron diversas entidades políticas entre los siglos XV y XIX, siendo la más poderosa el Imperio ashanti (1670-1902), con capital en Kumasi.

¹⁴ Los fantis o fantes es un grupo étnico que habita zonas del sur de Ghana y de Costa de Marfil. Junto con los ashantis, con los que están emparentados y con los que mantienen una relación amor-odio, son los dos pueblos akaneses principales de Ghana.

Miente el que afirma que su único testigo está en Europa. (¿Quién querría irse tan lejos para conseguir un testigo?)

Los fantis llaman a todos los hombres blancos *kwesi buronyi*. Se denomina *kwesi* al varón nacido para guardar el domingo. ¿Y por qué? Hombres blancos = misioneros = cristianos = niños (o trabajadores) que respetan el domingo). *Buronyi* significa «personas de maíz», es decir, «aquellas con cabello de hebras de maíz». No se conoce apodo equivalente alguno para las mujeres blancas. Puede ser que ellas no existan en la imaginación de los fantis.

La niña también aprendió, al crecer, que mucho antes de que ella naciera, arrestaron a su abuelo junto a otros *nkwakwafo*¹⁵ por «perturbar la paz del Rey». Habían sido enviados al castillo-prisión de Elmina,¹⁶ donde fueron torturados. El método de tortura consistía en obligar a los prisioneros a pasarse, unos a otros, balas de cañón, como si estuvieran jugando al voleibol. Antes de una semana, estaban muertos, todos y cada uno de ellos, su abuelo incluido. Sin golpes, sin contusiones, todo de manera muy caballeresca, muy civilizada.

A propósito, el hecho de que, en nuestros días, nuestros gobiernos torturen y asesinen africanos a la manera poscolonial (!), no disminuye o justifica los crímenes coloniales. Ello solo muestra y demuestra por cuán largo tiempo nuestro pueblo ha sufrido.

Lo que Dios diga, Dios diga, Dios diga
 Dios diga, Dios diga, Dios diga
 Dios diga, Dios diga, ...
 Dios diga, Dios diga, Dios diga
 Dios diga, Dios diga, Dios diga
 Dios diga, Dios diga, Dios diga
 Dios salve al Rey...

Los ghaneses nunca cantaban la letra del himno británico como se les había enseñado, indicado o se suponía que hicieran. No, si podían evitarlo. Por supuesto, podían librarse la mayor parte de las veces. ¿Por qué tendrían que cantar ese himno de manera correcta? Era muy difícil. «Además, no es nuestro himno», esto es lo que habrían respondido a cualquiera que les obligara a responder. Nada relacionado con el Imperio era herencia de su madre o de su padre. Por eso se tomaban su tiempo para hacer cualquier cosa; hacían todo sin entusiasmo o no lo hacían en absoluto.

Los ghaneses siempre han sospechado que Kwame Nkrumah¹⁷ influyó en la elección del 25 de mayo como el Día de África. (También conocido como «Día de la Organización de la Unidad Africana (OUA)» o «Día de la Liberación Africana». El 24 de mayo había sido el Día del Imperio. No hace falta remplazar el día de otros. Simplemente, colocas el tuyo lo suficientemente cerca como para que las gentes se acuerden de los «buenos tiempos del ayer», sin que consideren que se ha hecho el cambio por resentimiento.

Hoy en día, el Día del Imperio se supone que se ha convertido en el Día de la Mancomunidad de Naciones o Commonwealth. ¿Día de la Commonwealth, literalmente, *riqueza común*? Por eso te preguntas ¿qué naciones tienes en común con Boris Yeltsin?¹⁸ Quieres saber si se refiere ¿al cumpleaños de Yeltsin o al de Lenin?¹⁹ Sin embargo, también sospechas que si hay un ruso cuyo cumpleaños deba ser celebrado por todo el mundo, este ha de ser el de Vladímir Ilich Lenin porque en su apogeo, fue reverenciado por tanta gente como Victoria lo había sido en el suyo.²⁰ La política tribal del hombre blanco. Todo ese asunto de la mente del niño africano que se exporta a los diferentes centros de poder europeos fue siempre, en verdad, bastante trágico. Es como sufrir de una migraña permanente. No sorprende que seamos amnésicos. Mientras tanto, todo el mundo espera de nosotros, como nosotros mismos lo esperamos, que resolvamos todos nuestros problemas al instante. ¡Uf!

¿Fue entonces cuando W. E. B. Dubois,²¹ ese hechicero malévolos, maldijo a la humanidad a la estupidez y la intolerancia cuando afirmó que el problema del siglo XX sería el de la raza? ¿O fue, simplemente, un profeta honrado? Algo es muy cierto. Setenta años después de que lo dijera y cuando solo restan algunos años

¹⁵ Palabra akánica que significa hombres jóvenes y que hace referencia a un grupo específico propio de la estructura sociopolítica de la etnia akán, según indica la autora en una nota incluida en el texto original.

¹⁶ Elmina fue el primer asentamiento europeo del golfo de Guinea, cuyo castillo de San Jorge fue fundado en 1482 por Juan II de Portugal. Pronto se convirtió en el cuartel general de los militares y mercaderes portugueses para su comercio africano hasta el cabo de Buena Esperanza. Como su nombre indica, el principal aliciente que los decantó por este lugar fue las minas de oro de la zona, aparte del comercio de esclavos. Tras una prolongada etapa neerlandesa, los británicos tomaron posesión de ella en 1872.

¹⁷ Hoy en día, la ciudad se dedica a la pesca y presenta un prometedor potencial turístico.

¹⁸ Kwame Krumah (1909-1972) fue uno de los principales cabecillas de la lucha por la independencia de Ghana y de África en general y firme defensor del panafricanismo. Fue el primer presidente de Ghana desde al año de la independencia de 1957 hasta 1966, cuando fue derrocado por el golpe de Estado.

¹⁹ Boris Yeltsin (1931-2007), fue el primer presidente de la Federación de Rusia entre 1991 y 1999, después de la caída de la Unión Soviética.

²⁰ Lenin (1870-1924) fue el primer presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), entre su fundación en 1922, como herencia de la Revolución rusa de 1917, y su fallecimiento en 1924. La Unión de quince repúblicas se disolvió oficialmente en 1991.

²¹ Ama Ata Aidoo nos propone una atrevida asociación entre el «bien común» del compuesto *commonwealth* y las teorías del comunismo acerca de la abolición de la propiedad privada y el disfrute de los bienes en común. Para ello, cita al primer presidente de la Unión Soviética y al político que terminó definitivamente con ella.

²² William Edward Burghardt Du Bois, sociólogo, historiador y activista norteamericano nacido en 1868 en Estados Unidos y fallecido en Acra (Ghana) en 1963. Dedicó su vida a la lucha contra el racismo y la discriminación de la comunidad afroamericana. También fue un gran promotor de las teorías del panafricanismo.

para que el siglo concluya, todavía se le permite al asunto de la raza adoptar todas las formas, asumir todas las controversias y consumir cada partícula de la energía, visión e imaginación humanas. El siglo XXI se nos viene encima, pero todavía somos prisioneros de los colores de nuestras pieles. ¡No puede ser más terrible! ¡Qué patético para la humanidad!

Cuando estamos ocupados con nuestras cosas de cada día, no nos detenemos a considerar si hubiéramos experimentado todo el wahala²² imperial/colonial de manera diferente si hubiéramos sido blancos. Sin embargo, en algunos ratos de tranquilidad, nos lo preguntamos. Por supuesto, la respuesta más honesta es un «sí» rotundo. Después de todo, éramos «los nativos» cuyas tierras y otros recursos habían tenido que ser incautados y entregados a los parientes del Emperador en Australia, Canadá, Kenia y Zimbabue, ¿no? ¿Por qué la realidad de que algunos de ellos tuvieran que abandonar sus hogares resultó ser algo irrelevante una vez que llegaran a nuestras vecindades?

Dios diga, Dios diga, Dios diga
Dios salve al Rey ...

Toli número dos

UN FRAGMENTO DE UNA NOVELA PERDIDA

Érase una vez un pescador que vivía en Mowure, una aldea junto al mar de la región central. Como toda persona que conozca la zona sabe, Mowure se encuentra a un tiro de piedra del pueblo de Oguaa ... Ah-h-h ... Primero, la localidad de Oguaa, alias Cape Coast.²³

Se trataba de la década de 1920, cuando Oguaa era la ciudad grande de los fantis, quienes se felicitaban a sí mismos por haber usado (léase «ayudado») a los británicos a conquistar a los ashantis,²⁴ sus parientes del norte más agresivos, y quienes siempre les provocaban un miedo mortal. Los británicos habían «pacificado» a los ashantis, gracias al saqueo de su capital, Kumasi,²⁵ sobre todo sus legendarias obras de arte de oro, y habían enviado al exilio al Rey y a otros miembros principales de la familia real. Más recientemente, los fantis han conseguido otros grandes logros, como arreglárselas para que Oguaa fuera inviolable como sede del Gobierno colonial.

Ahora, por el contrario, Oguaa se escontraba en proceso de convertirse en el autoproclamado y seguro de sí mismo lugar de moda de Costa de Oro, al tiempo que sus pobladores se empeñaban en triunfar en la empresa de europeizarse a sí mismos sin el más mínimo recato. Como vestimenta, optaron por los ropajes de los dueños del Imperio, tal y como estos vestían en su país frío. Por ello, bajo más de treinta grados de temperatura al sol, los hombres portaban trajes de lana de tres piezas, acompañados de sombreros altos. Las mujeres, por su parte, empleaban los equivalentes vestidos largos de noche y sombreros, junto con medias para los pies, y manos y brazos cubiertos con guantes y todo lo demás.

Según la opinión del resto del país que se congregaba para observar sus excentricidades con una mezcla de mofa y envidia, todo esto coincidió con la época en la que las esposas fantis comenzaran a aficionarse a la *haute cuisine*, que se convirtió en algo tan *haute* que tuvieron que amoldarse a encender sus fuegos de carbón y madera con mantequilla y, al terminar de guisar, apagar los fuegos con leche. Y eso en una región del mundo donde nunca había habido granjas de vacas. De hecho, ver una vaca en un radio de veinte kilómetros era un espectáculo tan llamativo que justificaba que se usara el acontecimiento para dar nombre a los niños, y para que ese día fuera recordado en las crónicas históricas. Tanto la leche como la mantequilla se importaban en latas desde Inglaterra o los Países Bajos.

Bueno, puede que sea el momento de regresar al pescador.

Se trataba del único hijo que había sobrevivido de los seis embarazos a término de su madre. Por tanto, como un Ewuawu, un Abiku o un Kwasamba, y según costumbre, sus padres habían tenido que darle un nombre con el que no *hubiera* querido retornar a su espíritu madre.²⁶ Eligieron Srako, el término local para referirse a *shelling* o chelín. Debido a que había nacido un miércoles, su nombre completo era Kweku Srako, aunque a todo el mundo le resultaba más cómodo olvidarse del Kweku, para llamarlo solo Srako. Srako y su

²² Palabra procedente del *pidgin* nigeriano compartida por los *pidgins* de toda el África occidental, donde es una de las palabras más populares y extendidas, también gracias a la música contemporánea africana y las películas de Nollywood. Significa, dependiendo del contexto, *problema*, *dificultad*, *sufrimiento*, *mala suerte*, etc. Es un préstamo del *pidgin* tomado del yoruba y del hausa, que a su vez lo tomaron del árabe.

²³ Cape Coast o Costa del Cabo es una localidad marítima de Ghana fundada por los portugueses en el siglo XV en torno a una fortaleza. Su primer nombre local africano es Oguaa, como bien recoge Ama Ata Aidoo. Es una de las principales villas históricas del país y ha recibido el título de Ciudad Patrimonio de la Humanidad por parte de la UNESCO.

²⁴ Los ashantis o asantes son un pueblo que forma parte del grupo de lenguas akánicas, extendidas en Ghana y Costa de Marfil, y que vive en el centro de Ghana. Son conocidos por todo el país y en toda África por ser uno de los reinos que opuso mayor resistencia a los británicos a finales del siglo XIX, cuando las potencias coloniales decidieron, tras el Tratado de Berlín de 1885, penetrar en el interior del continente. Su antiguo reino era conocido por su riqueza basada en la explotación del oro. Su rebeldía se perpetuó en el tiempo, ya que Costa de Oro fue una de las colonias más rebeldes del Imperio británico y la primera africana que obtuvo su independencia en 1957.

²⁵ Antigua capital del Imperio ashanti, fundada por el primer rey de dicho Imperio, Osei Kofi Tutu I (ca. 1695-1717), disfrutó de una brillante historia cultural, política, militar y económica hasta su destrucción en 1872, con todos sus legendarios tesoros, por los británicos en el contexto de las varias guerras de conquista del este pueblo. Hoy es capital de la región de Ashanti y la ciudad más poblada del país.

²⁶ Referencias a las ancestrales creencias religiosas de los pueblos africanos, en este caso a la arquetípica deidad femenina de la creación y la fertilidad, la diosa madre, a la que los creados desean, o deben, regresar.

mujer tuvieron ocho hijos en total, con lo que demostraron ser más fértiles que sus padres. El cuarto en nacer y su primer hijo fue Kojo Kuma, al que se le puso el nombre de un antepasado reverenciado de la casa de su padre.

Un día, justo mientras se preparaba para salir al mar, su esposa Esi-Yaa le pidió que escuchara lo que tenía en la mente y se le había ocurrido.

—¿De qué se trata? —le había preguntado de pie y un poco impaciente.

—Síntate —le ordenó.

Srako no podía creerse lo que estaba escuchando. ¿Había, esta mujer, perdido la cabeza? Como si no fuera suficiente provocación molestarlo con pensamientos de mujeres cuando debería estar de camino a la pesca. Sin embargo, también consideraba que nada podría provocar más mala suerte sobre sí mismo y sus compañeros que pelearse con una mujer ahora. Se sentó. Ella se sentó enfrente.

—¿Sí-i-i?

—Deberíamos enviar a Kojo Kuma al colegio —Esi-Yaa dijo con firmeza.

—Nyankopon que estás en lo alto²⁷ y los dioses de nuestros padres —exclamó él mientras se levantaba de un salto, recogía su saco y se escabullía a toda prisa para reunirse con sus compañeros que ya estaban, para entonces, cargando la red de arrastre al bote.

Srako no podía creerse que hubiera escuchado bien a Esi-Yaa. ¿Cómo era posible que la misma idea se les hubiera ocurrido a ella y a él? Cuando, unos días antes, había comprendido que debería enviar a Kuma al colegio, había retrasado hablarlo con su mujer porque no estaba seguro de cómo reaccionaría ella (o lo que quiere decir que no estaba convencido él mismo que fuera una buena idea). Al fin y al cabo, como su hijo mayor, se suponía que el chico saliera al mar, y muy pronto en realidad. Tenía unos diez años.

Aparte, enviarlo al colegio significaría condenarlo al exilio, a marcharse y quedarse con algunos de esos tipos pretenciosillos y crueles de Cape Coast. Había decidido pensar bien un poco más mientras estuviera en alta mar durante este viaje. Ahora tendría que reconocerle a la mujer el mérito de haber sido la primera en mencionar el asunto. ¡Ah, ah, ah!

Un mes más tarde, Srako, su esposa Esi-Yaa y su hijo Kojo Kuma iban de camino a Oguaa. Tenía que ser un martes, ya que ese era el día sagrado de Nana Bosompo, el dios del mar, y el día en que ningún pescador que se respetara a sí mismo saldría al mar. Un día santo. Salieron muy pronto. Para cuando el sol había comenzado su agitado baile para conseguir calentarse, se encontraban en las afueras de la zona oriental de la localidad. A eso de las ocho y media, tocaron a la puerta de Isaac Goodful, ministro de la Iglesia metodista de la zona.

Presentarse ante el religioso en vez de ante cualquier otro residente de Oguaa no era el resultado de una decisión repentina que Srako hubiera tomado. Aparte de que fuera el responsable inmediato de su Iglesia, el pastor era algo así como un pariente lejano. Además, para no dejar nada al azar, le había enviado un mensaje para que, por favor, aguardara su llegada. Pronto, Srako, su esposa Esi-Uaa, el reverendo Goodful y su esposa la Maame Osofo Sra. Goodful estaban sentados alrededor de una gran mesa. Depositaron al niño con los hijos del ministro en algún lugar de la parte trasera de la casa. El debate fue breve, por lo que el encuentro concluyó muy pronto. O casi. Se acordó que Kojo Kuma se quedara con Osofo y su esposa, como uno más del alrededor de media docena de jovencitos, además de sus propios hijos, que vivían en el hogar parroquial, donde se les criaba y educaba de manera correcta. Acudió el niño y permaneció de pie delante del pastor, con su tela enrollada con cuidado alrededor del cuerpo, y con las puntas superiores anudadas alrededor del cuello. La presencia de sus padres le ayudó a enfrentarse con cierto coraje, pero fue imposible que dejara de estremecerse. El ministro tenía un aspecto formidable. Incluso sentado, era mucho más alto que el chico de pie.

—¿Cómo te llamas?

—Kojo.

—¿Kojo qué?

—Kojo Kuma.

—He oído que quieres ir al colegio.

Kojo estuvo a punto de decir que, en realidad, la idea era de sus padres. A él también le gustaba la idea, de todas maneras. Por lo tanto, afirmó con la cabeza. Los cuatro mayores se le echaron encima.

—Vaya, eso no se hace.

—No se usa la cabeza para responder a una pregunta. Debes abrir la boca y decir: «Por favor, Señor, sí».

Esto último lo dijo Srako. Por lo que respecta al niño, para todo lo que quería abrir la boca era para llorar. Pero si lo hacía, todo el mundo le gritaría. Eso de que «un hombre no llora».

—Kojo —comenzó de nuevo el pastor, amablemente—. ¿Cuál es tu nombre cristiano?

—Osofo, no lo hemos bautizado todavía —interrumpió Esi-Yaa.

—Entonces, no habéis decidido un nombre cristiano todavía.

—No, Osofo.

—Puedo bautizarlo incluso este próximo domingo, pero tenemos que encontrarle un nombre cristiano. Hizo una pausa llena de significado. Entonces añadió: —Lo llamaremos George —dijo para cerrar la búsqueda.

Como se suponía que todos supiéramos, «George» no aparece en la Biblia. Pero es cierto que es uno de los nombres que frecuentemente se les impone a aquellos varones que se sientan en el trono de Inglaterra.

²⁷ Nyankopon, Onyame u Odomankoma es el dios supremo de los pueblos akaneses de Ghana, más comúnmente conocido como Anyame. El nombre significa «el que lo sabe y lo ve todo» y «deidad del cielo omnisciente y omnipotente» en las lenguas de este grupo étnico.

—Osofo, lo agradecemos mucho —Shako y su mujer dijeron al unísono.

—Gracias, Osofo —Kojo Kuma dijo con voz aguda después de sus padres.

—La próxima vez, debes decir: Señor.... Gracias, Señor.

Otra pausa. —El niño debe tener también un apellido —el pastor siguió presionando, mientras se dirigía a los padres.

Sin apenas poder encontrar su voz, Srako respondió: —Osafo, ¿qué es un apellido?

El hombre de Dios se rio para sus adentros. Aclaró su garganta, miró al pescador de frente a la cara y explicó que «apellido», en realidad, significaba «nombre del progenitor», el nombre que recibes de tu padre.

—Kuma ... Kojo Kuma —intervino el pescador con timidez.

—Oh —dijo el pastor—, pero ese es el nombre propio del niño, ¿no?

—Sí —le habían respondido la madre, el padre y el hijo a la vez.

Entonces añadió Srako con claridad: —Yo se lo di, el nombre de mi venerable abuelo, el padre de mi padre.

El reverendo había intentado ser paciente, pero todo esto estaba llevando mucho tiempo y llegando muy lejos. ¿Cómo podría explicarles el nuevo sistema que les habían traído los europeos? Él sabía que la forma de otorgar nombres de su pueblo definía a cada persona con claridad y sin ambigüedades. Sin embargo ... pero entonces ... sí, tenía que admitir para sí mismo, que se basaba ... eh ... en una desafortunada combinación primitiva, tanto de nociones patrilineales como matrilineales. Por el contrario, el sistema europeo de nombrar a las personas por una única línea masculina ... eh ... más ... sensato, cristiano y civilizado.

Los invitados observaban su rostro con inquietud. Tendría que explicárselo en otra ocasión. Quizás, podría incluso construir un sermón sobre esto, ya que el asunto se estaría probablemente comentando por todas partes, ya que la gente comenzaba a beneficiarse del nuevo orden y había apuntado a sus hijos a los colegios del hombre blanco. Esta mañana, sin embargo, no tenía tiempo para ello. Por eso, apenas pudiendo ocultar su impaciencia, les dijo que la ley de los europeos exigía que los niños que fueran al colegio debían registrarse con los nombres y los apellidos de sus padres. Así pues, el apellido del chico sería Srako, y se le matricularía en el colegio como George Srako.

Otra pausa. El ministro se percató de una cosa. Srako significa *shelling*, es decir chelín. Exhaló con fuerza mientras exclamaba: —¡Kojo, así que tu nombre es George Shelling! ... ¡No, ya que es el nombre de tu padre, y eres el hijo de Shelling! ... Kojo, tu nombre es Shillington. George Kojo Shillington.

—¡G. K. Shillington!

—G. K. G. K. G. K. El pastor estaba muy emocionado. ¿Cómo iba a poder evitarlo? Acababa de recordar que había oído que hubo un inglés muy distinguido que se llamaba G. K. Chesterton.²⁸ Aunque no estaba seguro de por qué aquel otro G. K. había sido tan distinguido...

Pasado el tiempo, G. K. Shillington sería un abogado también muy distinguido. Habría tenido muchos hijos con su esposa legal cristiana, la Sra. Docia Shillington, así como con otras mujeres, incluida su recepcionista, una chica joven procedente del «interior» que entró en su casa como sirvienta; y, al menos, con una vendedora ambulante que consiguió atraer a su despacho. Esto solo explica, a medias, las diferentes versiones del nombre que fueron pasando de padres a hijos durante años.

La gente también comenta que, a lo largo de los años, como miembros de un patriarcado bien educado, occidentalizado, civilizado, seguro de sí mismo y cada vez más evolucionado, los Shillingtons habían esparcido sus semillas masculinas por los países de Europa. Donde, al no poder diluir el tono de sus pieles en los nuevos ambientes, aunque lo intentaron muy duramente, trabajaron para, al menos, conseguir que su apellido se adecuara a las diferentes ortografías de las varias tribus del continente.

Y así, con el tiempo..., además del SHILLINGSON original, surgieron los SHILLINSONS, SHELLINGSONS y SHILLNSTONS, y luego vinieron los apellidos SHILLINSSONS, SHILLINSENS, SCHILLENOHNS, SCHIELLINSOHNS, SCHILLEINSENS, SCHILLIGSENS, SCHILLENSTEINS y ZWILLEENSENS ... Incluso se comenta que algunos cruzaron al otro lado del Telón de Acero²⁹ —por supuesto, algunos lo hicieron— y se transformaron en los ZWILLENVITZ, ZVILENSKY o CZVILLENYEV.

Toli número tres

Estamos en mayo de 1992. Escuchamos que, hace un par de días, pasó algo interesante en Oguaa. Una mujer joven llamada Achinba se disponía a casarse con el Dr. Kwesi Shillington. Incluso decían que se trataba de la nieta de aquella pequeña niña que permaneció de pie bajo el sol el Día del Imperio. También escuchamos que, cuando todo estaba preparado para la boda, su futura suegra la convocó junto a ella, al fondo de una cámara interior, para hablar a solas con la joven, de mujer a mujer. Aquella Sra. Bessie Shillington había cometido el error de comenzar su encuentro con «Querida, como futura Sra. Shillington...».

—Mamá, nunca me llamaré a mí misma Sra. Shillington —afirmó Achinba.

—Eh —pensó la Sra. Bessie que no había oído bien—. ¿Quieres decir que no te casarás con mi hijo?

²⁸ Gilbert Keith Chesterton (1868-1963) fue un filósofo, periodista y escritor británico de gran prestigio en su tiempo y que legó una gran obra para la posteridad.

²⁹ Referencia a la frontera o separación política, cultural, social, ideológica e, incluso, física (el Muro de Berlín) entre la Europa Occidental capitalista y la Europa Oriental comunista después de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la llamada Guerra Fría. La locución fue utilizada por primera vez por Joseph Goebbels en 1945 y popularizada por Winston Churchill en 1946. Permaneció vigente hasta la simbólica caída de dicho Muro de Berlín en 1989.

—Lo haré —dijo entre risitas Achinba antes de continuar: —Me casaré con Kwesi, pero quiero conservar mi propio nombre... Me gusta mi nombre. Además, ya sabe que como profesional que soy, una arquitecta, todo el mundo me conoce por Achinba...

Dicen que Achinba, si lo hubiera pensado mejor, debería haberse mordido los labios cuando estaba a punto de decir lo que diría. Ello fue que amaba a su hombre, pero no su nombre ... porque siempre había considerado que Shillington sonaba como una broma y un poco tonto.... Dicen que, en realidad, Achinba podría haber dicho todo eso y mucho más a la Sra. Bessie. Nadie la habría escuchado, pues la Sra. Bessie hacía mucho que había decidido desmayarse. ¿Conocéis esos maleficios por culpa de los cuales algunas mujeres se desmayan cuando no quieren escuchar lo que se les dice o, así mismo, enfrentarse a ello? Ese tipo de desmayos, según más tarde se reconocería discretamente a sí mismo el médico, su propio hijo, era toda una obra de arte: un arte perfeccionado en Europa por las madres y las esposas de los hombres que construyeron el Imperio.

The Girl Who Can & Other Stories

No hay respiro

ENG Nowhere Cool

Traducción de Carlos Herrero Quirós al castellano

Kinna (de cinco años): Mamá, mamá, ¿por qué estás tan callada?

AAA: Mmm...Estoy pensando.

Kinna: ¿Otra vez estás pensando?

AAA: Sí.

Kinna: Mamá, ¿la gente piensa todo el rato?

AAA: Sí, hija, no hay más remedio. ¡A todas horas!

«CUANDO CURSABA la secundaria, había materias que nunca conseguí entender ni digerir. Como la Literatura Inglesa. Mientras fuera de las aulas ardía el sol y la temperatura era tan alta que calentaba el agua para el baño de la bisabuela, leíamos historias sobre coches de caballos que se quedaban atascados en la nieve. Todo aquello siempre me provocaba sueño. Pero no me atrevía a quedarme dormida. Permanecía sentada como una piedra, con los ojos muy abiertos, aunque sin mirar nada en particular, y mis pensamientos vagaban en torno a cosas que me resultaban familiares: cosas arrinconadas por las exigencias de la cultura de nuestros conquistadores...»

—Un penique por tus pensamientos, Sarah —era la voz de la señorita Jones. Una voz imperativa que siempre conseguía el efecto deseado. Me despertaba de golpe y mi mente regresaba al aula y a aquellas mujeres locas encerradas en fríos desvanes. *¿Un penique por mis pensamientos?* Nunca he comprendido esa expresión. ¿Por qué querría nadie comprar los pensamientos de otra persona por un penique? Seguramente no hay pensamientos que se puedan comprar por un precio módico. Nuestros pensamientos son tan inútiles que no valen ni un céntimo, o son tan valiosos que no queríamos venderlos por nada.

Siempre se acordaba de los chistes que a sus compañeros hombres les gustaba contar acerca de la posición de la mujer en la sociedad tradicional. Por ejemplo, que el hombre solía caminar detrás de su mujer de camino al campo, por si acaso había peligro. «Llevando únicamente un machete bajo el brazo, mientras la mujer trasportaba la carga del día sobre la cabeza y una criatura a sus espaldas...». Un chiste de género. Por supuesto, como pasa con los chistes sobre clase o raza y con otros productos del humor que surgen de la ausencia de paz interior, quien los cuenta siempre espera que los oyentes vean en su capacidad de ser abiertamente desagradable un signo de su independencia frente a los privilegios. ¡Alá, qué poco nos conocemos como colectivo y cuánto menos aún como individuos!

Lo que había aprendido es que ser mujer nunca ha sido divertido. Sí, el mayor placer es nuestro. Pero también lo es el último dolor.

Sabía que siempre reconocería con gratitud el apoyo de Kobla. Las largas horas de pacientes conversaciones que habían compartido sobre los dilemas que enfrentaban. La concentración que él había dedicado a cada solución posible que se les ofrecía.

—Pero hay compromisos factibles. —Y Sissie ve claramente el rostro de su padre, relajado, con su whisky en la mano, después del oficio matinal de los domingos. Habiendo retorna a casa, tras su jubilación, desde Nigeria del Este (donde, para ser nativo, había ocupado un alto cargo en la administración pública colonial), papá debía de estar familiarizado con los «compromisos factibles».

Mientras tanto, la realidad seguía su curso. Durante tres años. Lejos de Kobla ...¡Qué peligro!

—Hoy en día, estamos todas tan desesperadas, que hasta una hermana te robaría a tu hombre mientras le estás cambiando el pañal al bebé... Y esas eternas solteras son una amenaza especial...Incluso hay amigas bien casadas que también pueden ser bastante peligrosas —decía Bibi; decía Mariama.

Al recordar a aquellas dos en particular, se dio cuenta con cierta conmoción de que lo que decían era cierto. Siempre se apresuraban a recordarle lo afortunada que era por estar casada con Kobla, que era un hombre «no sólo guapo, sino también un buen conversador, muy distinto de los demás, además de director de investigación...», y otras cosas por el estilo. Ay, sí: definitivamente te hacían sentir que estaban deseando un intercambio de maridos a la primera oportunidad que surgiese. Sin embargo, lo normal era asumir que haber entrado finalmente en el club de las mujeres salvadas era un triunfo suficiente. Por eso no pudo evitar el pensamiento de que algo de cierto habría en la creencia de que ningún ser humano está nunca plenamente satisfecho con su suerte en la vida.

En cuanto a pedirle a su suegra que se mudara para cuidar de la casa y los niños y de Kobla, también representaba un problema. «¡Ey, ey!: óyeme, nunca funciona». O bien: «Con honrosas excepciones. La mayor parte del tiempo, la mujer va a estar yendo de un lado para otro, cocinándole al hijo sus comidas favoritas,

mientras lanza indirectas aquí y allá sobre cuánto mejor le habría ido a él —ella lo supo siempre— de haberse casado con alguna de las chicas de la aldea: chicas sencillas y sin malear».

—Ay, hermana, se han dado historias de mujeres casadas que, cuando quisieron volver a para vivir con el marido tras terminar la carrera y los estudios, se encontraron con que una nueva parienta ya se había instalado con la familia de él.

—No hay respiro, hermana, no hay respiro.

Deja entonces
que me esconda
entre las zarzas, mientras
me alimento con silvestres semillas del desierto.
Y si por mí
alguien te preguntara
contéstale
que el nombre del juego era
la Vida, y que sus reglas
jamás las aprendí.

De todos modos, renunciar a la propia vida sin vivirla, decir no a las ofertas interesantes que se le presentaran porque aceptarlas podía significar perderlo a él, le parecía a las claras una apuesta arriesgada.

—Y, además, ¿qué mujer ha conseguido retener a un hombre que realmente quisiera alejarse de ella...?

»Ay, hija de mi madre, qué niña eres... Porque cuando un hombre quiere irse, lo hace. Y no hace falta que sea otra mujer la que lo aleje de ti. Basta cualquier motivo. Bastan casi todos los motivos. Los amigos. Un trabajo. Un coche. La política. ¡Hasta las retransmisiones deportivas!

»Te lo repito las veces que quieras: para ahogarse no hace falta tirarse al mar.

»No señora, te puedes ahogar en la bañera. Dicen que le ha pasado a gente con un cubo de agua en una letrina de bambú. Si no fuera así, ¿cómo es posible que pierda a su hombre cualquier ama de casa sacrificada que se niegue a salir del hogar para trabajar o para desmadrarse?

Lo que le perturbaba a Sissie era la idea de dejar a las criaturas durante tanto tiempo. Por lo menos dos años, quizás tres. ¡Y la última no tenía ni doce meses!

—Otras mujeres lo han hecho.

—¿Y por eso está bien?

Y luego estaban las historias de terror:

De menores enviados como carga en misteriosas compañías aéreas al cuidado de misteriosas azafatas. Menores que llegaban a los aeropuertos sin familiares que los fueran a recoger, porque los telegramas no siempre llegan cuando queremos... los teléfonos no siempre funcionan... las máquinas de télex se estropean... «¡Y donde vivimos algunas nadie sabe aún lo que es un fax! ...No siempre es mala señal ... pero...».

Historias de niños y niñas que se consumen en pueblos y aldeas aunque las abuelas nos mimen tanto y aunque las tíos y los tíos, y los amigos de papá y mamá, nos traten como si fuéramos hijos tuyos. Pero «madre no hay más que una y no hay cariño como el de una madre; y solo un huérfano no tiene más remedio que resignarse con el consuelo de que si un padre muere, aún quedan quienes pueden remediar la carencia...».

Sin embargo, también sabía que debía irse. Empujada por tantas fuerzas cuyo origen era incapaz de comprender.

Mientras el avión ascendía hacia un valle con nombre de santo a través de los inmensos cielos de Estados Unidos y ella se esforzaba por no seguir pensando en casa, irrumpió en su conciencia una voz tranquila pero inequívocamente exasperada:

—Por favor cariño, quédate en el asiento.

No pudo evitar girarse y mirar. Sucedía, claro está, en el asiento contiguo al suyo, ocupado por una mujer blanca que viajaba con sus dos hijos: una niña de unos cinco años y una criatura de menos de dos cuyo sexo, que obviamente no interesaba a nadie todavía, ocultaba una prenda unisex que lo mismo servía para un niño que para una niña. El bebé se esforzaba por cruzar el regazo de la madre para alcanzar aquellos cielos, tan hermosos con aquellos jirones dorados del crepúsculo. Y no podía saber que la ventana por la que quería echar a volar estaba cerrada permanentemente. Sin embargo, a la madre le costaba mucho detenerlo. Y por si fuera poco, la hermana mayor correteaba por el pasillo y por toda aquella sección de la cabina de pasaje tocando a otros viajeros y haciéndoles preguntas.

Luego llegó la comida. Dos bandejas. Una para la madre, y otra para la niña mayor, además de una ración de aspecto pastoso para el bebé. La exasperación se marcó aún más en el rostro de la mujer. ¿Cómo iba a arreglárselas? Enseguida trajeron otra bandeja para Sissie.

En África, la madre habría sabido con seguridad que Sissie estaba deseosa de ayudarla. Habría depositado al bebé, junto con la comida y todo lo demás, en el regazo de su vecina y habría esperado a que ella alimentara a la criatura. Y no sólo eso, sino consciente además de que a su vecina le habría encantado hacerlo. ¡Que se sentiría halagada por la obligación! ¿Y aquí? Sissie decidió ocuparse de sus asuntos. Porque la lógica le decía que la mujer seguramente se sentía incómoda en su asiento, además de por sus propios problemas, por el hecho de estar sentada al lado de una persona negra...

En la fiesta sorpresa que Kobla le había organizado en casa de unos amigos —¿cómo había conseguido un marido como él?— hubo bastantes discursos... Cuántas cosas aparentamos querer decir, sobre todo cuando no hay mucho que contar. Todo el mundo la había felicitado por haber ganado la beca y por el valor con el que se había enfrentado a la perspectiva de dejar en casa a su marido y a sus hijos.

Nadie había expresado lo que ella sabía que pensaban todos. Que si la oportunidad laboral se la hubieran ofrecido a Kobia, él y todos los que la estaban apoyando ahora con tan buenos deseos habrían dado por supuesto que ella renunciaría a su trabajo y a su casa para irse a vivir con su marido y con sus hijos. Habría sido lo más natural del mundo. Y habría sido la envidia de otras mujeres. Pero allí estaban las amistades de la pareja, diciéndole lo valiente que estaba siendo, lo valientes que pueden ser algunas mujeres...

En la fiesta de Nueva York ocurrió casi lo mismo.

Su familia de acogida la había recibido en el aeropuerto JFK y la había conducido a través de un laberinto de calles hasta un hotel –había varios en los alrededores– al este de lo que más tarde identificaría como Central Park. Se habían encargado de que todo le resultara agradable.

—No hay que arriesgarse demasiado. No todas las negras son putas.

Entonces le sugirieron que mejor se acostara directamente:

—Así compensas el ‘jet lag’.

¿Jet-lag? ¿Qué nueva bestia era esa?

Una enfermedad peculiar originada en el siglo XX. La provoca viajar en avión y ataca al sistema nervioso central produciendo una desconexión entre la mente y el cuerpo. El paciente pasa varias horas intentando convencer a su mente para que se reúna con su cuerpo, trayéndolo desde el lugar en el que embarcó hasta el lugar en el que desembarcó. Naturalmente, cuanto más largo es el vuelo, más grave es la dolencia.

Por la noche, habían venido a recogerla para llevarla a la fiesta. Había bastante gente. Desde negros negros hasta blancos blancos, con varios tonos intermedios. Más tarde ubicaría aquella zona como algún lugar de la avenida Riverside Drive. Había salido dispuesta a divertirse. La siesta la había reanimado y estaba entusiasmada ante la perspectiva de un tiempo nuevo que se abría ante sus ojos, con un montón de gente nueva por conocer.

Nunca llegó a saber el nombre del organizador de la fiesta. Al parecer, nadie más lo sabía ni a nadie le importaba. Pero había sido una reunión estupenda. Gente bailando, bebiendo, fumando y tocándose abiertamente como si acabaran de despertarse los unos a los otros y no esperaran que este mundo siguiera existiendo la mañana siguiente.

La fiesta se había prolongado hasta bien entrada la noche. Nadie parecía deseoso de irse a casa, dondequiera que esta estuviera. En cambio, los invitados habían mostrado su cansancio replegándose en pequeños grupos. Como si todos supieran cuál sería la siguiente fase. Comer, fumar, tocarse abiertamente y ahora hablar a cambio de bailar. Así que era natural que acabara rodeada de un grupo de cuatro mujeres jóvenes. Aquellas hermanas parecían tan encantadoras y tan pícaras, con los lóbulos de las orejas cargados de pendientes increíblemente grandes: circulares, triangulares, rectangulares... ¿Pero de dónde habían salido las hermanas? ¿Esa yoruba de cara redonda? ¿Esa fulani de ojos rasgados? ¿Una kalenjin de largos cabellos? ¿Y la wólof de labios negros?³⁰ Y su corazón se animó ante la belleza de un continente reflejado inesperadamente en un lugar lejano. Se llevó la mano a la cabeza. Sintió cierta vergüenza en aquel momento... por llevar el pelo alisado.

Las hermanas estuvieron charlando con ella tras adoptar de repente un tono más serio, una vez que supieron que Sissie provenía del «Continente Madre». Porque hasta que las cosas no se solucionen como es debido, el placer, el puro placer, no lo podemos disfrutar muchas de nosotras las veinticuatro horas del día... Le hicieron muchas preguntas. Sissie también les hizo algunas a ellas. La amistad nació al amanecer. Y lo hizo a las luces de un nuevo día, mientras contemplaba los edificios más altos con los que se había cruzado en toda su vida. Manhattan, Nueva York.

Sus nuevas amigas parecían un poco cansadas y somnolientas. Pero no podían asimilar que ella hubiera dejado a sus hijos al otro lado del Atlántico para venir a estudiar durante dos años o más. ¿De veer-daad? Una tras otra le aseguraron que, en su lugar, no habrían reunido el coraje suficiente. Ella, a su vez, se esforzó por hacerles comprender. Que no era diferente de las demás personas. Que ningún ser humano nace para ser valiente. Aprendemos a serlo cuando nos vemos obligados a ello.

—Es verdad —coincidieron las hermanas, quienes recordaron algunas decisiones que ellas mismas habían tomado en algún momento de su vida para su propia sorpresa. Aunque ninguna importante, ningún cataclismo. Como las que habían tenido que tomar sus madres. O sus abuelas, a las que el tiempo y las circunstancias habían obligado a afrontar decisiones muy dolorosas—. Y piensa además que, durante la esclavitud, las mujeres negras,... muchas de ellas... no estamos hablando de un caso aislado o dos... desde luego... se dice que guardaban fórmulas transmitidas de generación en generación... así que todas las mujeres lo sabían... era parte del aprendizaje para cuando llegara el momento en que sangrarán por primera vez... O sea, que aquella era una alternativa que tenías a tu disposición desde la pubertad hasta la menopausia. ¡Maaadre mía!, ¡Cuántos años de llevar encima un peso tan atroz! Un infierno particular para cada una.

—¿Quieres decir...? —pregunto Sissie con su acento extranjero que tantos norteamericanos le dirían que sonaba encantador—. ¿Quieres decir que a veces envenenaban a sus propios bebés para no...?

—¡Pues claro!

—¿O que los asfixiaban con la ropa de la cuna o que los ahogaban?

—¡Pues claro!

—¡Madre de Dios!

³⁰ Estas líneas aluden a diversos grupos etnolingüísticos de África y de la diáspora africana: el pueblo yoruba, que habita en África Occidental, especialmente en Nigeria; los fulanis, originariamente nómadas y presentes también en África Occidental, mayoritariamente en el Sahel; los kalenjin, del oeste de Kenia y este de Uganda; y los wólof, una etnia que se encuentra en Senegal, Gambia y Mauritania.

Y, naturalmente, si has visto alguna vez un accidente mortal, no hace falta que nadie te diga lo frágiles que somos a los veinte, a los treinta..., a los cuarenta años. Imagínate entonces, ¿qué fuerza crees que tiene un ser humano a la semana, al día, a las pocas horas de nacer?

Un aborto diferido, algo muy gordo también.

Las madre tuvo que arreglárselas. Ellas siempre lo hacen, o casi siempre. Sí, la madre se las arregló como pudo.

Sissie aún consiguió escuchar:

—¿No quiere probar la comida antes de que vengan a por la bandeja?

Tuvo que despertarse y tomar nota del contenido de la bandeja. Probó un poco de aquí y otro poco de allá, y decidió quedarse con el benjamín de vino rosado que le habían regalado para amenizar aquel refrigerio envuelto en celofán. Mientras retiraban las bandejas, una voz avisó por la megafonía del avión de que se avecinan varias turbulencias de aire. Al instante atravesaron tres, sucesivas y rápidas. El resto de la locución se disipó entre el nerviosismo del anuncio y el de los pasajeros.

—Por favor cariño, no te muevas. Por favor.

Esta vez, la niña captó el miedo en la voz de su madre y empezó a lloriquear mientras el avión se tambaleaba peligrosamente. Sissie descorrió las diminutas cortinas que cubrían el ojo de buey y observó el exterior. Gris y sin estrellas. Sin embargo, su reloj marcaba las cuatro. Las cuatro de la tarde. Aunque algo sabía acerca la sucesión de las estaciones y sus efectos sobre la luz diurna, seguía estando bastante confundida sobre el horario en este país donde había que cambiar la hora al cruzar las fronteras entre estados. Se acercó al oído su reloj de pulsera y escuchó. No oía nada. Con desgana, le preguntó la hora a su vecina de asiento.

—Son las nueve. Pero esa es la hora de Nueva York. Y ya estamos en el sur de California; aquí solo son las seis.

—Ya veo —dijo Sissie entre desconcertada y dubitativa—. ¿Y por qué está tan oscuro ahí fuera?

—¿Ah, sí? ... mmm... A lo mejor es que va a llover.

—Vamos a atravesar una tormenta, señoras y señores —enunció una poderosa voz masculina por el sistema de megafonía—. Por favor, abróchense los cinturones y apaguen todos los cigarrillos.

Una caída violenta. Un bandazo. Un trueno. Un relámpago. ¿De verdad se oyen las gotas de lluvia cayendo sobre el techo de un avión? ¿O era su imaginación? Los minutos siguientes fueron otra cosa. No hay lenguaje ni palabras que puedan transmitir este tipo de experiencia a nadie. Quien pasa por ella sabe que ha estado en un lugar donde se encuentran la vida y la muerte. Solo lo entienden otros viajeros que igualmente se han encontrado en esos puntos cero y se han reincorporado a la vida. No necesariamente durante el vuelo de un avión. Sino quizás en algún momento crítico de una enfermedad o enfrentados cara a cara con otro tipo de peligro. Una auténtica bestia como un león, o un agresor en una carretera solitaria: con un arma en la mano, y los ojos brillando enloquecidos por el hambre: de sexo, de comida o de dinero con que comprar comida ...Ave María, Santa Madre de Dios, y ni siquiera la señal de la cruz puede salvarnos siempre...Hermano mío, hay un horror especial en esta era de la aviación comercial que se sufre si uno está encerrado en un avión que se tambalea en el espacio, amenazado por la posibilidad de estrellarse en cualquier momento.

—Cariños míos, tranquilos. Se pasará enseguida.

El bebé se había unido a los lloros de su hermana, de forma que ahora los dos berreaban a pleno pulmón como si en un segundo fueran a prohibir el llanto. Mientras tanto, estaba claro que el clamor de las criaturas no apaciguaba precisamente los nervios de los pasajeros de aquella sección del avión. Estos giraban la cabeza de un lado a otro, expresando un malestar general y la instantánea desaprobación. Sissie sabía, como todos los demás, que no cabía hacer otra cosa que sentarse y esperar.

Nunca se había parado a pensar en qué aspecto tendría en el instante final. Lo que le hacía sentir vagamente incómoda era pensar que a alguien se le ocurriría emperifollarla con un pelucón rubio y otras galas por el estilo, cuya elección se haría sin su participación o consentimiento. Y en aquel momento le divirtió observar su propio cuerpo sin vida, tendido allí para que la gente acudiera a contemplarla, embobada... Ay Señor, se mire como se mire, la muerte es tan indigna. Pero, por suerte para las víctimas de accidentes aéreos, a menudo no hay mucho que mostrar. Otras imágenes, humorísticas, cruzaron su mente, a cual más rauda. Y mucho después de que todo hubiera terminado, sintió cierta vergüenza de que, en realidad, en ningún momento de la crisis hubiera pensado seriamente en sus hijos, en su futuro y en todo lo que podría haberles ocurrido si el avión se hubiera estrellado entre aquellas montañas extrañas y ella hubiera muerto en su interior, como con toda seguridad les habría sucedido a todos los pasajeros.

—Disculpe, señora, pero ¿le importaría sujetar al pequeño mientras tranquilizo a la niña?

Ella se irguió de repente, sorprendida.

—Claro, claro —dijo. ¿Entonces la criaturita era un niño?

—Siento tener que pedírselo, pero no puedo sola.

Era la madre la que volvía a hablar.

Sissie se agachó sin demora para dejar su bolso en el suelo y hacer sitio al bebé. Primero se fijó en la parte superior del cuero cabelludo: parecía el primer nudo de una labor de ganchillo circular o la base de una cesta de rafia. Y se dio cuenta de que era lo más cerca que había estado nunca de las raíces capilares de

una persona blanca o, en realidad, de cualquier cabellera no africana... *Kweli*,³¹ ¡qué cosas! ... ¡Todos hijos de Dios y tan distintos!

Entonces vio la etiqueta. En letra muy clara y prendida en la encrucijada de sus tirantes, junto al centro mismo de su columna vertebral:

ALLEN PETERS JR.

EDAD: 17 MESES

A/A ALLEN PETERS

36 AVENUE DE LA SANTA

LOS ÁNGELES 90022

Se quedó mirando la etiqueta y la tocó furtivamente, para asegurarse de que realmente estaba ahí. La tarjeta mecanografiada estaba dentro de una funda de plástico y sujetada por un pequeño imperdible dorado.

La carga es carga, viva o muerta...

Enseguida se olvidó de lo que le ocurría al avión. A cambio, experimentó un sentimiento de pérdida al pensar que, una vez tocaran tierra, la familia desaparecería y ella se quedaría para siempre sin la explicación de la madre acerca de la etiqueta.

—Disculpe —dijo, volviéndose hacia la madre. Y ésta también se volvió para abarcárla completamente con la mirada.

—¿Su hija también lleva una etiqueta?

—¿Se refiere a la tarjeta? —preguntó la madre.

—Sí —dijo Sissie—. Si no le importa, ¿puedo hacerle una pregunta bastante personal?

—Claro —dijo la madre, aunque con voz cautelosa.

—¿Por qué les ha puesto las etiquetas a los niños?

En ese momento la madre le prestó a Sissie toda su atención.

—¿Las tarjetas? —dijo arrastrando la palabra, como los que no viven en los Estados Unidos se imaginan que hablan todos los norteamericanos.

—Sí... Me llamó la atención... porque es la primera vez que veo algo así, y...

—Pues, no sé... No creo que sea la única que lo hace... bueno, espero no serlo al menos...

Y Sissie notó con cierta desazón que la mujer estaba nerviosa, como si, siendo ella la madre, se sintiera cuestionada o acusada de no ser del todo normal. Y, sin embargo, Sissie no sabía cómo expresar lo que le pareció una curiosidad genuina, un simple afán de comprender. Deseó haberse mordido la lengua. Pero la madre siguió hablando de todos modos.

—Pues, verá, una nunca sabe lo que puede pasar. Yo lo hago siempre. Desde que la niña era un bebé. Su... supongo que facilitaría la identificación si hubiera un problema.

—Ah... ah... ... sí, por supuesto —asintió Sissie, mientras su mente se hacía eco secretamente de un hecho comprobado: «Y las víctimas de accidentes aéreos, en tanto carne humana, no aportan demasiado: ¿no es así?».

La idea le estremeció: aunque la voz de la madre continuaba ahora con un poco más de confianza.

—Además, también puede servir para contactar in... inmediatamente con quien sea y con todos esos trámites.

Claro está, claro está.

Los niños podrían quedar triturados.

Pero sus etiquetas todo lo aguantarán menos las llamas.

Protegidas, cada una en su plástico que

ni el granizo, ni la nieve, ni la guerra o la peste,

ni tampoco la sangre

pueden dañar.

¿Quién fue el dinosaurio que alguna vez habló del Rey Algodón?

¡Larga vida al Emperador Petróleo! No perturbemos

a Nana, el Oro Negro.

Cantemos las alabanzas del Plástico Incorrupto,

La prodigiosa criatura de un siglo de portentos.

La madre siguió hablando en un tono que aún sonaba un poco a disculpa.

—Allen y yo hemos tenido que vivir separados la mayor parte del tiempo desde que nos casamos. Una «pareja a distancia», creo que lo llaman ahora. Son cosas que pasan. Pero siempre que podemos, intentamos estar juntos. Por ejemplo, procuramos pasar los fines de semana en el mismo lugar. Eso significa que estamos cogiendo aviones continuamente. O casi continuamente.

Sissie pensó que nunca podría recuperarse del impacto de aquella confesión. Sin duda coger vuelos de ida y vuelta la mayoría de los fines de semana equivalía a estar de continuo en un avión... Intentó recordar en qué parte del mundo y del universo y cuántos siglos atrás había envidiado la facilidad con que tantas mujeres mantenían dos casas en ciudades diferentes y luchaban denodadamente por salvar la distancia entre ambas a base de trayectos de autobús operados por empresas privadas o públicas.

Kumase - Ga

Takoradi - Oguaa

³¹ Término que se encuentra en varias lenguas africanas y significa generalmente «verdad» o «verdadero». Como interjección se utiliza a menudo para subrayar la autenticidad, exactitud o verdad de lo que se afirma.

Koo'dua - Keta³²

Salida el viernes por la tarde, regreso el domingo por la noche.

Entonces se dio cuenta de que entre su país de origen y su nuevo entorno, las diferencias eran tantas en muchas cosas y tan pocas en otras, que lo mejor sería no intentar entender nada más.

—Por eso se me ocurrió que los niños llevaran la tarjeta. Siempre la llevan. Al principio a Allen no le hizo ninguna gracia. Se le hacía extraño. Pero ahora, no le importa... Además a mí me tranquiliza.

Esta última afirmación sonó como un desafío.

Mmm, mi Dulce Hermana Coraje.

Aún hay tiempo. Aún hay tiempo. Tiempo para comprar ropa y comida.

Tiempo de contestar preguntas incómodas sobre la luna y el sol, sobre el motivo por el cual papá no pude de hacer al hermanito nuevo ...en lugar de que vuelva a ser mamá.

Tiempo de enfrentarse a la última amenaza africana: las llamadas anónimas e insultantes de las hermanas solteras y frustradas que tu marido se dedica a perseguir.

Y aquí mismo, ahora mismo, tiene que haber Tiempo para mecanografiar las tarjetas con las que etiquetar a los niños, por si cualquier fin de semana se convierten en restos y ruina de carne desgarrada.

Sissie sintió como si le hubieran cosido la garganta. Era por tanto natural que justo cuando se dio cuenta de que, después de todo, no se habían estrellado y que, de hecho, estaban aterrizando suavemente, recordara ella también, con infinita humildad, a aquellas antecesoras mancilladas que habían sido transportadas a través de los mares. Y se preguntó dónde habrían escondido a los bebés engendrados en sus tripas, antes que dejarlos crecer en la esclavitud.

Ey, ey, ey: presta atención.

Dulce Hermana Coraje,

coraje necesario para que abrace la muerte quien alumbría vidas...

¿Qué son entonces dos o tres años? ¿No es acaso soportable la ausencia para aquellos que conocen la unión definitiva?

Y el tiempo vuela, ¿no es verdad?

Ey, ey, ey

¿Quizás el coraje lo es todo, y en cuanto al resto,
el dolor es parte

del teatro? ¿Y las lágrimas son orgásmicas?

Querida Madre Coraje:
mi madre cariño.

Ey ...

³² Los trayectos incluyen los nombres de varias localidades ghanesas. El exónimo castellano de Oguua es Costa del Cabo.

Diplomatic Pounds & Other Stories

Peso diplomático

ENG Diplomatic Pounds

Traducción de María Recuenco al castellano

Créanme, no sabía que, a modo de solución infalible para sus problemas de peso, mi pobre Cecille se convertiría en algo parecido a una coleccionista de básculas de baño: análogas, digitales e híbridas. Ahora bien, eso es lo que sucede cuando no se escucha a una madre, es decir, a mí. Todavía puedo vernos a las dos chicas hablando tranquilamente de este asunto en Abiyán, en Río, en Praga y en todos los demás lugares a los que destinaron a su padre. Como si no fuéramos de África. Yo le decía: «Cecille, no hay más. La única solución es no comer». «Mírame a mí», le pedía. Y cuando era más joven, me llegaba a mirar y luego decía «Ya, ya... ya lo sé, Lady».

Ella y sus hermanos me llaman «Lady». Tomaron prestado el denominativo de mi madre y de otros familiares más mayores mientras crecían. Desde ya bien entrada la adolescencia, cada vez que le pedía a Cecille que me mirara, se sobresaltaba y empezaba a gritar que éramos dos personas diferentes. Bien sabía ella que nunca podría ser como yo. Camino de la treintena, para cuando se casó, seguía sobresaltándose y gritando que éramos dos personas diferentes. Luego, llegó el momento en que empezó a añadir que, de todos modos, no quería ser como yo. ¿Qué sentido tiene pertenecer al cuerpo diplomático si no se va a explorar la comida de otras personas?

Ay, Cecille. Luego me tocaba a mí gritar. Que eso no tenía nada que ver con la misión de tu padre, que él y su familia llevaban el peso de su profesión en su persona. Cecille, no forma parte ni siquiera de las tareas culturales. Tienes que verlo de esta manera: esta vida está llena de comidas, cócteles y cenas. Míranos en un sitio como Londres, le pedía (eso fue cuando a su padre le tocó uno de los chollos, la Corte de St. James). Solía decirle: «Cecille, cariño, mira donde estamos. Si algo he aprendido como mujer de tu padre, es esto: además de las Naciones Unidas en Nueva York y Roma junto con el Vaticano, Londres tiene el mayor número de embajadas en el mundo. Más de cien, Cecille, más de cien. ¿Cómo vamos a sobrevivir si comemos en todas las celebraciones de todo el mundo? ¿Eh, Cecille?» Al final, me di por vencida cuando empezó a plantearse que una vida así no tendría sentido si todo el mundo hiciera como yo y no comiera nada de nada. A lo que añadía que, como africanos que éramos y con el hambre que había en nuestro continente, era una auténtica falta de respeto y de sensibilidad tener comida y no comer, ¡por no querer engordar!

Cecille es dueña de básculas de baño que van desde principios de los años 20 hasta mañana por la mañana: de madera con toques de antigua elegancia y encanto rural; medidores contemporáneos que controlan peso, masa corporal, presión arterial, masa ósea, y mucho más; y todas las posibilidades intermedias. Sobrecogedor, ¿verdad? Y se encuentran por toda la casa. Al menos una en cada uno de los tres o cuatro baños y tres más en el baño de la habitación doble. Hay un par de básculas al fondo de un mueble de cajones en desuso en la cocina. Hay otro par escondido debajo de uno de los dos sillones con flecos de falso estilo europeo. Justo aquí en el salón. «Luis XIV», había declarado triunfal Cecille un día en que hablábamos del tema. «¿Luis XIV? ¿Con flecos?», me pregunté a mí misma. Soy la experta de la familia en esos temas, al fin y al cabo. Soy Madame Ambassador. Aunque mi hija parece no apreciarlo, al igual que ninguno de mis otros dones, experiencias o logros. Mi pobre Cecille. En esta casa, hay básculas de baño dentro de armarios y cerca de estantes. Hay básculas detrás de cada una de las puertas: arriba, abajo y hasta en el sótano.

Personalmente, a mí lo que me parece realmente sobrecogedor es que cada uno de esos monstruos funcione a la perfección. Imagínense....

—Es obvio que la única manera de que la señorita Wiggleton se sienta segura sobre su capacidad para monitorear su peso es verse sorprendida por básculas de baño dondequiera que se encuentre en su casa... en su propia casa. Por decirlo de alguna manera.

El psiquiatra dijo esto con malicia, al tiempo que se volvía hacia mí y me lanzaba un guiño grotesco como intentando que le diera la razón en que Cecile se había vuelto loca. Imagínense... ¿Su paciente y mi hija? ¿Dónde estaba la ética profesional? ¿No hacen los psiquiatras el juramento de Sócrates o de quién sea? Créanme, aunque la luz en su despacho no era la mejor del mundo (igual, también podía ser mi vista), juraría que después del guiño, esbozó una sonrisa burlona, que me obligó a hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no borrársela de un bolsazo...

—¿Me equivoco, señorita Wiggleton?

Casi dos minutos tardó en contestar mi Cecille. Imagínense. Se lo podía haber ahorrado.

—No se equivoca, doctor.

Mi pobre hija siempre habla con un tono claro y seguro... Pero dijo aquello con una voz tan pequeña, que me rompió el corazón.

—A eso es a lo que me refiero —continuó Cecille—. Es como si esas básculas me hubieran estado leyendo la mente todo este tiempo. Pero mi madre no quiere creerme. Cuando me levanté esta mañana, todas las básculas de mi casa se habían colocado juntas para formar una especie de barrera o de muro gigante. No me dejan entrar en la cocina.

—¿En absoluto?

—En absoluto, doctor.

—¿Y podía ir usted a otros sitios?

—Sí.

—¿El único sitio al que no podía entrar era la cocina?

—Solo la cocina... Y... doctor, sh... sh... no se lo diga a nadie. Sobre todo, a mi madre.

Como si no estuviera sentada allí mismo.

—Para asegurarme de que nunca pierdo la oportunidad de pesarme, he gastado una importante cantidad en un par de básculas de baño automatizadas. Están programadas para sonar en cuanto me acerco a ellas.

Imagínense... Muy, pero que muy sobrecogedor. Los robots suenan solo para que los oiga ella. Ni su marido. Ni sus hijos. Ni yo tampoco, por supuesto. Desde esta crisis, estoy en su casa, andando de un lado para otro, y no he oído absolutamente nada. Mi pobre hija.

El doctor silbó. Luego masculló la palabra «extraordinario». Desde el principio, no podía soportar la idea de ir a verlo. Solo la idea. Incluso antes de conocerlo, se me pasó por la cabeza que se fuera a reír de mi Cecille. Pero su padre dijo que teníamos que hacerlo. Y ya saben cómo es él cuando se le mete algo en la cabeza. Muy suyo. ¿Y qué? Lo que pasa es que antes de que podamos decir esta boca es nuestra, todo el mundo estará ya al tanto de esto. Nosotros somos de categoría. Es más, nuestra familia es de primerísima categoría. ¿Quién más, de entre los nuestros, aquí en Londres, es trabajador retirado de embajadas? ¿Eh?

He de admitir que hay unos cuantos que también estuvieron en el cuerpo. Me refiero al cuerpo diplomático. Pero ninguno de ellos llegó a ser embajador. No de verdad. Y por eso les gusta desmerecernos. La gente no cambia porque vivan ahora en Londres, en lugar de en Accra, en Lagos, en Freetown o en Monrovia. De hecho, aquí son peores que allí. La vida es más fácil y la gente tiene más tiempo para cotillear. Se pondrán todos a rumorear sobre la hija del embajador que se ha vuelto loca. Pero Cecille no se ha vuelto loca. Solo está sufriendo un pequeño ataque de nervios.

Diplomatic Pounds & Other Stories

El pes de la diplomàcia

ENG Diplomatic Pounds

Traducción de María Vilanova al catalán

Creieu-me. Jo no era conscient que per alguna mena de solució infal·lible als seus problemes de pes, la meva pobra Cecille s'havia convertit en una col·lecciónistra de bàscules de cambra de bany: analògica, electrònica o una combinació de totes dues. I francament, això passava per no escoltar-me, a mi, la seva mare. Encara ens veig, a totes dues, més joves, a Abidjan, Río, Praga i a tot arreu on enviaven el seu pare, xerrant tranquil·lament sobre aquest assumpte. Com si no fossim africanes. Jo li acostumava a dir: Cecille no hi ha solució. L'única solució és no menjar. Mira'm, li manava. I quan ella era més joveneta efectivament em mirava abans de dir en veu baixa: «Ja ho sé, ja ho sé, Lady, ja ho sé.»

Ella i els seus germans em diuen «Lady». Evidentment, ells van adjudicar-me aquest nom prenent-lo de la meva mare i de parents més grans de quan ells eren unes criatures. Des de l'adolescència, cada vegada que demanava a la Cecille que em mirés, ella saltava i començava a cridar dient que nosaltres érem dues persones diferents. I sabia que mai podria ser com jo. Quan va tenir vint anys i escaig, i ja es va casar, solia encara saltar i cridar exclamant que érem dues persones diferents i tota aquesta història. Aleshores ja s'havia aficionat a afegir que, de totes maneres, no volia ser com jo. Quin sentit té ser del servei diplomàtic si no tens intenció d'explorar les menges d'altres pobles?

Ai, Cecille. Havia arribat l'hora que jo cridés. Que tot allò no formava part de la missió del teu pare: que ell i tota la família carregàvem el pes del seu càrrec sobre la seva persona. Cecille, ni tan sols forma part de la història cultural. I per tant mira't-ho així. Aquesta vida és plena de dinars, còctels i sopars. Fixa't en nosaltres en un lloc com Londres, li manava (això passava quan el seu pare va obtenir una de les cireretes del pastís, la Cort de Saint James). Li deia a la Cecille, estimada, mira'ns aquí. Si he après alguna cosa com a muller del teu pare, és això. A banda de les Nacions Unides a Nova York i Roma a més del Vaticà, Londres és on hi ha més ambaixades al món. Més d'un centenar, Cecille, més d'un centenar. Com vols fer-t'ho si ens atipem en totes les celebracions? Eh, Cecille? Al final, ho vaig deixar córrer del tot quan ella em va començar a preguntar si la vida pagava la pena si tothom es comportava com jo i no menjava res de res. I a més, sent africanes, i amb la gran fam que hi ha en el nostre continent, ¿no seria d'una impressionant insensibilitat una cara dura que nosaltres tinguéssim aliments però que no els mengéssim perquè no volem engreixar-nos?

Cecille té bàscules de cambra de bany des de principis dels anys vint fins a demà al matí: de fusta amb tocs d'elegància antiga i encant rural; digitals contemporànies que mesuren el pes, el greix corporal, la presió sanguínia, la massa òssia i tot el que se us acudeixi; i tot el que hi pot haver entremig. Espatarrant, oi?! I estan a cada racó de la casa. Almenys en les tres o quatre cambres de bany principals, i en les tres del dormitori de matrimoni. N'hi ha un parell al fons d'un calaix que no s'utilitza a la cuina. N'hi ha un parell d'amagades sota una de les flocadures falses de les dues cadires d'època. I aquestes són aquí mateix, a la sala. «Lluís Catorze,» havia declarat la Cecille amb un cert aire de victòria quan jo m'hi havia referit. «Lluís Catorze? Tindrien flocadures?» m'havia preguntat jo. Al cap i a la fi, jo era l'experta de la família en aquests temes. Jo soc la Senyora Ambaixadora. Tot i que la meva filla no sembla apreciar-ho, ni això ni cap dels altres talents especials i experiències i assoliments aconseguits. La meva pobra Cecille. En aquesta casa hi ha bàscules de cambra de bany dins d'armaris i entre els penjadors de la roba. Hi ha bàscules darrere de cada porta: a dalt, a baix i al soterrani, també.

I per a mi, el més sorprendent és descobrir que cadascun d'aquests monstres funcionen a la perfecció. Us ho podeu imaginar?

«És evident que l'única forma que té la senyora Wiggleton de sentir-se segura de com controlar el pes és trobar bàscules a cada racó quan és a casa... a casa seva. Per dir-ho d'alguna manera.» El psiquiatre ho va dir amb maldat mentre es girava cap a mi amb una picada d'ullet desagradable com si em volgués preguntar si jo estava d'acord amb que Cecille ja començava a estar tocada del bolet. Us ho podeu imaginar? La seva pacient i la meva filla? On quedava la seva ètica professional? Els psiquiatres no fan el jurament de Sòcrates o de no sé qui? Creieu-me: encara que la il·luminació del seu despatx no era la millor del món (també podria ser la meva pobra vista, eh?), juraria que després de la picada d'ull, va mantenir un somriure com una gonyota i jo em vaig haver de revestir de valor per no agafar la bossa i esborrar-li...

«M'equivoco, senyora Wiggleton?» La meva Cecille va tardar dos minuts llargs a respondre. Us ho podeu imaginar? No s'hauria ni d'haver molestat.

«S'equivoca, doctor.» La meva pobra filla normalment parla amb un to ben clar i segur. Però ho va dir amb una veu tan fina que em va trencar el cor sentir-la.

«I d'això és del que parlo.» La Cecille va continuar. «És com si aquestes bàscules haguessin llegit la meva ment tot aquest temps. Però la meva mare no em vol creure. És que quan m'he llevat aquest matí, totes les

bàscules de la casa s'han ajuntat i han format una mena de mur o de barrera gegant. No em deixen entrar a la cuina.»

«Per enllloc?»

«Per enllloc, doctor.»

«I podies anar a altres bandes?»

«Sí.»

«O sigui que només no podies entrar a la cuina?»

«Només a la cuina... i doctor... sh... sh... no ho digui a ningú. Especialment a la meva mare.» I jo asseguda allà mateix? «Per assegurar-me que no perdia l'oportunitat de pesar-me, he introduït uns quants diners dins un parell de bàscules robòtiques. Estan programades per xiular o sonar sempre que m'hi aprovo.»

Us ho podeu imaginar? Molt, molt espantós. Els robots sonen perquè només sigui ella qui els senti. Ni el seu marit. Ni els seus fills. Ni, per descomptat, jo. De fet, des d'aquesta crisi m'he passejat per tota la casa i no he sentit res. La meva pobra nena.

El doctor va xiular. Després, «extraordinari», va xiuxuejar. Al principi, jo no podia suportar la idea d'anar-lo a veure. I d'això, n'estava ben convençuda. Fins i tot abans de conèixer-lo se'm va ocórrer pensar que secretament se'n reia, de la meva Cecille. Però el seu pare va creure que havíem de fer-ho. I ja sabeu com es posa quan se li fica una idea al cap. Col·lega. I què? Doncs que tot plegat significa que abans de poder dir Golf-de-Guinea, aquest assumpte s'haurà escampat arreu. Nosaltres som de classe alta. En realitat, la nostra família pertany a la més alta. Fet i debatut, qui més, entre la nostra gent aquí, a Londres, són ambaixadors jubilats? Eh?

Admeto que uns quants d'aquests també van estar en el Servei. Em refereixo al Servei Diplomàtic. Però cap no va arribar a ser ambaixador. No pas ambaixador de veritat. I per tant ens volen destruir. La gent no canvia perquè ara visquin a Londres en lloc d'Accra, Lagos, Freetown o Monrovia. De fet, aquí són pitjors. La vida és més fàcil, per tant, la gent té més temps per xafardejar. Tothom anirà tafanejant com la filla de l'Am- baixador s'ha tornat boja... Però Cecille no s'ha tornat boja. Només està tenint una crisi nerviosa.

No Sweetness Here

Todo conta

ENG Everything Counts

Traducción de Xavi Díaz al gallego

Adoitaba mirar as súas facianas serias e ría para si mesma en silencio. Querían dicir o que estaban a dicir. O único era que ao querelos a todos como irmá, amante e nai, tamén os coñecía. Coñecíaos tan ben coma os baixos dos seus vestidos. Sabía que era moito más doado para eles falar da beleza de ser unha mesma. Non loitar para parecer rapazas brancas. Non alisar o pelo. E, sobre todo, non levar perruca.

A perruca. Ah, a perruca. Disque está feita de fibra artificial. Outros xuran que se non é pelo xitano, daquela é chinés. Os extremistas aseguran que están feitas cos cabelos de xente branca morta – isto fixéralle ter pesadelos, porque lera en algures, había moito tempo, que os alemáns fixeran pantallas de lámpadas coa pel de xudeus. E tremía de tal xeito que todo o mundo o podía ver. Noutras ocasións, cando o seu mundo era doce, como cando ela e Fiifi estaban xuntos, as imaxes que lle viñan á mente non eran tan terribeis. Só pensaba nas palabras daquela canción tola de *highlife* e ría. Aquela sobre a xente na casa a pelexar por mercar roupa de segunda man dos Estados Unidos a prezos desorbitados... e despois, como estudiante de económicas, tamén tentaba lembrar algunas outras verdades que coñecía sobre África. Expertos de segunda categoría a dar consellos perigosos de primeira categoría. Ou a expresar opinións inútiles de quinta categoría. Maquinaria de segunda man dalgún vertedoiro alleo.

Quitaneves para granxas tropicais.

Tractores obsoletos.

Avións refugados.

E agora, perrucas – feitas co cabelo non desexado doutras persoas. Neste punto, malia a súa fortaleza, as bágoas agromaban aos seus ollos. Quizais os seus perderan de verdade o barco do pensamento orixinal despois de todo? E se Fiifi lle preguntaba que pasaba, ela explicábase, contando sempre a mesma historia. El movía a cabeza e ríase dela, o que a levaba ao final a rir con el.

Ao comezo, adoitaba discutir con eles en serio. “Pero que ten que ver levar perrucas coa revolución?” “Moito, irmá”, dicían. “Como?” preguntaba, a se esforzar por non comprender.

“Porque quere dicir que non temos confianza en nós”. Por suposto, entendía o que querían dicir.

“Mais isto ten graza. Escoitade, meus irmáns, de facermos fronte en serio aos problemas que temos, non teríamos tempo de nos preocupar por trangalladas como as perrucas”.

Encabuxábaos. Non co desagrado lene dos irmáns, senón coa xenreira dos amantes feridos. Púñanse fatal, os seus ollos cambiaban, volvíánse vermellos e advertíana de que se non tiña coidado, destruiríana. Ah, asustábana moito, acotío tamén. Sobre todo cando pensaba no que os enchía daquela clase de xenreira.

Isto era outra cousa. Sempre soubela que na súa sociedade os homes e as mulleres tiñan cousas más importantes que facer que loitar mentalmente entre eles. Non aprendera isto na escola. Porque, xa se sabe, en realidade non se ía á escola a aprender sobre África... E isto, como o chamaban os especialistas? A guerra dos sexos? Si, e no tocante a esta guerra dos sexos, se houbera algunha nos vellos tempos entre os seus, non pudo ser de semellante nivel. Hoxe en día, calquera pequeno “non” que unha di como resposta ao “si” dun rapaz quere dicir que se está a buscar liorta. Oh, hai demasiados problemas...

Polo que respecta a imitar mulleres brancas, mmm, que outra cousa se pode facer vendo o xeito no que se comportan algúns irmáns. As cousas que unha viu cos seus propios ollos. As historias que ouviu. Sobre políticos e diplomáticos africanos no estranxeiro. Mais despois, unha xa ten problemas dabondo sen necesidade de amolar moito aos outros. Despois dun tempo, deixou de discutir con eles, os seus irmáns. Só dixo con claridade que a perruca era unha saída doada, polo que a ela respectaba. Non podía permitirse perder tanto tempo co seu cabelo. A perruca era, á fin e ao cabo, só un sombreiro. Un turbante. Poderían deixala en paz, por favor? E áinda máis, se de verdade querían ver unha revolución, porque non traballaban construtivamente doutros xeitos para acadala.

Calounos. Porque eles tamén coñecían as súas propias debilidades; eran conscientes de que eles mesmos non estaban preparados nin dispostos a facer fronte á realidade e deixar esos aspectos dos seus soños persoais que se interpuñan entre eles e as accións significativas que deberían levar a cabo. E, sobre todo, ela era verdadeiramente fermosa e intelixente. Queriana e respectábana.

Non traballaba arreo e non tiña cualificacións brillantes nos exames. Pero aprobou e sacou o novo grao. Tres meses despois, ela e Fiifi accordaron que lles sería mellor casar entre xente estranxeira. As vodas na casa estaban cheas de tolemia trabucada. Voou á casa un mes despois do casamento, con dúas maletas. O resto da súa equipaxe foi detrás deles nun barco. Fiifie non comezaría a traballar até tres meses despois, así que tomou un camiño distinto para visitar un ou dous países africanos.

En realidade, atopara difícil crer o que vían os seus ollos. Como podería crelo? Dende as auxiliares de voo até as dactilógrafas de terceiro grao nas oficinas, todas as rapazas levaban perruca. Non discretamente curta, disimulada para que semellase o propio cabelo, como ela tentara facer coa súa. Levábana, en troques, con descaro, con agresividate, con rudeza. A meirande parte delas de feito tiña guedellas crechas a

caérenles sobre os ombreiros. Ou volumes enormes no alto das súas cabezas. Pero iso non era todo o conto. De súpito, parecía como se todas as rapazas e as mulleres que coñecía e lembraña que tiña a pel negra e suave se tornasen de pel clara. Non dun xeito uniforme. Señor, a xente tiña un aspecto como se un andazo terríbel varrese a terra. Un andazo que tornara facianas e pescozos en extravagantes labores de retallos.

Non o podía comprender, así que dixo para si mesma que estaba a soñar. Se cadra era unha explicación sinxela. Quizais nacera un novo deus mentres estivera fóra, para quen había un novo festival. E cando as celebracións rematasen, quitarían as máscaras das súas caras e esas cousas horribéis das súas cabezas.

Pasou unha semana e áinda levaban as máscaras postas. Máis dunha vez pensou en preguntarlle a unha das rapazas coas que fora á escola de que ía todo aquilo. Porén, reprimiuse. Non quería parecer más estranxeira do que xa se sentía ao ver que tamén era a única rapaza negra en toda a cidade...

Despois remataron as vacacións e os estudiantes da universidade nacional tornaron ao campus. Oh... estaba chea de entusiasmo mentres preparaba as súas clases das primeiras semanas. Ia contarlles o porqué das cousas. Que, como estudiantes de económicas, o seu papel na construcción nacional sería esencial. Moito más que os políticos falangueiros e vividores, eles podían facer un traballo vital para salvaren o continente do control dos seus inimigos. Áinda que só fose por un anaquío; e bla, bla, bla.

Entrementres, lucía o seu propio pelo. Só lixeiramente arranxado para que fose más doado peitealo. De feito, viña facendo iso dende o día en que casaran. O resultado dalgúnhas negociacións duras. O acordo final foi que calquera día do ano ela iría por aí lucindo o seu propio cabelo. Pero áinda así podía gardar esa causa para as emerxencias. En calquera caso, chegou a primeira mañá na súa vida como profesora universitaria. Reuniuse cos estudiantes ás once. Eran entre quince e vinte. Ao redor dun terzo eran rapazas. Non as vira entrar e polo tanto non podía dicir se os seus corpos eran fermosos ou non. Mais, Señor, eran bonitos os seus rostros? Preguntábase, xa que logo, mentres as fitaba coa boca aberta, como se sentiría se fose un home novo. Sorriu un intre para si mesma pola parvallada da idea. Foi un erro deter o sorriso. Debería continuar e transformalo nunha gargallada. Pois moi preto dela axexaban uns ciúmes tan grandes que non sabía que facer con eles. Quen eran estas rapazas? De onde viñeran para confrontala coa súa mocidade? O feito de que non fose realmente moito máis vella ca elas non tiña importancia. Nin sequera que recoñecese unha ou dúas que entraran no primeiro curso cando ela estaba no seu quinto ano. Lembrábaas con claridade dабondo. Pequenas novatas lambidas espelíndose con sixilo para presentaren a súa candidatura como líderes estudantís. Pequenas criaturas asustadas e perdidas de vilas e suburbios subdesenvolvidos que chegarian a esta cidadela para se transformaren en donas...

E así a todo aló estaba como profesora. A falar sobre unha cousa ou outra. Se cadra sobre a automatización como a máis nova arma dos países industrialmente desenvolvidos contra os desfavorecidos na Terra. Ou algunha cousa semellante. Quizais, como era a primeira hora con eles, só lle estaba a dar ideas xerais sobre os contidos da materia. Fose como for, a súa mente non estaba aló con eles. Reparade nesta, Grace Mensah. Pobrña. Chorou os sete chorares cando lle ensinaron a empregar coitelos e garfos. E olla agora para ela.

Foi entón cando se decatou das perrucas. Levábanas todas as rapazas. As maiores que vira até entón. Tiña moita calor e ela, que case nunca suaba, decatouse de que non só tiña as mans húmidas, senón que tamén lle escorregaban correntes de auga dende a caluga pola espiña dorsal. Sentía que o axustador lle viña moi estreito. Despois, agradeceu que as mulleres negras áinda non aprenderan a esvaecerse en momentos de axitación extrema.

Pero o que a agoiraba era que non podía deter a voz dun dos rapaces que viña do mar, da terra estranxeira, onde nunha ocasión estivera con eles.

“Pero Sissie, escoita, sabemos o que queres dicir. Agás que non é de feito aí onde queremos chegar. Tradicionalmente, as mulleres da túa zona deberon levar o cabelo longo. Porén, así e todo, tes que admitir que hai un elemento nisto de levar as perrucas que é totalmente alleo. Malsán”.

Finalmente, rematou esa primeira clase horríbel. As rapazas viñérana saudar. Se cadra preguntábanse que lle pasaba a esta nova profesora. Quizais os rapaces tamén. Non ía permitir que iso a preocupase. Aos profesores sempre lle pasa algunha cousa. Ademais, tería ocasións a esgalla para corrixir as malas impresións que producira...

As semanas seguintes pasaron sen cambiar cousa ningunha. De feito, as cousas foron a peor. Cando foi á casa para ver os seus parentes, as preguntas que lle fixeron foron tan dolorosas que non pudo atopar respostas para elas.

Que automóbil traes á casa, Sissie? Esperamos que non sexa unha desas cascás de coco con dúas portas, eh?... E, oh, esperamos que trouxes unha neveira. Porque non se dan atopado aquí estes días. E se atopas algunha, ten un prezo tan alto... Como podería dicirlles que os automóbiles e as neveiras son cordas coas que nos penduramos? Mirounos á cara e preguntouse se eran os mesmos que anceiara ver con tanta dor ao estar fóra. Mmm, comezou a pensar que estaba noutro país. Talvez baixara do avión no aeroporto trabucado? Demasiado cedo? Demasiado tarde? Fifi non chegara ao país áinda. Iso podería ter algo que ver co interese repentino que ela desenvolvera polo concurso de beleza. En realidade non era parte dela. Mais aí estaba. Agora mercaba con ansiedade os xornais da mañá para mirar as fotos das gañadoras das rexións. Por suposto, a gañadora a nivel nacional ía competir polo título de Miss Universo.

Soubela durante todo o tempo que iría ao estadio. E non lle foi difícil acadar un bo asento. Debería prever que acabaría dese xeito. Ningunha das rapazas lle pareceu fermosa. Pero ninguén lle preguntou polas súas opinións, nonsí? Só lembrou despois que todas as participantes agás unha levaban perruca. A gañadora. A que tiña a pel máis clara de todas elas. Non, non levaba perruca. O seu cabelo, o dunha mulata, caíalle dun xeito moi sinxelo e natural nunha melena abundante sobre os ombreiros...

Foi á casa ás carreiras e troussou no cuarto de baño – e chorou os sete chorares e troussou durante un tempo que no seu maxín foron días. E todo ese tempo estaba a pensar que atinados estiveran os rapaces. Gustaríalle correr cara onde estaban para llelo decir. Para pedirles desculpas por ter ousado levarelles a contra. Tiveran tantísima razón. Os seus irmáns, amantes e maridos. Mais case todos eles aínda estaban no estranxeiro. En Europa, América ou xalundes. Adoitaban dicirlle que a idea de tornar á casa dáballes medo. Frustraríanse.

Outros aínda estaban a estudar un ou dous graos máis. Un mestrado aquí. Un doutoramento alá... Iso é outro conto sobre a revolución.

Diplomatic Pounds & Other Stories

Nuevas lecciones

ENG New Lessons

Traducción de María Recuenco al castellano

Me estaba preparando para instalarme. Saqué la novela que estoy leyendo, el periódico de la mañana, los crucigramas y los sudokus. Sonré ante la habitual tontería de amontonarlo todo a mi lado cuando sé que, normalmente, durante al menos una buena hora, me quedaré sentada sin hacer nada...

Siempre he estado agradecida al maravilloso benefactor de mi corazón desde que empecé a venir aquí. Por mi parte y por la de los compañeros, en tanto que mujer trabajadora ya jubilada y bastante cansada en busca de espacios más amplios con los que hacer más pequeño mi mundo cotidiano. Y si esto suena como una contradicción y una confesión... es las dos cosas. Tengo un apartamento muy acogedor del cual experimento, sin embargo, sistemáticas ganas de escapar. Pero tampoco me apetece estar siempre en compañía de otros humanos, ya sea en supermercados, en tiendas o en mi normalmente querida cafetería del barrio. O en el cine. Además, seamos sinceros: mis amigos y antiguos compañeros de universidad son todos un poco como yo. No querer estar todo el rato con otras personas no es nada malo.

Por cierto, nunca crean a alguien que les dice que pueden correr, pero no esconderse. Uno puede, de hecho, correr y puede esconderse. Es más, lo fácil es esconderse. A menudo, correr es lo difícil. Después de un cierto tiempo y momento, correr se convierte en algo totalmente imposible. Sé de lo que hablo. Esconderse siempre ha sido fácil. Cada vez más. Con los teléfonos móviles e internet, uno puede esconderse muy bien y para siempre. Ahora mismo, se puede escoger no solo el escondite, sino la duración y el grado. Y todo con más precisión que nunca. Para algunos de nosotros, este hecho es extremadamente emocionante.

Estoy escondida. Soy una fugitiva. ¿Quieren saber de quién huyo? De todos. Y con esto me refiero a la humanidad amorfa conocida como mi familia. Si esto les interesa, usen, por favor, su imaginación y descomponganla en sus posibles partes. ¿También quieren saber de qué? De casa. Desde mi última visita. Todo empezó en el aeropuerto. Aunque, en realidad, la culpa no fue del aeropuerto. Fue más bien toda la gente que llegaba tanto de la ciudad como del resto del país. ¡Un horror! ¡Un auténtico horror!

Supe que algo pasaba tan pronto como me desabroché el cinturón, recuperé mi bolso y arrastré mi equipaje de mano hacia la salida. Lo primero que me golpeó la cara con la fuerza de un puñetazo gigantesco fue el calor. Pero a eso estoy acostumbrada, o debería estarlo. Salvo que, a medida que bajaba las escaleras, me iba dando cuenta de que, con cada escalón, me veía envuelta en o, más bien, engullida por... algo. Algo bastante desagradable y extraño. Algo parecido a aire sólido. Denso y húmedo. De aroma perturbadoramente dulce. Como una muerte perfumada y limpia... Eso era.

Llevaba una década sin estar en casa.

Ni en la pista, ni al pasar por inmigración, ni en la cinta para recoger mis dos maletas, ni cuando bajé la rampa y atravesé la salida de seguridad, ni cuando crucé la última puerta que me llevó al encuentro con el comité de bienvenida de primos y sobrinas, ni en el coche que me estaba esperando... aquello en lo que me estaba hundiendo no desapareció. Tampoco se atenuó. Ni se disolvió. Lo único que se disolvía, de hecho, era yo. Desde entonces, me he dado cuenta de que uno de los mayores milagros de mi vida es haber sobrevivido en casa aquella vez para poder volver aquí. Por supuesto, no regresé nunca. Nunca.

—Pero, tía —dijo casi musicalmente Princess, mi sobrina favorita y la más osada, cuando empecé a quejarme de los motivos por los que me había ido del país la última vez—, nunca quisiste vivir aquí de todos modos. ¿Quién tendría que haber organizado mejor esta asociación tuya?

—Pues... —intenté contestar.

—¿Pues qué, tía? Además de que si, como insistes, ahora ya no volverás nunca, ¿quién va a sacar al país de este lío en tu lugar? Dime, tía...

Upsi. Golpe bajo. No solo por venir de ella. Sino también porque yo sabía que ella sabía que además de insistir en vivir en el extranjero permanentemente y venir cada vez menos, mis hijos, sus primos, nunca habían estado en el país. Todos esos años, nunca logré hacer que mi país resultara un lugar lo suficientemente atractivo como para que mis dos hijas y mi hijo lo visitaran. ¿Cómo lugar para vivir y trabajar? Ni hablar. Todo es mucho peor ahora, por supuesto. Muchísimo peor que nunca.

Pero a mi edad, ¿qué puedo yo hacer, aparte de volver a casa como una buena elefanta africana a punto de morir? Aunque, de hecho, no será eso lo que haga. Prefiero ahorrarles la necesidad de tener que gestionar una muerte más. Otro cadáver que congelar, descongelar, lavar, secar, enaceitar, abrillantar y embalsamar, vestir y exponer en capilla ardiente (¡l) para, a continuación, halagar, apaciguar y venerar con palabras, hechos y canciones y, de ser necesario, cambiar de ropa a las doce horas solo para que la sociedad vea que la familia puede permitírselo. No. No pienso regresar.

Tenía que ser un solo donante. Un regalo integral y completo. Quizás, como un símbolo de profundo entendimiento. Un gesto que tenía que haber sido hecho por una sola persona. Si el donante hubiera sido un hombre, tendría que haberse sumado al despliegue de miseria humana, producto del abuso, para, más tarde querer contribuir de alguna manera a su gestión y, por supuesto, acallar una conciencia, por lo demás,

alborotadora. En el caso de una mujer, ¿se habría tratado, por supuesto, de una víctima? Palabra profundamente desagradable, donde las haya. Y cuando hubiera sido rescatada, o cuando se hubiera rescatado a ella misma del horror, habría querido «hacer algo al respecto, por poco que fuera» para entumecer un dolor o un recuerdo de un dolor. Desconozco los hechos.

Pero tenía que ser solo un benefactor, no varios. Este espacio no podría haberse adquirido con el sinsentido de esfuerzos recaudatorios. De ninguna manera. El edificio es una fortaleza amorosamente diseñada en el centro de un enorme terreno. De un verde increíble en verano, con conjuntos de pinos y robles ancianos y modernos matorrales de flores bonitas y plantas exóticas. El buen estado de los prados hace pensar que las instrucciones para su mantenimiento fueron cuidadosamente dadas. En invierno, la nieve los envuelve de una belleza misteriosa y solitaria. Evito entonces, por supuesto, el lugar por el frío. Pero me he informado y he aprendido que se trata de un santuario. Un oasis. El gran silencio de su exterior me permite imaginar que existe una cierta quietud, esperada y deseada, entre sus muros. De hecho, hace mucho tiempo que admití que consideraba aquel sitio casi un lugar sagrado, para, a continuación, increparme por mi nuevo e innecesario sentimentalismo. Quizás el sentimentalismo es aquello que acompaña a la jubilación y a la edad...

¿Qué es esto de aquí ahora? Han aparecido dos coches. El primero, de color granate, símbolo de dinero cuidado y elegante. Seguido a discreta distancia por un deportivo negro, deliberadamente moderno y de alto consumo, pero de utilidad. Una mujer joven sale del primer coche, lo cierra y se dirige hacia el edificio con el paso seguro de uno de sus habitantes. Luego, un hombre aparca el segundo coche en la salida y sale de él, sin cerrarlo... ¿Se le ha olvidado? ¿O acaso tiene prisa? La sigue con las peculiares marcha y manera de los que saben lo que están haciendo, pero no tienen muy claro el porqué. De modo rápido y dubitativo casi al mismo tiempo. Cuando ella llama al timbre, la puerta se abre desde dentro. La cruza y desaparece en el interior. El hombre se queda quieto unos minutos viéndola alejarse y luego se mueve como si fuera a llamar al timbre él también. Se detiene, sin embargo, y vuelve al coche. No se mete en el coche inmediatamente, sino que se queda al lado un momento, de apariencia perfectamente tranquila, aunque algo ensimismado, como si estuviera pensando qué hacer a continuación.

Es entonces cuando pienso que el hombre está siguiendo a la joven que acaba de entrar en el edificio. Siguiéndola, pero no por él mismo, sino claramente por otra persona. Se trata de un trabajo. Esa idea ni me estremece ni me sorprende lo más mínimo. Después de todo, llevo viva el tiempo suficiente como para saber que esas cosas ocurren todo el tiempo, en todo el mundo.

Al final, termina metiéndose en el coche. Se aleja. Muy despacio, primero. Como si estuviera intentado que el coche pensara con él. Ahora ya puedo oír el ruido del motor mientras acelera. Y, luego, se aleja a la máxima velocidad. Me critico por ser tan entrometida. Después de todo, vengo aquí a relajarme y a entregarme a la paz reinante. No a espiar a espías.

Encontré este lugar un día de casualidad mientras disfrutaba del placer de conducir sin rumbo fijo. En cuanto lo vi, supe que se trataba exactamente de aquello que habría estado buscando, en caso de haber estado buscando algo. Vengo por lo menos una vez al mes en verano y mucho más el resto del año, con la excepción del invierno. Aun así, no me he acostumbrado a la idea de un lugar que esté tan cerca de una gran ciudad, pero resulte completamente aislado. Y lo que es más: tan tranquilo que solo he podido imaginar de qué se trata por las idas y venidas de mujeres de edades varias al edificio. Todas son claramente más jóvenes que yo. Entran a menudo en grupos de tres o cuatro, pero ocasionalmente también de una en una, y siempre con cuidado; casi furtivamente, podría decirse: entran en coches y se alejan. Luego, a su regreso, salen con premura de los coches y se precipitan al interior. Nunca se quedan fuera, a pesar de la belleza de los alrededores, los cenadores, los cómodos bancos colocados por todas partes, en un azar casi planeado. También me he dado cuenta de que soy la única inmutable en ese lugar. Al principio, temí que un día alguien me abordara para preguntarme qué hacía allí y me echara. Todavía no ha pasado. Cuando alguno de los residentes hace acto de aparición soy o ignorada completamente o, a veces, saludada con un gesto inseguro...

Él ha vuelto. Ha salido del coche y se dirige decidido a la puerta. Está bastante cerca. Estira la mano para tocar el timbre. Se ha parado... Vuelve ahora, deprisa, al coche. Abre la puerta, pero no entra. Deja la puerta abierta y camina alrededor. Parece ignorar mi presencia. Por fin, vuelve al coche. Esta vez, entra y se marcha.

Esta segunda aparición ha confirmado mis sospechas. Estaba en lo cierto desde el principio. Es un espía. Pagado muy posiblemente por el marido de la mujer; marido, amante, o lo que sea. Así que vuelve. O debería, si es bueno en su trabajo. Aunque eso no me preocupa lo más mínimo. Lo único que siento es que no me fijé bien en su presa. Por lo que a mí respecta, mayor o no, aún soy una mujer, y a pesar de mis años como crítica feroz y profesora universitaria notablemente estricta, exijo un final románticamente feliz y a la antigua para esta historia. Al menos, para ella.

Por eso, deseo fervientemente que caiga sobre él una maldición maravillosamente femenina: que termine ciegamente enamorado de la joven, sea quien sea. Lo cual complicaría las cosas de un modo muy bonito para él, ¿no?

Entre tanto, tengo que admitir que quien fuera que dijese primero aquello de «nowhere cool»³³ sabía exactamente de lo que estaba hablando. Con todo, en la mayoría de los lugares en los que podemos vivir la mayor parte del tiempo hace o calor, mucho calor, o frío, mucho frío. Y el frío no es lo mismo que el fresco y no mola.

³³ La palabra «cool» en relación con temperatura significa frescor, a la vez que también puede utilizarse coloquialmente para decir que algo es agradable y gusta, que algo mola. Igualmente, la frase entera «Nowhere cool» es el título de un relato de la autora escrito en 1974.

Diplomatic Pounds & Other Stories

Diplomazia kiloak

ENG Diplomatic Pounds

Traducción de Naroa Zubillaga al euskera

Benetan, jabetu gabea nintzen nola gure Cecille gaixoa, pisuarekin zituen problemei nolabaiteko irtenbide bikain bat ematearren, bainugelatan egoten diren pisuen bildumagile bihurtua zen. Bazituen pisu analogikoak, elektronikoak eta baita bien arteko nahasketa zirenak ere. Eta amari, hau da, niri, kasurik ez egiteagatik gertatzen da hori, argi eta garbi. Oraindik ere begien aurrean ikusiko banu bezala da: gu biok, bi neska, Abidjanen, Rion, Pragan eta aita bidaltzen zuten edozein tokitan, kontu hauetaz guztiez lasai-lasai hizketan. Afrikarrak izango ez bagina bezala. Nik halaxe esaten nion: «Cecille, ez dago besterik. Aukera bakarra da ez jatea. Begiratu niri», agintzen nion. Eta, hain zuzen ere, neska gazte bihurtutakoan, lehenbizi begiratu egiten zidan, gero honela esateko: «Badakit, badakit. Lady, badakit».

Cecillek eta haren nebek Lady deitzen didate. Jakina, nire amari eta beste senide zaharragoei entzunda hartu zuten izen hura, koskortzen hasiak ziren garaian, eta niri jarri. Hamabost urte inguru zituenez gerotzik, Cecilleri niri begiratzeko eskatzen nion bakoitzean, neskatoa oldartu egiten zitzaidan, eta bi pertsona diferente ginela esaten hasi. Eta ondotxo zekien ezingo zuela inoiz ni bezalakoa izan. Hogeita bostak bete eta ezkondu zen garaitsuan, artean ere oldartu egiten zitzaidan, eta bi pertsona diferente ginela esan eta hori guztia. Bainaxorria orduan hasi zen gaineratzen ez zuela ni bezalakoa izan nahi, edonola ere. «Zer zentzu du zerbitzu diplomatikoan egoteak, beste lekuetako janariak deskubritu behar ez badituzu?», zihoen.

«Ai, Cecille». Nirea izaten zen, orduan, oihu egiteko txanda. Janariaren kontu hori ez zela aitak zuen misioaren parte; aitak bakarrik ez, familia osoak ere hartzen genuela haren lanaren zama gure gain. «Cecille, janariarena ez da betebehar kulturalaren parte ere. Gainera, pentsa ezazu beste modu honetara: bizimodu hau bazkariz, ongietorri-koktelez eta afariz beteta dago. Hemen gaudé, zer eta Londresen, konturatzen?», galdeztuko nion orduan (aita leku ezin hobeago batera bidali zutenean izan zen hura, St. James Gorteetara, alegia). Halaxe esaten nion: «Cecille, maitea, begira non gauden. Aitaren emazte gisa ezer ikasi badut, hauxe da: New Yorkeko NBEk eta Errromak eta Vatikanoak ez ezik, Londresek dauka munduko enbaxada kopururik handiena. Ehundik gora, Cecille, ehundik gora. Zer atarramentu atera behar dugu, ospakizun guztieta jan eta jan hasten bagara? E, Cecille?». Azkenean gai hura albo batera utzi nuen erabat, galdeztzen hasi baitzitzaidan zer zentzu izango lukeen bizitzak guztiak egingo balute nik bezala eta ez ezer jan. Gainera, afrikarrak izaki, eta gure kontinentea goseak jota egonik, ez al zen lotsagabekeria bat, erabat bihorgabea, guk janaria eskura eduki eta ez jatea gizendu nahi ez genuelako?!

Cecillek bainugelatan egoten diren pisuak dauzka, 1920ko hamarkadakoak eta, are, baita bihar goizean atera litzkeen motatakoak ere. Hau da, antigaleko dotorezia ageri duten eta landaguneko xarma darian egurrezko tramankuluak; health-0-meter motako pisu garaikideak, pisua, gorputzeko gantza, odol-presioa, hezur-masa edo eskatzen diozun edozer ere neurten dutenak; eta bi horien tarteko pisu mota guztiak ere baditu. Beldurgarria, ezta?! Eta etxe honetako edozein txokotan daude. Hiruzpalau bainugela orokor daude, eta pisu bat gutxienez badago horietako bakoitzean, eta hiru, berriz, senar-emazteen logela barruko bainugelan. Badira bi pisu ezertarako erabiltzen ez den tiradera baten atzealdean, sukaldlean. Eta badira beste bi imitaziozko bi aulkietako baten azpian; europar estiloko aulkia dira, litsekin. «Luis XIV.a dira», adierazi zidan Cecillek garaile nik behin haien inguruko zerbait aipatu nuenean. «Luis XIV.a? Litsak al dituzu horiek dilindan?», galdegin nuen nik harrituta. Azken batean, ni naiz kontu horietan aditua familiar. Neu naiz enbaxadore andrea. Nahiz eta ez dirudien gure alabak halakorik estimatzen duenik, ez eta nire bestelako dohain, eskarmentu eta lorpen berezietakorik ere. Gure Cecille gaixoa. Etxe honetan bainugelako pisuak daude armairu barrutan eta baita bestelako jantzien esekilekuetan ere. Pisuak daude ateetako bakoitzaren atzean: goiko pisuan, behekoan eta baita sotoan ere.

Eta munstro horietako bakoitza bikain dabil; sinesten al didazu? Horrexek uzten nau ni zur eta lur.

—Argi dago. Wiggleton andereñoak bere pisua kontrolatzeko gaitasunean sinetsi nahi du, eta horretarako modu bakarra da bainugelako pisuak aurrez aurre izatea etxeko edozein txokotan dagoela ere... bere etxean bertan. Nolabait esatearren.

Psikiatrak maltzurki esanzuen hura, eta gero begi-keinu itsusi bat eginez biratu zen nigana, Cecilleriganbara pitzatu zaiolako diagnostikoarekin ados ote nengoen galdeztuko balit bezala. Pentsa! Beraren pazientea da, eta gure alaba! Non geratu da psikiatren etika profesionala? Psikiatrek ez al dute Sokratesen edo dena delakoaren zina egiten? Benetan: bulego hartako argitasuna munduko onena ez bazen ere (bazitekeen nire ikusmen kaskarragatik ere izatea, badakizu), egingo nuke begi-keinuaren ostean irribarretxoa mantendu zuela aurpegian, eta nik nire indar guztiak bildu behar izan nituen nire poltsa hartuta hura ez ezabatzeko...

—Oker al nabil, Wiggleton andereñoa?

Gure Cecillek bi minutu oso inguru behar izan zituen psikiatralari erantzuteko. Sinesten al didazu? Erantzuteak ere ez zuen-eta merezi!

—Ez zabiltza oker, mediku jauna.

Gure alaba gaixoak konfiantzaz beteriko ahots-tinbre argiaz hitz egiten du normalean. Bainak halako ahots txikiz hasi zen, bihotza hautsi zidan hura entzuteak.

—Eta horrexetaz ari naiz —jarraitu zuen Cecillek-. Pisu horiek denbora honetan guztian nire gogoa irakurtzen aritu izan balira bezala da. Bainak nire amak ez dit sinetsi nahi. Alegia, gaur goizean jaiki naizenean, etxeko pisu guztiak elkartuta zeudela, horma edo oztopo erraldoi moduko bat osatuz. Ez zidaten sukaldean sartzen uzten.

—Inondik inora ere ez?

—Inondik inora ere ez, mediku jauna.

—Beste edonora sar zintezkeen?

—Bai.

—Beraz, sukaldea zen sartu ezin zintezkeen leku bakarra?

—Sukaldean bakarrik, bal... eta, mediku jauna... ixo, mesedez... ez inori ezer kontatu. Bereziki nire amari ez —eta hantxe eserita nengoent!— Aldiro-aldiro pisatzen naizela segurtatzeko, dirutxo bat jarri dut pisu robotiko pare batean. Haien ondotik pasatzen naizen bakoitzean txirrin edo bip-hotsa atera eta aktibatzeko programatuta daude.

Sinesten al didazu? Oso, oso beldurgarria. Robotek txirrin egingo dute hura entzute hutsarekin. Ez gara senarraz ari. Ez gara umeez ari. Ezta nitaz ere, baita zera ere! Eta, badakizu zer? Krisi hau hasi zenez gerotzik, haren etxearen ibili naizen bakoitzean ez dut ezertxo ere entzun. Gure ume maitea, gaixoa.

Medikuak txistu egin zuen. Gero, «ezohikoa» xuxurlatu zuen bere kabutarako. Hasiera-hasieratik, nik ez nuen harengana joan nahi. Eta hortxe zegoen gakoa. Medikua ezagutu baino lehen ere, banengoen ni, gure Cecillen bizkar ari zela barrez. Bainak aitak uste zuen joan behar genuela. Eta badakizu nolakoa den zerbait kaskezurrean sartzen zaionean. Aspaldiko adiskidea omen zuen. Eta? Horrek esan nahi du, konturatu orduko, kontu hau guztia erabat zabalduta egongo dela. Eta gu lehen klasekoak gara. Egia esan, ez dago gure familia baino gorago dagoenik. Gutarren artean, nor da, ba, hemen, Londresen, enbaxadore erretiratu? E?

Aitor dut, baten bat aritu zen Zerbitzuan. Zerbitzu Diplomatikoan, esan nahi dut. Bainak horietako inor ez zen enbaxadore izatera iritsi. Ez guztiz. Eta, beraz, zapaldu egin nahi gaituzte. Jendea ez baita aldatzen orain hemen Londresen bizi delako Accran, Lagosen, Freetownen edo Monrovian beharrean. Egia esateko, okerragoak dira hemen. Bizitza errazagoa da, eta jendeak txutxu-mutxuan aritzeko denbora gehiago du. Hor ibiliko dira, xuxurlaka, enbaxadorearen alaba erotu egin dela. Bainak Cecille ez da erotu. Nerbio-krisi txiki bat izaten ari da, besterik ez.

Diplomatic Pounds & Other Stories

Lezio berriak

ENG New Lessons

Traducción de Elizabete Manterola al euskera

Eroso jartzen hasi nintzen. Horregatik atera nituen uneotan irakurtzen ari naizen eleberria, egunkaria, gurutzegramen liburuxka eta sudokua. Irri egin nion nire buruari, ohiko moduan ergel baten modura pilatzeagatik horiek guztiak nire altzoan, jakin baldin badakit ere, normalean, iritsi eta hurrengo ordubetean behintzat, ezer egin gabe izaten naizela eserita.

Hona etortzen hasi nintzenetik, bihotzez goretsi izan dut beti ongile zoragarri hura. Bai gainerako guztien izenean bai nirean: emakume profesional erretiratu eta akitu samar bat naizen heinean, nire eguneroeko mundua mugatuko didaten eremu zabalen bila. Baliteke horrek kontraesan eta aitorpen itxura izatea, eta, hain zuzen ere, biak dira. Badut apartamento erosoa bat, nahiz eta handik ihes egiteko premia izaten dudan maiz. Baino ez dut beti gogoa izaten gizateria loriatsuarekin nahasteko supermerkatuan edo merkataritza-guneetan edo gogoko dudan auzoko kafetegian. Edo zinemana. Onar dezagun: nire lagun eta unibertsitateko lankide ohiak ere nire modukoak dira. Besteek zu kritikatu nahi ez izatea ez da delitu.

Bide batez, ez sinetsi esaten dizunari korrika egitea posible dela baina ezkutatzea ez. Izan ere, biak egin ditzakezu: ezkutatu eta korrika egin. Berez, ezkutatzea da bietan errazena. Aldiz, korrika egitea zail samarra izaten da sarritan. Une batetik aurrera, korrika egitea nabarmen ezinezkoa bihurtzen da. Horren jakutun izan beharko nuen. Ezkutatzea beti izan da erraza. Eta errazagoa bihurtu da orain. Interneterako sarbidea eta telefono mugikorra izanda, ederkia asko eta betiko ezkuta zaitezke. Gaur egun, aukera duzu non ezkutatu nahi duzun aukeratzeko, baina baita zenbat denboraz eta zenbateraino ere. Eta hori guztia lehen baino zehaztasun handiagoz. Gutako batzuentzat, horretaz jabetzea ikaragarri gogo-pizgarria izan da.

Ezkutuan nago. Klandestinitatean. Norengandik ezkutatu naizen jakin nahi duzu? Mundu guztiaren gandik. Senitarteko deitzen ditugun kideez osaturiko gizateria amorf horrengandik esan nahi dut. Nahi baduzu, erabil ezazu zure irudimena eta bereiz ezazu familia ahal bezainbat zatitan. Nondik ezkutatzen naizen ere jakin nahi duzu? Etxetik. Azken bisitan hasi zen dena. Aireportuan. Kontuz, ez pentsa aireportuan bertan akatsik zegoenik. Aitzitik, hiritik edo herrialdeko beste leku batzuetatik zetorren mundu guztia zen arazoa. Beldugarria! Beldugarria! Beldugarria!

Segurtasun-uhala askatu, eta eskuko poltsa eta eskuko ekipajea hartuta irteerara abiatu orduko jakin nuen zerbaite arraroa gertatzen ari zela. Beroa izan zen aurpegian lehenengo sentitu nuen kolpea, erraldoi baten ukabilkada baten indarrez sentitu ere. Baino horretara ohituta nengoan, edo hala egon beharko nuke honezkero. Horretaz gain, zerbaitek biltzen edo irensten ninduela ohartu nintzen urrats bakoitzean. Ezatsegina eta arrotza zen zerbaitek. Aire solidoaren moduko zerbaitek. Trinkoa eta hezea. Lurrin aztoragarri eta gozo batez. Heriotza garbi eta perfumatu baten moduko... Halakoxea zen.

Hamarkada bat bazen etxera itzuli ez nintzela.

Asfaltotik, immigrazio kontrola igarota uhal garraiatzailera, nire bi maletak jasotzena; handik aldapa handi bat jaitsi eta segurtasun irteeran barna azken atera jo, lehengusu eta ilobez osaturiko ongietorri talde txoarengana, eta segidan nire zain zegoen autora. Hondora ninderaman zer hura ez zen desagertu tarte horretan guztian. Ezta ahuldu ere. Ezta indargabetu ere. Ni nintzen, hain zuzen ere, indargabetzen ari zena. Ordutik onartu diot nire buruari ezen, orduko hartzan etxean egin nuen egonalditik hasi eta hona itzuli arte bizirautea izan dela nire bizitza osoko miraririk handienetako bat. Jakina, ez naiz sekula hara itzuliko. Sekula santan.

—Baina, izeba —esan dit Princessek, ilobetan ausartena eta nire gustukoena dudanak, behin eta berriro esaten ari nintzenean azken aldiz bisitatuko nuela herrialdea. —Ez duzu inoiz hemen bizi nahi izan. Beraz, ba al da inor zure ustez gizarte hau modu osasungarriagoan antolatuko lukeenik?

—Ba... —saiatu nintzen hari erantzuten.

—Ba, zer, izeba? Eta, behin eta berriz esan duzun moduan, behin hemendik joaten zarenean ez bazara inoiz gehiago itzuliko, orduan nork aterako du herrialde hau nahaste-borrastetik? E, izeba?

Uf. Horrek min eman zidan. Ez bakarrik berak esan zidalako. Baizik eta banekielako berak bazekiela ez bakarrik atzerrian egoten nintzela beti, oso tarteka besterik ez itzuliz bisitan, baizik eta nire seme-alabak, haren lehengusuak alegia, ez zirela inoiz etxera joan. Urteen joanean, ez nuen lortu nire herrialdea bisitan joateko leku erakargarri bat izatea ez nire bi alabentzat ez nire semearrentzat. Eta bizitzeko edo lanerako leku gisa? Ezta pentsatu ere. Orain lehen baino okerrago dago guztia han. Inoiz egon dena baino okerrago.

Eta orain, nire adinean, zer egin dezaket, elefante afrikar zahar eta on baten modura hiltzeko etxera itzultzea baino? Egia esan, ez dut inoiz halakorik egingo. Beste hildako batez arduratu beharra saihestuko diet. Hilotz bat gehiago izoztu, urtu, garbitu, lehortu, olloztatu, pomadatan bainatu eta perfumetan busti, jantzi, *ikusgai jarri* (!), gero hitzez, ekintzaz eta kantuz lausengatu, baketu eta gurtu, eta, beharrezkoa

izango balitz, arropaz aldatu hamabi orduko tarte batean, gizarteari erakusteko familiak horretarako adina baduela. Ez, ez naiz sekula hara itzuliko.

Emailea bakarra izango zen. Halako opari erabateko eta zintzoa egin duena. Ullermen sakon baten ikur agian. Gizabanako batek besterik ez lezake egin halako keinu bat. Emailea gizonezkoa izanez gero, abusuaren produktu zen giza miseriaren gune berezi horri gehituko ziokeen, eta gero bere ekarpena egin nahiko zukeen haren zaintzan, eta kontzientzia zalapartatsua isilarazi hala. Emakumea izatera, zer izango zen, biktima bat? Hori da hori benetan hitz desatsegina; eta erreskatatua izan eta gero, edo bere burua lazturatik erreskatatu ostean, «zerbait egin nahiko zuen, txikia bada ere» mina edo minaren memoria arintzeko. Ez ditut gertaerok ezagutzen.

Ongile bakar bat behar zuen, edonola ere, ez batzuk. Gune hau ezin zen eskuratu diru-bilketa baten ondoriozko tratuan. Halakorik! Zoragarri diseinaturiko gotorleku bat da eraikina, lursail zabal baten erdian kokatua. Udan ikaragarri berde egoten da, eta haritz eta pinuz, landare exotikozko zuhaixkaz eta lore ederrez osaturiko multzoz beteriko eremuak ditu. Zelaiak ere hain daude ongi zainduak, pentsa bailiteke ondarea eskuratzean haren mantenerako jarraibide arduratsuak jasoko zirela. Neguan elurrak edertasun bakarti eta misteriotsu batez estaltzen du. Jakina, hotzagatik ez naiz hara joaten. Baino ikertu dut eta ikasi, santutegi moduko bat dela. Oasi bat. Kanpoalde handi eta isil horrek pentsarazten dit hormen barruan lasaitasun desiratu eta atsegin bat izango dela. Hain zuzen ere, aspalditik aitoru izan diot nire buruari toki hori lurralteko santuaren parekotzat dudala, eta errieta egiten diot gero sortu berri zaidan sentimentalatasun txatxuagatik. Baino agian, sentimentalasuna erretiroarekin eta zahartzaroarekin agertzen den zerbait da...

Zer dugu orain hemen? Bi automobil agertu dira. Lehenengoa, granate kolorekoa, dotoreziaz eta arduraz irabazitako diruaren ikurra. Distantzia diskretu batetik jarraitzen dio auto beltz batek, kirol ibilgailu utilitario bat da, nabarmenkeriarik gabekoa baina modakoa, gasolina irensle erabilgarria. Emakume gazte bat jaitsi da lehenengo automobiletik, ateak itxi eta eraikinaren aurrealdera gerturatu da, bertan bizi denaren ibilera konfiantzazkoaz. Gizon bat agertu da sarbidera bigarren autoan, ibilgailutik atera eta ez du itxi... Ahaztu egingo ote zuen? Edo presa handiegia izango du? Zer egiten ondo dakien baina zergatik egiten duen argi eta garbi erakutsi nahi ez duenaren ibilera bereziaz jarraitu dio emakumeari: presaka baina zalantzatzi aldi berean. Emakumeak txirrina jo duenean barrutik ireki diote atea. Barrura sartu eta desagertu egin da. Gizona tente geratu da emakumea joaten ikusten, eta gero txirrina jotzera joateko imintzioa egin du. Geratu egin da, dena den, eta autora itzuli da. Ez da berehala sartu; horren ordez, alboan geratu da, bere buruarekin kontent, baina aldi berean bere hausnarketetan galdu samar, hurrengo urratsa prestatzen ariko balitz bezala.

Orduantxe bururatu zait eraikinean sartu berri den emakumeari segika ari dela gizona. Emakumeari segika diodanean, ez dut esan nahi gizonarentzat berarentzat, beste norbaitentzat baizik. Ordainpeko agente bat da. Pentsamendu horrek ez nau batere iztu edo harritu. Azken batean, aspalditxotik nabil hemen inguruaren eta badakit halako gertaerak etengabe gertatzen direla, mundu osoan zehar.

Baina begira, ibilgailuan sartu da azkenean. Urrutiratu egin da, oso poliki lehenengo; badirudi autoak berarekin batera hausnartzea nahi duela. Autoari biraketa-abiadura handitzen ari zaiola entzun dezaket. Gero azeleragailua zapaldo du, azkarrago joan ezingo balu bezala. Nire buruari errieta egiten diot, muturluze samarra izateagatik. Azken batean, erlaxatzera eta toki honetako bakeaz aprobetxatzen etortzen naiz hona. Ez espioiak espiatzera.

Halabeharrez topatu nuen toki hau, gidatzeko luxuaz gozatzeko lizentzia hartu nuen egun batez. Ikusi orduko jakin nuen nahita bilatzen ariko banitz aurkitu nahi nukeen tokia zela. Udan eta urteko zatirik handienean, hilean behin behintzat etortzen naiz hona, negu betean izan ezik. Hala ere, ez zait buruan sartzen hiri jendetsu batetik hain gertu eta aldi berean erabat bakartuta dagoen toki bat izan daitekeenik. Eta onenetan onena: hain toki lasaia, ezen adin ezberdinako emakumeak eraikinera sartu edo eraikinetik irteten diren moduagatik ondorioztatu dudan zer den. Guztiak dira ni baino dezente gazteagoak. Hiru edo lauko taldetxotan ikusten ditut sartu-irtenean, batzuetan bakarka, baina beti kontu handiz: ezkutuan esan liteke, automobiletan sartu eta alde egin. Itzultzen direnean, autoetatik korrika ateratzen dira eta presaka sartzen dira barrura. Ez dira inoiz kanpoan esertzen, eder askoa izanagatik ere ingurua, estalpeak, han-hemenka barreiatuta eta zoriz antolatuta dauden banku erosoekin. Ohartu naiz ni naizela beti hemen inguruaren dabilen bakarra. Beldur naiz ez ote zaidan egunen batean norbait hurbilduko, zertan nabilen galdetuko eta pikutara bidaliko. Orain arte ez da inor hurbildu. Bertan bizi direnetako inor ateratzen den bakoitzean ez ikusiarena egiten du edo keinu uzkur batez agurtzen nau.

Gizona itzuli egin da. Automobiletik irten eta pauso luzeak nahita emanet abiatu da sarrerara. Eskua lutzatzen ari da txirrina jotzeko. Geratu egin da... Eta orain atzera bueltan presaka doa autora. Atea ireki du baina ez da barrura sartu. Atea irekita utzi du eta badoa berriro. Ez du ematen ikusi nauenik. Orain, azkenik, autora itzuli da. Barrura sartu da oraingoan. Alde egin du.

Bigarren agerraldi honetan aurreko nire susmoa baiezttatu da. Lehen unetik zuzen nengoan. Espioi bat da. Ziurrenez emakumearen gizonak ordaindua, izan senarra, maitalea edo dena delakoa. Eta bueltan etorriko da. Hala beharko luke, bere lanean ona izango bada. Ez, ez nau pentsaera horrek gogaitzen. Nire pena bakarra da ez diodala haren ehizakiari ongi begiratu. Zaharra izan ala ez, emakumea naiz azken batean, eta nahiz eta urte luzez akademiko nabarmenki zorrotza eta kritikari gogorra izan naizen, ongi amaitzen den istorio tradizionala nahiko nuke honentzat ere. Emakumearentzat, behintzat. Horregatik desio dut gizona gaixotzea behar bezala botatako emakume-madarikazio batekin; alegia, gizona seko maitemintzea emakume horrekin, edonor dela ere berau. Horrek erabat zailduko lizkioke kontuak gizonari, ezta?

Bien bitartean, onartu beharra daukat “*nowhere cool*”³⁴ esapidea lehenengoz esan zuenak ondo asko zekiela zeri buruz ari zen hizketan. Azken batean, gehienetan, mundu honetan biziko garen toki gehienak beroak, oso beroak, edo hotzak, edo oso hotzak dira. Eta hotzak ez dira freskoak.

³⁴ “Nowhere cool” esapideak “inon ez fresko” esan nahi du euskaraz. Ama Ata Aidook 1974an argitaratutako eta 1990an moldatuta berrargitaratutako ipuin labur baten izenburua da esapide hori. Ipuin laburrak eta esapideak izan dute gerora ere oihartzunik: Ghanako M.Anifest abeslariak Nowhere cool izeneko disko bat argitaratu zuen 2016an, eta disko hartako lehenengo abestiak ere izen bera zeraman. Abeslariaren arabera, Ama Ata Aiddoren ipuin laburretik hartu zuen bere proiekturako izenburua.

